

se

Juan José Millás

Ella imagina



Lectulandia

Esta obra reúne 32 relatos cortos, encabezados por el monólogo que da título al libro, y que fue representado con gran éxito por la actriz Magüi Mira. El hilo conductor de todas las narraciones es un personaje llamado Vicente Holgado, procedente de un cuento anterior del autor, «Trastornos del Carácter», que es un tipo neutro, de naturaleza inestable, a veces hombre, a veces mujer, casado, viudo o soltero según la ocasión, inconcreto y con déficit de identidad, que vive pero en ocasiones muere y resucita. En definitiva, un prodigio, como la imaginación de su creador.

Lectulandia

Juan José Millás

Ella imagina

ePub r1.0

Titivillus 04-05-2018

Título original: *Ella imagina*

Juan José Millás, 1994

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Ella imagina

[Ella sale con cautela de un armario e inspecciona el espacio en el que se encuentra hasta reconocerlo. Se trata de una habitación de hotel fantástica. Estamos en el interior de una fantasía y todo debe colaborar a conseguir ese efecto].

Bueno, aquí está otra vez esta obsesión, pero parece una obsesión vacía porque no veo a Vicente en ella. Como no esté en el cuarto de baño... ¿Vicente? ¿Vicente? No hay nadie. Me quedaré un rato obsesionada, por si vuelve... Yo no sé por qué la gente tiene gatos pudiendo tener obsesiones. Las obsesiones hacen más compañía que los gatos, que desaparecen durante horas y luego, cuando se te ponen encima para que los acaricies, no sabe una dónde han estado ni de qué tienen manchadas las patas. Las obsesiones no pueden alejarse de los cuerpos porque viven de ellos, de su sangre. Y los cuerpos no pueden vivir sin esta tortura, aunque esto no sé por qué es. A veces parece más fácil dejar de fumar que dejar de sufrir. El caso es que la obsesión se acuesta a nuestro lado, se arregla el pelo al mismo tiempo que nosotras, nos acompaña a la cocina, al mercado, al dentista, al ginecólogo y al otorrinolaringólogo. Lo sé decir entero. Otorrinolaringólogo. Lamelibranquio. Puedo con todas, con todas las palabras. Anatomista, ventricular, saceliforme. Yo, si un día me despertara y se me hubieran ido las obsesiones, no me atrevería a salir fuera, aunque tampoco sabría qué hacer dentro. Dentro y fuera.

Por eso, en lugar de tener gatos, tengo obsesiones. Vicente Holgado consiguió despertar en mí la obsesión por las cosas que están dentro de algo: los huevos, por ejemplo, que están dentro de la cáscara o las sardinas en conserva, que están en el interior de una lata. Yo creo que esta obsesión, aunque la despertara Vicente, me viene de mi padre. Si cierro los ojos y recuerdo el comedor familiar, en seguida estalla en mi boca el sabor del pescado que mi padre nos hacía tragar a la fuerza. Para papá el pescado tenía propiedades mágicas, de otro modo no podía entenderse la pasión con que lo comía y lo hacía comer a los demás. Como toda pasión, carecía de lógica, pero él, que rendía culto a los argumentos —como Descartes, que se creía que las cosas sucedían unas después de otras—, él, digo, solía repetir para justificarla que dentro del pescado había mucho fósforo y que el fósforo era bueno para el cerebro, o sea, para la cabeza; de ahí, pensaba yo para darle la razón, que las cerillas tuvieran la cabeza de fósforo. Otras veces, si estaba más teórico o acababa de leer alguna revista de divulgación científica, añadía que el pescado procedía del mar y que el mar era el caldo primordial, el lugar del que había brotado la vida, la gran cazuela de la que procedíamos todos. Pero esa idea de la cazuela, en lugar de reconciliarme con el pez que tenía delante, me hacía comerlo con más asco, pues lo del caldo primordial me sonaba a potaje, a guiso marrón en el que flotaban cosas que una no sabía lo que eran.

Yo, si el fósforo era tan necesario, habría preferido que me lo hubieran dado en pastillas, aunque mi hermano tenía un amigo que se llamaba Ferrero —la vida a veces hace estas gracias— que tenía problemas con la memoria y durante los exámenes le daban pastillas de esas de fósforo Ferrero que por lo visto también son afrodisíacas; el caso es que en lugar de aprobar se le levantaba la cosa más de lo corriente. Yo se la vi levantada un día, mientras se la enseñaba a escondidas a mi hermano, y me impresionó porque el extremo libre tenía el tamaño de la cabeza de un bebé, y como yo siempre he tenido una necesidad patológica de darle la razón a mi padre, deduje que efectivamente el fósforo era bueno para la cabeza, incluso para la cabeza de la polla. Qué barbaridad, en esta fantasía digo polla sin problemas.

Pero lo que más asco me daba de los peces era el soldadito de plomo, me acordaba del personaje del famoso cuento y era incapaz de comer, aunque tuviera hambre, porque imaginaba que iba a encontrar un militar con la pierna amputada dentro del pescado. A lo mejor no era porque le faltara una pierna, que también, sino porque venía de las alcantarillas, donde van los pelos de los que se quedan calvos mientras se duchan y todo lo demás. Así que el soldadito minusválido tendría el uniforme y la cabeza llenos de inmundicias que no podían darle buen sabor al pescado. Otra cosa que me pasaba con el soldadito es que me parecía un mutilado loco que lo que en realidad llevaba al hombro a modo de fusil era la pierna amputada. Si a ello añadimos su procedencia inmunda, se comprende que lo que más asco me diera de los peces fuera el soldadito. Además, en el cuento en el que yo lo leí, la bailarina tenía cara de viciosa. En fin.

El caso es que en esta situación de conflicto con mis vísceras, mi padre, que se creía que Descartes era belga, para arreglarlo, se ponía a hablar del caldo primordial asegurando que en los huesos de los peces escribían mensajes nuestros antepasados. Y también eso era verdad, como lo de las relaciones entre la cabeza y el fósforo: cuando había besugo, que en aquellos años, no sé por qué, era un plato de pobres, mi padre le sacaba de esta zona donde a mí me salían los ganglios una espina plana que si la mirábamos al trasluz se veía la Virgen de los Desamparados, de la que en casa éramos devotos. La cuestión es que a la posibilidad de encontrarme con un soldadito loco, amputado y sucio tenía que añadir también el terror supersticioso de morderle el cuello sin querer a una virgen. Por cierto, que mi madre tenía en su mesilla una virgen de plástico a la que le brillaba la cabeza en la oscuridad; se trataba, pues, de una virgen fosforescente y con ello volvía a demostrarse que el fósforo era bueno también para las cabezas de las vírgenes. Mi padre puede reposar tranquilo en su tumba: sigo dándole la razón siempre que puedo.

La cosa es que gracias a los peces, o quizá por su culpa, aprendí las nociones de dentro y fuera. De adolescente, me gustaba dirigir mi rostro al sol al tiempo que abría y cerraba los ojos. Cuando los cerraba, me parecía que estaba dentro y abrirlos era como salir afuera. Dentro y fuera. De pequeña me infundían temor, o asco, las cosas que tenían dentro y fuera. Los peces tenían las dos cosas, y también las vacas que

veía abiertas en canal cuando iba con mi madre al mercado. Y los huevos y las latas de mejillones y los armarios de tres cuerpos... Los armarios de tres cuerpos, en fin... Visto desde la distancia, o desde la memoria, que quizá no sea lo mismo, creo que lo que me preocupaba de las cosas que tenían dentro y fuera es que apareciera dentro algo distinto a lo que esperábamos los de fuera. Por eso, cuando hacíamos tortillas para cenar, sufría mucho; siempre pensaba que podría salir del huevo algo aún más repugnante que lo que suelen tener dentro de la cáscara. Y en cuanto a las latas de mejillones, yo sé que normalmente tienen mejillones, pero nadie puede garantizarlo, nadie puede asegurar que un día, en lugar de los mejillones, aparezca una inmundicia peor, del mismo modo que dentro de los peces puede surgir un soldadito sin pierna, o con la pierna al hombro y la cara y el pelo lleno de las porquerías de las alcantarillas. Por eso, cada vez que veía a mi madre dispuesta a romper un huevo para la tortilla se me ponía el corazón en la garganta hasta que veía salir lo que habitualmente sale de los huevos y no una de esas cosas que mi imaginación anticipaba. Los huevos, por cierto, tienen más dentro que fuera y mi padre se comía todo el dentro sin llegar a ver lo que era, practicando un agujerito en cada extremo y aspirando con fuerza por uno de ellos. Una vez se lo vi hacer también a Vicente, solo que mi padre lo hacía los domingos por la mañana y el día que lo hizo Vicente era miércoles. Qué obsesión esta de la exactitud. Papá decía que los huevos eran las ostras de las granjas. Las ostras están compuestas de dentro y fuera —dentro y fuera— y, aunque con estos antecedentes no deberían gustarme, lo cierto es que me gustan, aunque se trata de un gusto que lleva incluido su porción de asco.

¿Y las cajas de zapatos? Ahí sí que cabe un mundo. Cuando era pequeña y me compraban zapatos, lo que de verdad me hacía ilusión era la caja. En ella guardaba mis tesoros, mis secretos. A veces les ponía un doble fondo para que tuvieran un compartimento secreto; otras veces les abría puertas y ventanas o hacía laberintos con tiras de cartón en su interior. Las cajas de zapatos sí que tienen dentro y fuera, casi tanto como los armarios de tres cuerpos. En el dormitorio de mis padres había uno de estos armarios que al abrirlos parecían tan oscuros como un pozo. Yo no sé a dónde conducía el interior de este armario, pero desde luego no se acababa allí. A veces, tiraba piedras dentro y acercaba el oído, pero nunca las oía caer de profunda que era aquella tiniebla. Yo soñaba que dentro del armario vivía un príncipe que se llamaba como mi padre, que un día, al ir a colgar una falda, me arrastraría a la oscuridad en la que reinaba. Cuando estaba enferma me dejaban pasar el día en la cama de mis padres, delante del armario. Un día encontré dentro del cuerpo central una caja de zapatos donde mamá guardaba fotos antiguas de ella misma y de mi padre y de parientes de los que había oído hablar que se habían extraviado o muerto. Y mezcladas con las fotos había cartas de estos parientes, de los extraviados y los muertos, y así yo, entre enfermedad y enfermedad, me fui enterando de la historia de la familia, que cabía entera en una caja de zapatos, que a su vez se guardaba dentro de un armario de tres cuerpos. Aún hoy, cuando quiero que una cosa no se me olvide,

imagino que abro una de aquellas cajas de zapatos de mi infancia y que meto en ella lo que quiero recordar haciéndole un hueco entre mis obsesiones. Luego, no tengo más que cerrar los ojos, imaginar que abro la caja y allí está el recuerdo, intacto. El recuerdo dentro y yo fuera. Dentro y fuera.

A veces pienso si esta obsesión por las cajas, o por todo lo que tiene dentro y fuera, que tanta compañía, y quizá tanto daño me hace, es, como decía Vicente Holgado, una desviación de la curiosidad que tengo por mi propio cuerpo, que no me atrevo a manifestar directamente por pudor. De hecho, si tuviera que representar mi vida con algún objeto, lo haría con un conjunto de cajas: Nos hacemos en un estuche orgánico, en una caja que llamamos útero; pasamos los primeros meses en cochecitos o cunas que parecen cajas sin tapadera; cuando empezamos a andar, nos encierran los pies en unas cajitas que llamamos zapatos; luego, lo que más nos gusta de ir al colegio es el plumier, otra caja, a veces de dos pisos, como uno que tenía la rica de mi clase, que se cerraba con una persianita como la de los burós; más tarde vienen las cajas de zapatos, en las que ya hemos visto que cabe un mundo; y después la caja grande, el armario, cuya oscuridad carece de fondo; más tarde, el coche, que es una caja móvil, otro estuche con el que vamos de acá para allá como la yema dentro de la cáscara del huevo... Y, en fin, la caja de ahorros y la de cerillas y la registradora y la fuerte y la tonta y la de reclutamiento: todas conducen a la última caja, el ataúd. O sea, que la vida es una sucesión de cajas que quizá, como decía Vicente Holgado, representan al propio cuerpo; es más, algunas partes del cuerpo son verdaderos estuches; de hecho, a esta zona la llaman los médicos la caja craneal, y a esta otra la torácica, también conocida como caja del cuerpo; y las encías son las cajas de las muelas; y aquí, en el oído interno, hay una oquedad que llaman caja del tambor. Además de eso, las mujeres tenemos el estuche del útero y el vaginal, que siempre que se llenan es para vaciarse.

[Se dirige al borde del proscenio, como si allá hubiera un balcón y mira hacia el cielo tras encender un cigarro imaginario].

Nada, ni una estrella. En esta fantasía hay cosas que domino y cosas que no. Puedo cambiar de sitio la lámpara, la mesilla de noche, incluso el armario, puedo hacer que haya champán sobre la mesa o una caja de bombones con una tarjeta del director, pero no consigo que sea de día, por ejemplo, o que el cielo esté estrellado. Tampoco sé en qué país imaginario está este hotel imaginario; cuando descuelgo el teléfono imaginario o pongo la televisión imaginaria, oigo un idioma imaginario que no entiendo. Quizá siempre es de noche porque se trata de un país obsesionado por la oscuridad, como los armarios. Pero a lo mejor es que, como se trata de una fantasía prestada, hay cosas que no puedo modificar porque su dueño, Vicente Holgado, no me lo permite. *[Ahora mira directamente hacia el público]*. ¿Y qué habrá ahí debajo? El hotel parece de lujo, sin embargo debe estar en una calle muy mal iluminada. Qué

raro. *[Mira el cigarro imaginario, lo apaga con irritación en cualquier sitio, y lo tira].* No consigo dejar de fumar ni en las fantasías, así tengo el cutis. *[Vuelve a mirar en dirección al público, como si intentara distinguir qué hay allá abajo].* A mí me gustaría imaginar un río, un río por el que pasaran grandes barcazas con la cubierta llena de cajas de madera y muchos hombres moviéndose de aquí para allá con cuerdas, cubos y herramientas de todas clases. Pero por más que lo intento no consigo imaginar el rumor que producen los ríos ni el aire húmedo que se respira en sus cercanías... Oigo un rumor, sí, pero como de respiraciones lejanas y algo apagadas; ocasionalmente, también escucho alguna tos o algún carraspeo. Es algo un poco siniestro, y no es que yo me esfuerce en imaginar cosas siniestras, sino que en esta fantasía del hotel hay aspectos que se me imponen, que están más allá de mi real gana.

[Mientras dice las últimas palabras, siempre sin dejar de mirar en dirección al público, sus ojos han ido acostumbrándose a la oscuridad y da la impresión de que empieza a distinguir, con creciente alarma, lo que hay allá abajo].

Cabezas; Dios mío, parece un río de cabezas o un foso lleno de cabezas con los ojos abiertos, como los peces en el mercado. Un momento, cabezas con los ojos abiertos, mirándome... *[Regresa al borde del proscenio y mira atentamente en dirección al público].* Cabezas que me miran respirando en esta dirección. ¡Pero si esto no es un hotel, es un teatro! *[Comienza a pasearse provocadoramente por el borde del escenario].* Qué le voy a hacer, siempre me ha gustado que me miren, quizá por eso he imaginado aquí abajo un patio de butacas. Así, sin dejar de estar en el hotel de Vicente, estoy al mismo tiempo dentro de la caja de un escenario; ustedes están fuera. Dentro y fuera. Esto de imaginar que me miran es otra de mis obsesiones. Hasta cuando estoy en el cuarto de baño fantaseo con que hay un ojo flotando por el aire, alrededor de mí. Aunque también me gusta mirar, no crean; de hecho, antes de venir a esta fantasía he estado en otra en la que espiaba los ruidos de una pareja desde el interior de un armario.

[En este momento se escucha el pitido de una olla exprés o una cafetera, que procede del lado de la realidad. Ella pone cara de sorpresa al tiempo que exclama: «Dios, me he dejado una cosa en el fuego. Vuelvo en seguida». Se mete en el armario y desaparece. Al poco, el armario se abre con cautela y va apareciendo ella poco a poco. Debe transmitir la impresión de que no sabe a dónde sale, de ahí sus movimientos cautelosos. Finalmente, al no observar ningún peligro, saca todo el cuerpo e inspecciona el nuevo espacio].

Joder, qué pasillo tan largo. Anda, también digo joder: polla y joder. Pero esto no parece un dormitorio, no, esto debe ser un salón. Cuando viajas a través de las oquedades de la vida, te das cuenta de que la gente pone armarios en los lugares más

absurdos. Una vez aparecí en un armario que estaba en medio de un jardín. Hay gente que no soporta un afuera tan grande como un jardín y tiene que equilibrarlo con el dentro de un armario. Dentro y fuera. [*Inspecciona un poco más —quizá enciende la luz— y va haciendo movimientos más sueltos*]. Bueno, aquí no hay nadie o están dormidos. [*Se dirige al proscenio y escudriña en dirección al público*]. Ustedes siguen ahí: es la ventaja de los patios de butacas, que son compatibles con cualquier escenario. En eso se parecen a los armarios, los encuentras en cualquier sitio. Me he ausentado para poner un poco de orden en la cocina. Entro y salgo siempre por un armario porque ese es mi modo de ir de la realidad a la fantasía. También los utilizo para moverme entre varias fantasías diferentes. Me lo enseñó Vicente Holgado y es muy sencillo: te tumbas en cualquier parte, cierras los ojos, te relajas y en seguida comienzas a imaginar que te incorporas y que te metes en el armario de tu dormitorio. Como todos los armarios del mundo se comunican entre sí a través de pasadizos secretos, en seguida apareces en un armario de una casa de Bruselas, por poner un ejemplo. Al principio no apareces donde tú quieres porque para eso hace falta mucha práctica, por eso también es un poco peligroso, pero con el tiempo vas pudiendo elegir los conductos que te llevan a un sitio o a otro. Yo estoy en la primera fase y no siempre aparezco donde quiero. Ahora mismo, por ejemplo, no tengo ni idea de dónde he podido ir a caer. Parece una casa así como de clase media europea. El sofá es horroroso, pero las mantelerías entre las que me he tenido que abrir paso en el armario parecían holandesas, o quizá belgas. A lo mejor resulta que estoy en Brujas o en Amberes. A Vicente Holgado le gustaba mucho Brujas, por el nombre. Y mi padre, ya digo, además de respetar mucho a los peces, adoraba Bélgica. Se creía que Descartes era belga, no sé por qué. [*Pone un gesto de duda y, finalmente, como si tomara una decisión, añade*]: Bueno, les voy a decir la verdad: no es la primera vez que vengo a este piso, que no es un piso belga, qué tontería; como no puedo parar de inventar historias, a veces hasta salen a relucir los belgas, que no me deben nada, los pobres, bastante tienen con lo suyo, que no sé lo que tienen, porque yo, la verdad, no sé lo que es de unos y de otros. Nunca he estado allí, en Bélgica, digo, pero mi padre admiraba mucho lo centroeuropeo —creía que Descartes era centroeuropeo— y a lo mejor es por eso por lo que coloco este piso en Bélgica, por mi padre, que aprendió francés para leer a Descartes, ya ven, le gustaban tanto los argumentos... Ahora que lo pienso, a mí también me gustan los argumentos, los de las novelas, lo que no deja de ser otro modo de darle la razón a mi padre. Lo que pasa es que este piso era el de mis padres, sí; en este salón es donde nos comíamos los pescados esos que amenazaban siempre con llevar dentro un militar inválido. Y ahí, en medio de esa mesa, se colocaban las soperas en las que bullía el caldo primordial. Qué asco. Y en este armario estaba la caja de zapatos donde hervía toda la historia familiar. [*Se acerca al armario y saca una caja de zapatos que muestra al público*]. Ahora no sé quién vive aquí, porque nosotros lo teníamos alquilado y además estoy hablando de cuando era pequeña. Desde que Vicente Holgado me enseñó a viajar a través de los

armarios, he venido aquí cinco o seis veces, pero nunca me he atrevido a meterme por el pasillo. A veces he oído toses y maullidos como si viviera alguien que fuma mucho con un gato. Mi padre también fumaba, como yo. A mi madre, en cambio, le gustaban los encajes; a lo mejor también eso ha influido en que coloque el piso de mis padres en Bélgica: por un lado realizo la obsesión de mi padre, que era ser centroeuropeo y, por otro, acerco el universo de los encajes a mamá, porque ya digo que mamá adoraba los manteles y los visillos y las sábanas, pero, sin embargo, no tenía obsesiones. Prefería los gatos; de hecho, tenía uno que... [*Hace un gesto de duda y cambia de conversación, como si hubiera sucedido algo turbio con el gato de su madre*]. En fin. Lo curioso es que cuando aparezco en el hotel, que es el dominio de Vicente, me dedico a hablar de mi padre, mientras que cuando estoy en el territorio de mi padre, como ahora, lo que me apetece es hablar de Vicente Holgado. Tal vez los padres y los amantes se comunican entre sí, como los armarios, de manera que cuando te metes en el pecho del padre apareces en el del amante y cuando te hundes en los brazos del amante emerges misteriosamente en los del padre. El mundo es un portento, una pesadilla, en la que nada permanece quieto un solo instante. Tendemos a ver las cosas como si fueran sucesos acabados, fenómenos estáticos, pero todo, lo más insignificante que podamos imaginar, una piedra o un zapato, son acontecimientos, o sea, que están aconteciendo, sobreviniendo, sucediendo todo el rato. Piensen en sus zapatos, a los que seguramente no prestan ninguna atención: a lo mejor algo muy misterioso se está llevando a cabo en estos momentos en su interior y ustedes no se dan cuenta porque no se fijan. Quién sabe si los zapatos también se comunican entre sí, como los armarios, los amantes y los padres, y resulta que a lo mejor un dedo de su pie derecho está viajando ahora en dirección a otro zapato mientras que el de ese otro zapato se está metiendo en el suyo. Seguro que esta noche, al desnudarse, ni siquiera se daría usted cuenta de que le han cambiado un dedo. Solo prestamos atención al centro de las cosas, o sea a lo de dentro más que a lo de afuera —dentro y fuera— cuando lo importante sucede siempre en la periferia, en los zapatos o en los armarios, por ejemplo. Y es una pena, porque nos perdemos lo mejor. Quién sabe si ese dedo con el que usted regresa a casa, sin darse cuenta de que no es suyo, es de alguien que amó en su juventud y a quien recuerda todavía en las tardes nostálgicas de la madurez. Es posible que quienes se aman por encima o por debajo del olvido intercambien dedos, o pies enteros incluso, a través de los zapatos. También los ojos viajan cuando los cerramos para que podamos ver cosas muy alejadas de nosotros, pero que nos conciernen. Yo misma tengo un ojo, este, que es de Vicente Holgado, o eso decía él, el caso es que gracias a eso él ve lo que yo miro y de este modo, aunque no logremos encontrarnos permanecemos muy unidos.

De todos modos, la fantasía que más uso ahora es la de la habitación esa del hotel donde nos hemos visto antes, aunque tengo que confesarles que no es mía. Yo le he puesto algunos detalles, como las cortinas, o aquellas dos lámparas de mesa que daban una luz tan agradable; también me inventé lo del escenario porque no soporto

que no me miren, pero lo esencial era de Vicente Holgado. Un día me confesó que todas las tardes, al salir de la oficina, se iba a su casa y tras comer cualquier cosa, dos yogures desnatados y un paquete de galletas, por ejemplo, se tumbaba en el sofá y cerraba los ojos para imaginar historias. Una noche, sin proponérselo, nada más bajar los párpados vio un ángulo de una habitación desconocida para él. A partir de entonces, esta visión empezó a repetirse cada vez que cerraba los ojos, pero sobre todo en la cama, antes de dormirse. Se familiarizó con aquel espacio hasta el punto de que llegó a constituir un lugar por el que se paseaba imaginariamente. En sus paseos por aquella habitación solía detenerse frente a la terraza y desde allí contemplaba un río ancho por el que pasaban enormes barcas con sus cubiertas llenas de cajas de madera. Con el paso de los días, el ángulo fue creciendo y a partir de él se generó una habitación completa. Parecía una habitación de hotel: tenía una cama grande, con edredón, como si estuviera en un país muy frío, centroeuropeo, un armario empotrado y un mueble de uso indistinto, sobre el que había un televisor, además de la mesa redonda y las butacas que ya he mencionado.

Vicente Holgado se habituó a pasar allí las tardes. Después de comer, se tumbaba en el sofá de su casa, cerraba los ojos, y entraba en aquella habitación que tenía algo de útero materno por cuanto parecía cubrir todas sus necesidades. Al principio se limitaba a pasear o a contemplar el río, pero a medida que cogió confianza fue atreviéndose a hacer otras cosas, como usar el pequeño bar escondido bajo el televisor, bañarse en la lujosa bañera o conectar el interruptor de un servicio musical que solo emitía música clásica. Un día encendió el televisor y salió algo que parecía un concurso, pero hablaban en un idioma que Vicente no supo identificar. A medida que pasaba el tiempo le costaba menos visualizar ese espacio, penetrar en él. Podía hacerlo desde cualquier sitio, desde el autobús, por ejemplo. Le bastaba con bajar los párpados para ingresar en aquella misteriosa habitación de hotel en la que se encontraba aislado y protegido de todo. Cogió la costumbre de llevarse un libro imaginario y leía imaginariamente un par de horas imaginarias antes de conectar la televisión imaginaria. Una vez se asomó al pasillo imaginario para ver cómo era y dice que me vio pasar con unas gafas oscuras. Yo no me di cuenta, aunque es verdad que por entonces también yo tenía una fantasía de hotel. A lo mejor éramos vecinos imaginarios sin saberlo. Lo curioso es que Vicente en su casa real no podía leer porque en seguida empezaba a pensar en alguna amenaza que le sacaba del texto: que se había olvidado de cerrar el gas y se estaba produciendo un escape, o que iba a sonar el teléfono para darle una mala noticia, o, no sé, que al meterse en la cama se encontraría con un gato muerto entre las sábanas. Tenía un temperamento un poco obsesivo, como mi padre, y no podía dejar de imaginar historias. En ese aspecto éramos iguales, porque yo tampoco puedo dejar de imaginar historias todo el rato; la diferencia es que él solo imaginaba catástrofes, mientras que yo, por ejemplo, imagino que me dan el premio Nobel. Precisamente, tengo una fantasía, a la que voy mucho, en la que me han dado el Nobel de medicina por descubrir que la faringe y la

vagina están hechas del mismo tejido, de ahí que haya vaginitis faríngeas y faringitis vaginales. Esto se explica también porque hay cosas que tiras en un sitio y aparecen en otro debido a que todos los agujeros del mundo, como hemos dicho, están comunicados entre sí. O sea, que del mismo modo que a lo mejor metes las medias en un cajón del armario y aparecen en el de la vecina, del mismo modo, digo, un virus que entra por el tracto respiratorio aparece después misteriosamente en el conducto vaginal. Entonces resulta que si una faringitis, por el mero hecho de aparecer en la vagina, recibe el tratamiento de una vaginitis, no se cura. Y eso es lo que en mi fantasía les pasaba a muchas pacientes hasta que descubrí que hay vaginitis que tiene que tratar el otorrino y faringitis que debe controlar el ginecólogo. Al principio es muy complicado porque, claro, no es nada fácil enseñar la vagina desde el sillón de un otorrino, ni la garganta desde el de un ginecólogo, pero por eso me dieron el Nobel, porque era una cosa muy difícil.

Al principio esto de imaginar historias todo el rato me parecía una enfermedad. Bueno, la verdad es que llegué a ir al médico y todo, porque estaba a punto de volverme loca. Llevaba tres años imaginando historias sin parar. El doctor me preguntó que en qué podía ayudarme y yo le expliqué que no hacía más que inventar historias todo el rato. Le dije que desde pequeña había tenido un temperamento nervioso, o eso es lo que decía mi madre, porque no me llevaba bien con su gato, y que a los treinta años estuve en tratamiento, aunque no llegué a padecer ninguna crisis especialmente grave, pero que la manía esta de imaginar historias empezaba a resultar angustiada. «¿Qué quiere usted decir?», me preguntó. «Pues que me paso el día inventando cosas que no son —le dije—. Por ejemplo, ahora mismo, mientras esperaba en la antesala, imaginé que esta consulta era en realidad la oficina de personal de una empresa a la que había venido a solicitar trabajo». «¿Qué sabe hacer usted?», preguntó. «¿Lo ve? —le dije—. Ya ha entrado usted en mi historia. Es tan fácil dejarse llevar por un argumento...». El médico me miraba con cara de extrañeza y yo vi que quería hablar; entonces, añadí: «Lo malo es que ya no puedo parar de imaginar; a veces estoy terminando una historia y, si no se me ocurre en seguida la siguiente, se me pone aquí un nudo de angustia, porque tengo el temor supersticioso de que suceda una catástrofe si dejo de imaginar historias. Pero cuando la angustia comienza a resultar insoportable y estoy justo al final de una historia y el mundo se va a derrumbar porque no se me ocurre otra, aparece un argumento nuevo y eso me da un respiro momentáneo». Entonces, va el médico y me dice muy serio: «Creo que no puedo ayudarla». «¿Por qué, doctor?», pregunté yo intentando seducirle con una hábil sonrisa que utilizo para conseguir cosas. «En realidad —dijo—, soy ginecólogo; debería visitar a un psiquiatra». Y yo: «¿Y por qué no se imagina que es usted psiquiatra y que yo soy una paciente nueva, recomendada por otro psiquiatra de fama internacional?». El doctor carraspeó, cruzó las manos con un gesto de impaciencia nerviosa y pareció dudar unos instantes. «¿Qué le cuesta?», añadí yo ladeando la cabeza para que parte de la melena me atravesara el rostro y dividiera en fragmentos

la hábil sonrisa de seducir. Entonces me dio la impresión de que el médico padecía un ataque de miedo, la clase de miedo que nos invade cuando estamos a punto de tomar una decisión que podría cambiar nuestra vida. Comprendí que se me escapaba, y, efectivamente, en seguida se incorporó, me invitó a salir y le dijo a la enfermera que me diera una tarjeta del doctor Gutiérrez. «Es un buen psiquiatra —añadió—. Vaya usted de mi parte». Cogí un taxi y me fui a la consulta del psiquiatra consiguiendo que me recibiera, a pesar de no haber pedido hora. «¿En qué puedo ayudarla?» —preguntó. «Verá, doctor —dije—, llevo varios días con dolor de ovarios y además tengo los pechos inflamados». «Debería usted acudir al ginecólogo —dijo—, yo soy psiquiatra». «En el ginecólogo ya he estado y me ha enviado aquí —respondí—. En realidad, no me duelen los ovarios, pero qué le cuesta a usted imaginar que es ginecólogo y que yo soy un caso ovárico interesante». «Pero a usted no le duelen los ovarios» —dijo mirándome raro por encima de las gafas. «Ni usted es ginecólogo —respondí—, pero la cuestión es que podamos imaginar juntos una historia. Mientras esperaba en la antesala, por ejemplo, estuve imaginando que usted era un empresario importante y yo una pobre mujer que venía a pedirle trabajo». «¿Qué sabe hacer?» —preguntó automáticamente. «¿Lo ve? —dije—. Ya ha empezado a imaginar conmigo sin querer. Los ginecólogos y los psiquiatras, no sé por qué, siempre pican». «¿Se burla de mí? —preguntó desconcertado—; mire, la he atendido porque creí que era un caso urgente, pero no tolero esta clase de escenas en mi consulta». «Es que estoy muy nerviosa» —me disculpé. «Está bien —añadió—, le daré unas pastillas y la enviaré a un ginecólogo de mi confianza». «Pero si habíamos quedado en que no me dolían los ovarios» —dije. Entonces, se puso rojo de cólera y gritó: «¡Está usted loca!». «De acuerdo —respondí ilusionada—, vamos a imaginar entonces que usted es un psiquiatra de renombre».

Lo dejé tomándose tranquilizantes, imagínate, y me marché a imaginar más historias a la cafetería en la que solía encontrarme con Vicente Holgado, pero Vicente tampoco apareció ese día ni los siguientes. También he viajado varias veces a la fantasía del hotel, pero nunca coincidimos. Yo ya no sé si es que no va o que vamos a horas diferentes. A lo mejor resulta que cuando yo estoy dentro, él está fuera. Dentro y fuera. Lo peor sería que se hubiera extraviado por los armarios intentando hacer un viaje fuera de lo común. Hay veces que empiezas a caer de un armario en otro sin ningún control. O sea, que aunque quieras ir a un sitio no puedes porque no encuentras el conducto. La última vez, por ejemplo, quise volver al hotel y, ya ven, he aparecido caprichosamente en un piso de clase media belga que, como ya les he confesado es en realidad la casa donde viví de niña, y que no sé ahora quién la habitará, ni ganas. Vengo aquí porque este espacio constituye una obsesión y a mí me gusta visitar mis obsesiones. De todos modos, tampoco crean que me ha sido tan fácil llegar: he tenido que hacer transbordo en un armario así de pequeño que no sé lo que era, quizá el maletero de un taxi. Oía hablar a dos sujetos, uno de ellos entre hipidos de llanto, el taxista, quizá. Le contaba al otro que su mujer tenía desde hace meses

unas visiones que estaban destruyendo su vida familiar. «¿Qué clase de visiones?», preguntaba el otro. El pobre hombre, el del llanto, explicaba entonces que un día, mientras preparaba una tortilla de patatas, su mujer escuchó ruidos en el interior de la nevera. Se acercó al frigorífico, lo abrió, y se le apareció dentro un ángel que le dijo que Gorbachov era el anticristo y que debía difundir ese mensaje por todo el mundo para que las almas piadosas no se dejaran engañar por la falsa conversión de Rusia. «Qué raro», escuché que decía el pasajero. «Eso es lo que digo yo —respondía el taxista—, que si los ángeles quisieran transmitir ese mensaje a la humanidad se aparecerían en una cueva, como en Lourdes, y no en la nevera de una mujer humilde. Pero ella sigue empeñada en que Gorbachov es el anticristo, y cuando no está en la nevera hablando con el ángel, está colgada al teléfono llamando a las emisoras de radio para difundir el dichoso mensaje. Lo que delata a Gorbachov es la mancha que tiene en la cabeza». El pasajero, que por lo visto era médico, le ofreció un valium para que se tranquilizara. Con lo aficionada que soy yo al valium, que no lo dan sin receta, y resulta que el tipo ese por llorar un poco... Cuando conseguí salir de allí, debía estar ganándose el segundo valium, porque había empezado a contar que, según su hija mayor, del interior del microondas salían voces que entonaban vivas a la clase obrera. La cuestión es que no consigo coincidir con Vicente dentro, pero tampoco fuera —dentro y fuera— y lo malo es que ahora ya no podría vivir sin él, como no podría vivir sin un armario. Yo, si fuera famosa y me preguntaran la tontería esa de qué me llevaría a una isla desierta, diría que un armario, aunque fuera empotrado. ¿Se imaginan un armario empotrado en una isla desierta? [*Se oyen ruidos procedentes del pasillo: una puerta al abrirse, un carraspeo, una tos de fumador, una cisterna, y el maullido de un gato. Ella se pone en tensión y baja la voz*]. Parece que se ha levantado alguien a beber agua, o a mear. También digo mear; qué bien: polla, joder y mear. Bueno, pues me marchó, porque no quiero que me pillen, pero también porque no me apetece saber quién vive aquí, no sea que hablen en francés y estemos de verdad en Bélgica. Intentaré regresar a la habitación de hotel, no sea que Vicente haya logrado volver y esté esperándome. [*Se mete en el armario y al poco vuelve a aparecer con los movimientos cautelosos de siempre. Lleva debajo del brazo la caja de zapatos, de la que no se desprenderá*]. Buf, qué frío, pero, bueno, si esto es un estercolero. La gente abandona los armarios en los sitios más inverosímiles. No crean que salgo aquí por gusto; he pasado por cuatro empotrados y uno de dos cuerpos, pero he tenido que continuar porque había gente en las habitaciones diciendo tonterías. Así que voy a descansar aquí un poco. Me siento en esta lavadora y ya está. [*Se asoma al tambor de la lavadora abandonada y saca un sujetador completamente nuevo. Le gusta y se lo pone sobre la ropa para ver si es de su tamaño. Después se lo guarda con gesto de satisfacción en la caja de zapatos*]. Es igual que el primero que tuve con encajes. Las lavadoras también se comunican entre sí. Por eso a veces cuando sacas la ropa para tenderla te han desaparecido unas bragas o unos calcetines. Siempre van a parar a otra lavadora, aunque esté inservible, como esta. En eso

también llevaba razón Vicente, ¿no? Las cosas se mueven por el mundo de un modo muy azaroso y unas bragas que hoy son mías mañana pueden ser de usted o de otra. No somos dueños de nada, ni de nuestras ideas. Vicente pensaba que las ideas tenían una autonomía semejante a la de los pájaros, que van de un sitio a otro sin pertenecer a ninguno. Por eso decimos con frecuencia «se me ha ido una idea», porque a veces se van a vivir dentro de otra cabeza. Dentro y fuera. O sea, que la cabeza es su medio ambiental como el aire o el agua son el medio de los pájaros y los peces. Pero no una cabeza en concreto, sino la cabeza en general. Por eso a veces decimos también «se me ha escapado una idea», como cuando se escapa un pájaro de la jaula. O sea, que las ideas viajan de una cabeza a otra como las bragas entre las lavadoras o los cuerpos entre los armarios. Mi padre me contó que antiguamente se creía que el universo tenía la forma de un cráneo; según eso, los pájaros serían sus ideas y nosotros, quizá, sus obsesiones. Pues bien, se equivocaba el universo y nos equivocamos nosotros. Ni los pájaros eran las ideas del mundo, ni nosotros los dueños de las ideas que vuelan por nuestra cabeza, ni de los virus que anidan en nuestra sangre. Y si nada tenemos que ver con los virus, mucho menos con las ideas, aunque también nos maten. [*Mirando hacia el suelo*]. ¿Qué es eso que brilla ahí? [*Lo coge*]. Anda, si es una navajita igual que una que tuve de pequeña. Me la trajo mi padre de Bélgica, aunque era Suiza. A lo mejor Suiza y Bélgica se comunican, como los armarios, y lo que se fabrica en un sitio cae en las tiendas del otro. Ahora todo lo que se fabrica en Taiwan cae en nuestros almacenes. Taiwan es un armario. [*Guarda la navajita en la caja de zapatos*].

¿No ven lo que les decía de las ideas, que se van cuando ellas quieren? Se me había ido la idea que les quería contar sobre Vicente Holgado, pero parece que ya empieza a venirme. Sí, era eso, que Vicente parecía pertenecer al mundo de las fantasías, de los sueños, y eso es lo que me fascinaba de él. Ya el modo de conocernos fue muy raro. Estaba yo comiendo a toda prisa en la cafetería de unos grandes almacenes, porque me gusta imaginar que como en lugares públicos, cuando noté que alguien me observaba a dos o tres mesas de distancia. Como ese es mi sueño, que me observen, empecé a comer más despacio y con expresión absorta, para transmitir la impresión de que tenía mundo interior. El mundo interior se puede llevar dentro o fuera —dentro y fuera—; de hecho, hay muchas mujeres que llevan todo el mundo interior por afuera, pero a mí me gusta más la gente que lo lleva dentro, aunque sea menos espectacular. La cosa es que hice como que no veía al mirón, pero con disimulo iba poco a poco fijándome en su aspecto, y lo primero que advertí es que estaba tuerto. Les costará creerlo, pero no me decepcionó pese a que eso significaba que me miraban la mitad de los ojos que yo había previsto. No sé, es que tenía un aspecto muy irreal, como si me lo estuviera imaginando, porque no soporto comer sola sin que nadie me mire; por eso muchas veces, mientras devoro el sándwich, imagino que alguien me observa desde un rincón del comedor. Aquel día, precisamente, estaba imaginando que el que me miraba era mi padre, pero cuando

levanté la vista resultó que era Vicente. El caso es que este Vicente que digo, el tuerto, porque mi padre también se llamaba así, parecía tener más atributos del mundo fantástico que del real, no sé, por el modo de vestir y por los gestos. Al poco, vi que se levantaba y que se dirigía a mi mesa... Bueno, pasándolo muy mal, porque se notaba que era muy tímido, preguntó si podía invitarme a un café. Yo le miré con cara de tener mucho mundo interior detrás de los ojos, pero sin decir nada, aunque, es verdad, con ese modo de no decir que otorga. Entonces, él se sentó a mi lado y estaba tan nervioso que empezó a hablar y hablar de cualquier cosa, como si tuviera miedo de que yo me fuera a desvanecer si se callaba. Y me contó que desde que me había visto en aquel restaurante iba todos los días con la esperanza de que también yo acudiera para poder mirarme, y que se conformaba con eso, con mirarme, aunque de repente había empezado a tener miedo de que yo dejara de ir porque ya no se imaginaba la vida sin mirarme. Cada vez que hablaba de mirarme, yo observaba su ojo tuerto y me lo imaginaba como una cajita vacía, una cajita donde, al no haber ojo, podían guardarse otras cosas: un valium, por ejemplo, o una aspirina. La verdad es que tenía el párpado cerrado con tanta gracia que parecía eso, un pastillero. Si hubiera párpados de plata, le habría regalado uno. El caso es que resultaba irónico que el único hombre que parecía dispuesto a convertir el objeto de su vida en la contemplación de mi persona solo pudiera mirarme a medias. Yo iba aquel día con una camisa vaquera que me hace muy joven y me había arreglado al salir de casa más de lo normal, como si tuviera un presentimiento dentro, porque los presentimientos también se pueden tener fuera. Dentro y fuera. De hecho, por ejemplo, las facciones de Vicente Holgado dibujaban el territorio de un presentimiento.

Bueno, le dejé hablar y hablar sin inmutarme, o como si no hubiera reparado mucho en su presencia. Y cuando advertí que empezaba a flaquear me volví hacia él, dejando que me cayera el pelo así, por la mitad de la cara, y con una sonrisa cansada que también utilizo mucho para seducir le dije: «¿Pero no te has dado cuenta? ¿Es posible que no te hayas dado cuenta?». «¿De qué?», preguntó él con cara de susto. «De que estoy muerta; las otras veces que me has visto en este restaurante ya estaba muerta», respondí con naturalidad. Inexplicablemente, puso cara de alivio, como si hubiera temido algo peor, algo, en fin, que le impidiera mirarme. Yo hice un gesto, como indicando que nuestra relación era imposible debido a mi condición de cadáver, pero él no estaba dispuesto a aceptar que eso fuera un obstáculo. Entonces, tras dudar unos segundos, decidió mentir. Dijo: «Eso no importa, también yo estoy muerto». Parecía dispuesto a cualquier cosa con tal de no dejar de mirarme. Entonces yo cogí el tenedor y se lo clavé en el muslo. Dio un grito que hizo volverse a todos. «¿Ves como no estás muerto? —le dije—, a los muertos no les duelen estas cosas». Vicente tuvo que reconocer que estaba vivo para que yo no continuara haciendo demostraciones, pero seguía tan enamorado que no parecía dispuesto a renunciar. «A mí no me importa que estés muerta», dijo. «Ahora no —respondí—, pero llegarías a cansarte; tengo un olor muy especial, me han abandonado las pasiones y me nuevo

despacio porque ya no voy a ningún sitio». «Igual que yo —afirmó esperanzado—, también huelo raro y lo único que me gusta es estar tumbado en el sofá imaginando cosas o viendo películas de vídeo; mira, precisamente he alquilado varias para el fin de semana». «¿Qué es el fin de semana? —pregunté yo—; se me van olvidando las cosas: sé lo que es un fin y lo que es una semana, pero no me acuerdo de lo que significan las dos palabras juntas». Les aseguro que resultaba magnífico estar muerta y poder hablar así, como desde el otro lado de las cosas. Ahora que lo pienso, creo que siempre quise estar muerta y que lo único que me preocupaba de eso es que dejan de mirarte en seguida. «¿Dónde vives?», preguntó. «Da igual —dije—, como no ocupo ningún lugar en el espacio puedo quedarme donde quiera». «¿Y cuánto tiempo llevas muerta?». «Sé lo que es cuánto y lo que es tiempo, pero ya no recuerdo qué significa cuánto tiempo».

[*Empieza a hacer gestos, como si algo oliera mal. Se levanta y busca con expresión de asco el origen*]. A ustedes, como están fuera, no les llega el olor, pero aquí dentro —dentro y fuera— deben haber tirado algo que... Aquí está, es un gato muerto. Qué asco. Se parece al de mamá, que en lugar de enterrarlo lo abandoné en un estercolero. A lo mejor los estercoleros también se comunican y lo que tiras en uno cae en otro. Esta es otra de las ventajas que tienen las obsesiones frente a los gatos, que cuando se mueren no huelen tan mal, aunque descomponerse se descomponen lo mismo. Perdonen, voy a ver si consigo aparecer en un lugar más limpio. Si tardo un poco es que estoy intentando llegar al hotel por si ha vuelto Vicente. [*Se va y el escenario se oscurece. Cuando vuelve la luz, vemos un armario como los de los camarotes de los barcos abandonado en medio del océano. La puerta se abre y aparece ella asombrada por el espectáculo del mar y haciendo equilibrios para que esa especie de barca que es el armario no vuelque. El viento marino agita sus cabellos*]. Joder, a quién se le ocurre tirar al mar un armario. Es que viajando así te expones a cualquier cosa, aunque la verdad es que hace buen día y casi se agradece esta brisa. Esto debe ser el Mediterráneo. Qué bien refleja el mar nuestros estados de ánimo. Lo miras ahí fuera y te dice todo lo que llevas dentro. Dentro y fuera. A lo mejor, tenía razón mi padre y este es el caldo primordial, la cazuela de donde hemos salido todos, por eso nos gusta tanto, porque al mirarlo sentimos que algo de lo que tiene él también es nuestro. O sea, que guarda en su interior una cosa que es nuestra y que, sin embargo, está fuera de nosotros. Por eso mismo es por lo que Vicente Holgado decía que estaba enamorado de mí, porque yo tenía algo suyo. Según él, el amor, lo mismo que el horror, sucede cuando vemos fuera lo que tenemos dentro. Dentro y fuera. Por eso nos gusta lo bello y nos atrae lo monstruoso, porque por dentro somos las dos cosas, aunque no todos los días ni en idénticas proporciones. Pues bien, Holgado decía que lo que yo tenía suyo era su ojo, el que a él le faltaba. No sé si ustedes podrán apreciarlo desde ahí, pero, si se fijan, yo tengo un ojo de cada color; se trata de una rareza que hace parecer que uno de ellos no es mío. Bueno, pues fíjense cómo contaba Holgado que yo me había hecho con su ojo: Según él, un día se

despertó en el hotel de una ciudad donde había ido a imaginar algo, y en lugar de levantarse en seguida, como tenía por costumbre, se quedó en la cama imaginando cosas. Dice que estaba así, acostado de medio lado, de forma que tenía un ojo hundido entre los pliegues de la almohada, mientras que con el otro, que sobresalía un poco, imaginaba que las suaves lomas formadas por la tela de la funda pertenecían a un paisaje desértico; al final de ese desierto estaba la mesilla, donde reposaba una novela junto al paquete de cigarrillos y el mechero. Estos pequeños volúmenes, más el del teléfono, parecían formar desde su perspectiva un núcleo urbano algo desordenado y de líneas cortantes, como los edificios de la ciudad en la que se encontraba. El mechero, de metal, reflejaba un punto de luz que evocaba la iluminación de una avenida. Desde la perspectiva de la almohada, y con un solo ojo en funcionamiento, los objetos de la mesilla parecían desmesurados. El mechero podría haber sido un rascacielos y el borde del libro una estación de tren.

Mientras jugaba con su ojo y con sus pensamientos, la claridad del día iba invadiendo el espacio con la lentitud, aunque con la firmeza, de una obsesión. La luz penetraba en forma de cuchillo por la abertura formada por las cortinas y se expandía, como el humo, al alcanzar el centro de su trayectoria. Entonces Vicente movió el ojo en círculo en el interior de su órbita y en seguida empezó a imaginar que ese ojo tenía la rara capacidad de salir de su cuenca y viajar por el aire. Cerró el párpado, para producir el punto de oscuridad adecuado, y se figuró que el ojo escapaba de su estuche y empezaba a moverse en un ámbito fantástico. Primero flotó hasta el techo de la habitación, desde donde le envió una visión de sí mismo con el perfil dirigido a la mesilla de noche. Después, el ojo flotante describió un par de círculos y, de súbito, atravesó el tabique como un cuerpo sutil penetrando en la habitación de al lado. La cama de esa habitación estaba deshecha y en el suelo había ropa interior de mujer. El ojo, naturalmente, no podía oír, pero Vicente Holgado dedujo por la información visual que le enviaba que la dueña de aquellas prendas debía estar en el baño. Ordenó al ojo dirigirse allí y vio bajo la ducha la silueta de una mujer con el cuerpo enjabonado. El vapor había empañado el espejo, pero a través del paño de vaho Vicente contempló el reflejo de su globo ocular suspendido en el aire como un cuerpo celeste en el espacio. La excitación que le había producido el cuerpo de la mujer fue inmediatamente anulada por el espectáculo del ojo fuera de la cuenca.

Ordenó al ojo regresar a la habitación, pero este no le obedeció. Holgado, refugiado bajo la manta como un molusco bajo su concha, buscó argumentos tranquilizadores: en realidad, todo era un juego imaginario; bastaría con levantar el párpado para regresar a la normalidad. Sin embargo, no se atrevió a levantarlo por miedo a comprobar que aquel estuche, cuya tapa era el párpado, estuviera vacío.

Entre tanto, la mujer terminó de ducharse y salió de la bañera. Dice Vicente que tenía un cuerpo sólido y frágil a la vez, como el mío, que le recordó al de algunas estatuas, con un color más cercano al bronce que al mármol. El ojo, para tener una visión de conjunto, se había desplazado hacia la pared ocupada por la bañera; de este

modo, veía de forma directa la espalda y el culo de la mujer —o sea, que también digo culo— mientras que a través del espejo contemplaba sus pechos y su vientre. Vicente comenzó a excitarse de nuevo hasta que reflexionó que la visión era demasiado real para tratarse de un producto imaginario. Veía realmente el cuerpo de aquella mujer que ahora se secaba el pelo con una toalla que ocultaba su rostro. Curiosamente, el rostro era la única zona que aún no había podido verle bien.

La mujer abandonó la toalla sobre la tapa del retrete y en un movimiento rápido, antes de que Vicente tuviera tiempo de verle los ojos, se puso unas gafas oscuras que había sobre la encimera del lavabo. Entonces Vicente recordó que el día anterior la había visto en el pasillo del hotel. Llevaba las mismas gafas de sol que ahora acababa de ponerse y con ellas parecía ocultar algo a sí misma y a los otros. Vicente pensó que quizá se había vuelto a adormecer y que posiblemente estaba soñando a partir de aquella imagen de la tarde anterior. Este pensamiento le tranquilizó y se encogió de gusto en el túnel formado por las sábanas. Y bien, el ojo daba vueltas alrededor de la mujer observándola desde todos los puntos de vista. Pero en una de estas evoluciones, cuando se acercaba a sus pechos, ella hizo así con la mano y lo atrapó con el movimiento rápido con el que se atrapa a una mosca en pleno vuelo. Entonces la mujer, que según Vicente Holgado era yo, se quitó las gafas, levantó el párpado derecho, tras el que no había nada, y se colocó el ojo recién cazado. Vicente comprendió que no había estado soñando y que, por lo tanto, una tuerta acababa de robarle el ojo. Se puso a llorar, pero, por lo visto, de detrás del párpado vacío, en lugar de lágrimas, salía un líquido espeso y amarillento, como el que se escapa por las grietas de algunas frutas demasiado maduras. Qué vida.

La cuestión es que se quedó tuerto, y que empezó a ver cosas que no miraba, porque su ojo, desde mi rostro, continuaba enviándole la información de cuanto percibía. Eso decía él, y también, que cuando ya se había acostumbrado a esta rareza de mirar por un solo ojo y ver por dos, se encontró de nuevo conmigo, esta vez en la cafetería de los grandes almacenes donde yo solía ir a comer un sándwich. Entonces, al mirarme —o quizá al mirarle yo, no me acuerdo—, se vio a sí mismo dentro de mí. Eso es lo que dije, y aunque, como ven, se trataba de una historia muy rara para conquistar a una mujer, conmigo funcionó, quizá porque ya habían funcionado previamente historias como la del caldo primordial o la de un universo con forma de cráneo, por no recordar la relación entre el fósforo y las cabezas. Y creo que funcionó porque también yo sentía que algo de lo que a él le constituía era mío. No sé, quizá ese presentimiento que dibujaban sus facciones era más mío que suyo. Dije antes que tenía cara de presentimiento, pero quizá sea más exacto decir que su rostro era en sí mismo una obsesión, y ya les he explicado la compañía que me hacen a mí las obsesiones. Todo lo que toco lo convierto en obsesión. Mi marido, por ejemplo, que cuando nos conocimos no era más que un otorrinolaringólogo normal, ahora es ya una obsesión. Suelo decir la palabra entera porque fui la primera de mi generación en decir otorrinolaringólogo sin tropezar. Y es que de pequeña padecía mucho de la

garganta y me pasaba media vida con mi padre en la consulta del otorrino enseñándole mis intimidades bucales. [*Refiriéndose al armario-barca*]. Me parece que esto se está moviendo mucho. Esperen, que cambio de postura. Así. Bueno, pues el médico me miraba con una linternita redonda esas cosas blandas que tenemos por aquí y siempre decía lo mismo: «Cuando se haga mujer se le pasará». Yo no me lo creía, porque mi madre era una mujer deshecha, o sea, más que hecha, y padecía también del tracto respiratorio. Bueno, pues me hice mujer y como no se me pasó decidió arrancarme las anginas. Muerto el perro se acabó la rabia. Lo que pasa es que entonces dejé de padecer de las amígdalas, pero me entregué a las faringitis. O sea, que a lo mejor me casé con un otorrino por esa afición a que me tocaran las partes blandas con la punta de una linternita redonda. Aunque, claro, los tiempos de mi marido ya eran otros y en lugar de linternitas redondas se usaban unos aparatos que a mí ya no me decían nada, de manera que al poco de casarme perdí también el gusto por las faringitis, aunque entonces caí en una profunda depresión y empecé a imaginar cosas. Además, por aquella época fue cuando me dieron el Nobel de medicina por descubrir que algunas faringitis hay que tratarlas como vaginitis porque en realidad eran vaginitis disfrazadas y a lo mejor me curé por eso, porque me puse en la garganta unos remedios que me habían recetado para la vagina: lo que es bueno para la vagina, en general, también es bueno para la garganta. Aunque también debió influir, como digo, el hecho de que por entonces los otorrinos se hubieran colocado la lucecita en la frente, como los mineros, en lugar de llevarla en la mano, como los ladrones. Los mineros se pasan la mitad de la vida dentro y la mitad fuera. Dentro y fuera. El caso es que entonces fue cuando conocí a Vicente y me di cuenta de que las cosas que decía eran más mías que suyas, del mismo modo que mi ojo era más suyo que mío. Porque a lo mejor, no sé, yo no había pensado las cosas como él, pero las había vivido, y vivir las cosas es también un modo de pensarlas.

Yo, por ejemplo, sabía perfectamente, antes de conocerle, la diferencia entre dentro y fuera, porque mi madre siempre rellenaba los pescados con algo, como si no tuvieran bastante con el soldadito de plomo. A veces, les ponía aceitunas; las aceitunas llevan los huesos dentro, como nosotros. Hay cosas que llevan el esqueleto dentro y cosas que llevan el esqueleto fuera. Dentro y fuera. Las tortugas, por ejemplo, lo llevan por fuera, igual que los centollos o los escarabajos. O sea, que el esqueleto, a estos animales, les sirve para proteger la carne, mientras que en nuestro caso es la carne la que protege al esqueleto. Esto no sé por qué es, ni me importa; lo que me llama la atención es que otros lleven fuera lo que yo llevo dentro, como la vida interior o la conciencia. Ahora que lo pienso, creo que Vicente Holgado llevaba la vida interior por fuera. Le mirabas a la cara y le veías de golpe toda la vida interior que yo llevaba dentro. Pero lo definitivo fue que me empezara a hablar de las cajas, que era una de mis obsesiones. A todo lo que decía sobre las cajas le daba la razón, que es otra de mis obsesiones, la de dar la razón. A mi padre le di la razón toda la vida. Yo creo que de tanto dar la razón a mi padre me quedé sin ella y por eso a veces

me cuesta seguir el hilo de las cosas o prestar la debida atención a las cuestiones prácticas. [*Se oye el ruido de la olla exprés, y ella pone un gesto de fastidio en el que se advierte también la decisión de no acudir en ese momento a la demanda de la realidad*]. Decía que yo no he oído hablar de las cajas a nadie con la exactitud con la que lo hacía Vicente Holgado. Pero, claro, el delirio fue cuando comenzó a hablar de los armarios y me dijo que había descubierto el modo de viajar por ellos a través del universo mundo. O sea, que, según él, si te metías en un armario y tenías la suerte de dar con ese conducto secreto, podías aparecer en cuestión de segundos en un armario de la China, por ejemplo. O en un armario abandonado en medio del océano, sin ir más lejos. [*Se asoma al borde como si algo le llamara la atención; mete la mano en el agua y saca un pez*]. Anda, coño. Qué bien, también digo coño: o sea, polla, mear, joder, culo y ahora coño. Pues, coño, está muerto, como el gato del estercolero, pero este aún no huele mal. Todavía. [*Lo observa detenidamente, con un gesto entre divertido y asombrado*]. No se lo van a creer, pero este pez tiene la misma expresión que mi padre. ¿No ven este perfil puntiagudo, como de alguien que quiere estar siempre un poco más allá de donde está? ¿Y esta mirada pequeña, pero inteligente, que mira afuera, pero desde dentro —dentro y fuera—? Así era mi padre. A lo mejor es que después de muerto ha regresado al caldo primordial y anda metiéndose dentro de los peces porque está fuera de sí. [*Se agacha buscando algo dentro del armario y finalmente saca la navaja suiza que le trajeron de Bélgica*]. En cualquier caso, aprovecharemos este hallazgo para demostrar que los peces tienen dentro y fuera e incluso, a veces, más dentro que fuera. [*Le abre el vientre y encuentra en su interior algo que la espanta. Lo saca, mostrándolo con asco y resulta ser el soldadito de plomo*]. Aquí está. Lo decía no sé quién: si algo malo puede pasar, pasa. Toda mi vida evitando comer pescado por esto, y me lo voy a encontrar la única vez que abro a uno de estos animales por diversión. [*Se fija más en él, como si estuviera descubriendo otra novedad*]. Además —van a pensar ustedes que no digo más que tonterías— es que este soldadito tiene la misma cara que Vicente Holgado, de verdad. Y le falta un ojo, como a él, en lugar de la pierna. O sea, que mi padre tenía a Vicente dentro de él. No, si ya decía yo que los amantes y los padres se comunican a través de galerías secretas. Vaya, ahora empieza a llover, menuda tormenta. [*Mete el pez en la caja de zapatos y, en esto, el mar se agita, el armario se bambolea y ella se cae al fondo desapareciendo. Las luces se apagan y al encenderse de nuevo, aparece otra vez el piso belga, o sea, su casa de la infancia. Ella sale del armario con la caja de zapatos*]. Vaya, otra vez aquí... Pero si adonde yo quería ir es al hotel, no vaya a ser que vuelva Vicente y no me encuentre. [*Deja la caja sobre la mesa y va sacando poco a poco las cosas de su interior*]. Es curioso, toda la vida defendiéndome con las fantasías de dentro de la hostilidad de afuera —dentro y fuera— y ahora resulta que también las fantasías tienen una lógica que reproduce la lógica de la existencia. Vean, si no: tanto tiempo huyendo de mí misma en dirección a Holgado y, de súbito, aquí estoy otra vez, en el piso de mi infancia, con la caja de zapatos donde está contenida

toda la historia familiar, un pez que en realidad es mi padre y un soldadito tuerto idéntico a Vicente que además vivía dentro de papá. Quizá yo sea la bailarina de esta historia, aunque creo que no tengo cara de viciosa. [*En esto, se oye al fondo una voz masculina que pregunta en francés: «Marie, où est la fenêtre?».* Ella se esconde un poco hasta que considera que ha pasado el peligro y continúa hablando, aunque en voz más baja]: Dónde está la ventana, pregunta dónde está la ventana. O sea, que además de hablar en francés hace una pregunta que solo se le ocurriría a mi padre, porque papá sabía localizar muy bien las cosas que estaban dentro o que estaban fuera —dentro y fuera—, pero enloquecía, como yo, frente a lo fronterizo, frente a lo que no está ni dentro ni fuera —dentro y fuera—, como las ventanas. De pequeña tiraba cosas por la ventana, no por maldad, sino por averiguar si caían dentro de la calle o fuera de la casa —dentro y fuera—; el gato cayó fuera y se mató. Las obsesiones no se matan y hacen más compañía. Pobre papá. [*Se oyen pasos en dirección al salón y ella huye y se mete en el armario olvidando la caja de zapatos y sus contenidos. Al poco, asoma la cabeza con precaución para ver si ha pasado el peligro, pero resulta que ya no está en el piso belga, sino en la habitación del hotel.* ¡No es posible! ¡El hotel! Al fin, qué bien. Por fin he conseguido dar con el hotel. Dios mío, ¿habrá vuelto Vicente? ¿Habrá logrado dar con el túnel que conduce a esta habitación imaginaria? [*Mira hacia el cuarto de baño y grita*]: ¡Vicente! ¡Vicente! ¡Vicente, sal! Por favor... No ha regresado, quizá no vuelva nunca, y, si no vuelve, qué va a ser de mí, de nosotros. [*Hace el gesto del que ha perdido algo*]. Además, creo que con las prisas he olvidado en Bélgica la caja de zapatos y el pez y el soldadito y mi primer sujetador y las fotos de los parientes, ¿recuerdan?, los que se extraviaron o murieron. He olvidado, en fin, mi vida en ese piso y no he obtenido nada a cambio. Podría intentar volver, pero a lo mejor salgo en otro sitio y me paso la vida dando vueltas. No, me quedaré aquí hasta que él regrese o hasta que yo logre averiguar quién soy. A lo mejor, sin necesidad de moverme tanto empiezan a salirme bien las cosas; las cosas salen por casualidad, como el dinero de los cajeros automáticos, porque eso no hay quien se lo crea, lo de los cajeros. Además, el hotel es muy cómodo, aunque esté en el extranjero. De todos modos nunca sabes cuándo estás en uno u otro sitio. Mi piso de la infancia estaba en Bélgica y no lo he sabido hasta muy mayor. Es lo que quería decir, que aunque el extranjero está por lo general fuera, a veces lo llevamos dentro. Dentro y fuera. Por cierto, que me pregunto ahora si no sería en este hotel donde le robé el ojo a Vicente, quizá sí, no sé. Pero a lo que iba, que, si no, me pierdo entre las frases como entre los armarios y no salgo, o no entro, lo que sea: les estaba diciendo que cuando Vicente comenzó a hablarme de las cajas y de los armarios le comprendí muy bien, porque yo no había hecho otra cosa a lo largo de mi vida que viajar por oquedades que me llevaban de dentro a afuera de las cosas; de manera que unas veces he sido funda y otras forro; armario y prenda, superficie y entraña: dentro y fuera, en fin; lo que no he conseguido es ser las dos cosas a la vez, como las ventanas y creo que lo que me gustaba de Vicente es que

miraba la vida a través de mí, que para eso es para lo que sirven las ventanas, para mirar la vida. Y también me gustaba porque aunque venía de dentro —de dentro del pez, ya lo hemos visto— estaba fuera, como las obsesiones, que aunque pertenecen a la caja craneal pueden amueblar el dormitorio o adornar la cocina, mi cocina está llena de obsesiones. Pero tampoco es eso lo que quería decir, es que me pierdo. En cualquier caso creo que la cuestión es que ahora, que tengo un ojo de Vicente, puedo al fin ver cosas que no miro. Y eso es lo que me ha quedado de él, su mirada, que, como ya he dicho, es en realidad la mía. Me ha quedado eso y esta habitación de hotel, que era una fantasía suya a la que yo le he puesto algunos detalles, además de añadirle el patio de butacas y las cabezas con los ojos abiertos que me miran. O sea, que yo le he puesto la caja, la obsesión, porque si eso es un patio de butacas, esto es lo que los actores llaman la caja del escenario. Y desde esta caja quisiera rogarles que esta noche, al llegar a su casa, miren bien dentro del armario de su cuarto, y si encuentran en su interior a un sujeto tuerto, delgado, que lleva dibujado en el rostro un presentimiento, no dejen de avisarme porque ese presentimiento es mío.

Ya sé que si dejo de imaginar y de contar historias puede suceder una catástrofe, ya lo sé, ni me lo recuerden, pero como me he encontrado al gato en el estercolero y al soldadito y a mi padre en el caldo primordial, a lo mejor no vuelve a pasarme nada durante un tiempo aunque deje de imaginar un rato. Podríamos decir que las desgracias alivian porque cuando suceden dejan de importarnos. En ese sentido, quizá sea mejor que lo haya olvidado todo en Bélgica, porque eso me hace más libre para salir de mí o para entrar, quién sabe. [*Se escucha el sonido de una olla exprés o de una cafetera y ella pone cara de tener que volver a la realidad*]. Aunque ahora, si he de decirles la verdad, lo que más miedo me produce de dejar de imaginar historias es que se cierre el telón, que es la tapadera de esta caja, y ustedes se queden fuera y yo dentro. Dentro y fuera. [*Telón*].

Laura se corta el pelo

Lo de Olegario Icuña se le ocurrió a Vicente Holgado al volver del cine, en el autobús. Iba cogido a la barra, esperando que le hiciera efecto el tranquilizante que se acababa de tomar, cuando de súbito le vino a la cabeza ese nombre, Olegario, tras el que con algún esfuerzo, como si saliera de un agujero demasiado pequeño para su tamaño, apareció el primer apellido, Icuña. Dejó pasar un rato observando una nuca cercana y, en esto, notó que respiraba mejor, pese al aire viciado del autobús; el ansiolítico había comenzado a actuar. La nuca era de una chica joven algo más baja que él y tenía dentro una vida sorprendente, pese a estar afeitada. Nunca había visto una nuca desnuda tan cerca, o con tanto detalle, y notó que empezaba a excitarse, de manera que se alejó un poco del espectáculo para no levantar sospechas. En ese momento quedó libre un asiento junto a la ventanilla y logró ocuparlo en competencia con una señora que llevaba debajo del vestido un traje de baño. La circulación de coches era intensa, pero había dejado de ser agobiante desde la contemplación de la nuca: la realidad comenzaba ya a tender hacia el estado líquido característico de los momentos de paz.

Decidió pensar un rato en Olegario Icuña para olvidarse de la nuca, e inmediatamente supo que era médico, aunque no logró verle el rostro porque lo llevaba cubierto por una mascarilla.

Tenía un cuerpo pequeño, pero ancho, y desplazaba mucho aire al andar, como si llevara un ventilador invisible en algún sitio. Bajo su bata, se transparentaba la sombra de una camiseta de tirantes. Este detalle resultaba incómodo, como el del traje de baño de la señora, pero tratándose de un médico tal vez la camiseta formara parte del atuendo, igual que la bata o la mascarilla.

Olegario Icuña, cirujano. No conocía a nadie que se llamara así, ni siquiera conocía a un cirujano. El ansiolítico lanzó una ráfaga de bienestar en dirección al vientre, y Vicente se acomodó en el asiento buscando una postura menos tensa. Aunque miraba hacia la calle, lo que veía era un pasillo de hospital por el que el cirujano avanzaba con el rostro oculto tras una mascarilla verde. Seguramente se dirigía al quirófano. Le calculó esa edad indefinida que se tiene en torno a los cuarenta y cinco años, aunque solo pudo verle los ojos y la frente. El pelo, si lo tenía, lo llevaba tapado por una gorra parecida a la de los que despachan hamburguesas.

Esa noche pensó mucho en Olegario Icuña, aunque no avanzó gran cosa en su conocimiento. Por ejemplo, no logró averiguar si estaba casado o si tenía hijos, ni qué puesto ocupaba en el hospital, aunque se movía por él con el gesto decidido de un cirujano jefe. Sí pudo, sin embargo, calcular sus ingresos anuales, porque cuando ya estaba a punto de dormirse se le apareció su mesa de despacho y vio sobre ella un sobre de haberes. Ganaba mucho más de lo que Holgado hubiera podido imaginar.

Con ese sueldo, pensó al día siguiente, mientras desayunaba, podríamos vivir los dos, por lo menos hasta que yo terminara la novela.

Mientras rompía las galletas para mojarlas en el café, jugó con el salario de Olegario Icuña dividiéndolo en varias partidas, según imaginara que tuviera hijos o no, y siempre le quedaba algo para ahorrar. ¿En qué podía gastarse tanto dinero un cirujano? Quizá tenía una casa en las afueras, o un barco. No era fácil saber qué hacía la gente con el dinero, además de tenerlo. Intentó imaginar qué haría él si fuera rico. Escribir una novela, se contestó en seguida, pero le pareció una respuesta mecánica y volvió a hacérsela sin que se le ocurriera otra. No había situación imaginaria o real a la que no respondiera escribiendo una novela, aunque no había acabado ninguna. De súbito, le pareció muy agobiante esto de estar condenado a no pensar en otra cosa que en escribir una novela, y se tomó uno de los tranquilizantes que llevaba sueltos en el bolsillo de la bata.

Luego respiró hondo varias veces y se sentó en el sofá para relajar el cuerpo por zonas. Había llegado al territorio de las ingles, y empezaba a evocar la nuca desvestida del autobús, cuando sonó el timbre de la puerta. Volvió en sí atropelladamente, desasosegado por la idea de que se tratara de Olegario Icuña, y abrió con los labios fruncidos en un gesto de ansiedad. Pero resultó ser Laura, la asistente, que iba los miércoles, aunque normalmente abría con su llave. Llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta blanca muy ceñida. Se había cortado el pelo y tenía la nuca al aire libre, como la chica del autobús.

—Eres tú —dijo Vicente cuando Laura ya estaba dentro, intentando ocultar su turbación, mientras tomaba conciencia de que la existencia se descomponía en días y que por lo tanto era miércoles. En su fuero interno llamaba Miércoles a Laura, y en torno a ese nombre, como meras excrescencias de él, se articulaban los días de la semana.

—Menos mal que estás —respondió ella—, me he dejado la llave en casa o la he perdido, no sé.

—Te la habrán robado —dijo él aceptando la posibilidad de lo peor para que Laura no se sintiera obligada a justificarse.

—¿Y por qué tienen que habérmela robado?

—Porque lo mejor es ponerse en lo peor —contestó mientras llevaba la taza del desayuno al agujero situado en un extremo del salón, que llamaban cocina.

—¿Y qué tendría de peor?

—No sé, que te hubieran seguido y esta noche, si salgo, entraran a robar.

—Lo primero, que tú nunca sales de aquí más que para ir al cine, y, lo segundo, que el apartamento lo has alquilado con muebles, ¿no?

—Sí.

—Pues qué te van a quitar, si no hay más que muebles y libros. El televisor es en blanco y negro y te lo pasé yo.

Vicente aceptó, con la pasividad oriental en que le hundían los ansiolíticos, que su

intento por desculpabilizar a Laura estuviera produciendo el efecto contrario, pero le dolió que ella pensara que no tenía nada digno de ser robado. Dijo:

—La novela, pueden robarme la novela, que va ya por la página 43, y a espacio y medio, que a dos, que es lo normal, pueden ser más de cincuenta. ¿Tú sabes lo que es eso? —le pareció que estaba empezando a irritarse por una tontería y bajó el tono—. Bueno, en realidad me da lo mismo; a lo mejor me hacían un favor si me la robaran. A veces tengo la impresión de estar atrapado en el interior de un ascensor sin puertas; mire a donde mire solo veo las paredes de la novela, y no puedo salir porque no hay por dónde hacerlo. Qué agobio.

—Voy a cambiarme —dijo ella entrando en el pequeño dormitorio que comunicaba con el minúsculo cuarto de baño del apartamento.

Vicente Holgado se quedó solo en medio de la habitación, aguantando a pie firme un ataque de ansiedad: la imagen del ascensor había despertado su instinto claustrofóbico y la novela, de súbito, le pareció un lugar irrespirable. Entonces, abrió el armario oscuro donde guardaba la botella de anís y se dio un buen trago para que el alcohol reforzara los efectos del calmante.

Laura salió en seguida ataviada con una bata blanca, como de enfermera, y se puso a fregar los cacharros que había sobre la pila. Entre tanto, el anís había hecho su trabajo y Vicente se encontraba lleno de un optimismo corporal inexplicable. Se puso un café y lo tomó a pequeños sorbos, de pie, mientras contemplaba la nuca afeitada de ella imaginando sobre esa porción de carne oscura el triángulo de unas bragas transparentes. La bata de Laura, tan hospitalaria, le hizo recordar el sueldo de Olegario Icuña.

—¿Qué harías tú si tuvieras dinero? —preguntó.

Laura no dudó un solo instante.

—Me compraría una estenotipia.

—¿Una estenotipia?

—Sí, con una estenotipia puedes trabajar donde quieras, sin horarios, que es lo que no aguanto. Además, viajas mucho porque te llaman para que vayas a congresos; de manera que una estenotipia. ¿Y tú? ¿Qué harías tú si tuvieras dinero?

—Escribir una novela.

—Eso ya lo haces ahora y no tienes un duro.

—Pero lo haría sin agobios económicos y, además, no la acabaría nunca.

—Tampoco la terminas ahora y no me extraña, con lo que te gusta a ti estar encerrado...

A Vicente no le gustó la dirección del diálogo, de manera que imaginó que en ese punto se terminaba un capítulo y comenzaba otro.

—Voy a arreglarme —dijo.

—¿A dónde vas con este calor?

Iba a responder que tenía que ir a la editorial a entregar una traducción, pero sin proponérselo se le ocurrió otra cosa:

—Tengo hora con el doctor Olegario Icuña, cirujano.

—¿Vas a quitarte por fin ese bulto tan feo de la espalda?

Vicente se quedó quieto junto a la librería, como si buscara un título, mientras se hacía cargo de la información contenida en la pregunta. Después, introdujo la mano en el bolsillo derecho de la bata, sacó una pastilla y se la tragó ayudándose con la saliva; el café se había terminado.

—¿Cómo sabes que tengo un bulto en la espalda? —preguntó al fin.

—Por la novela, porque el personaje de la novela tiene un bulto en la espalda y yo creo que eres tú, ¿verdad?

Había soñado muchas veces que los miércoles, cuando él no estaba, Laura leía el manuscrito de la novela que dejaba siempre en lugares visibles, pero no se había preparado para una confesión tan directa. Se sentó en el sofá y valoró la espalda de ella, inclinada sobre el fregadero, con la precisión de un escritor.

—¿Y qué te parece? —preguntó al fin.

—Me gusta mucho el capítulo del bulto —Laura se volvió con un plato en la mano y el estropajo en la otra—, cuando dices que no puedes ir a las fiestas porque lo tienes justo en el lugar donde las chicas te ponen la mano para bailar.

—Bueno, no lo digo yo, lo dice el personaje.

—Pero hemos quedado en que el personaje eres tú. Explicas muy bien el miedo que da encontrar en la espalda de alguien un bulto que no esperas, por lo menos allí. Yo empezaría la novela con ese capítulo porque a partir de ahí comprendes perfectamente la tristeza del personaje. Al principio estás todo el rato preguntándote que qué le pasa, pero cuando llegas a la adolescencia y cuentas lo de las chicas y el bulto es como si encendieras la luz.

—Claro —dijo Vicente lleno de gratitud—, es que el bulto de la espalda es la metáfora de un tumor moral.

—Metáfora me recuerda a metástasis, por lo de mi cuñado.

—Es que cuando la metáfora es buena no se distingue de la metástasis.

Laura se volvió preocupada:

—Pero lo tuyo no será maligno, ¿verdad?

Vicente evaluó la cantidad de compasión que podía producir una respuesta afirmativa, pero las pastillas, sobre todo mezcladas con alcohol, despertaban en él un instinto de sinceridad.

—No —dijo—, es un quiste sebáceo. Eso creo.

—Pues entonces es mejor que te lo quites —dijo Laura empezando a colocar platos sobre el escurridor.

—Sí —reflexionó él en voz alta—, lo que no sé es si será mejor quitármelo antes o después de terminar la novela. Imagínate que la inspiración me la da el bulto.

—Mejor, así te quitas las dos cosas de golpe.

Vicente miró hacia la ventana y vio pasar dos pájaros, uno detrás de otro, como el apellido tras el nombre. Olegario Icuña. Laura había abandonado el agujero que

llamaban cocina y ahora quitaba el polvo del mueble donde estaban los libros y el televisor en blanco y negro. Sobre la superficie de su bata de enfermera aparecían a veces las señales de la ropa interior.

—¿De dónde has sacado esa bata? —preguntó.

—La tengo de cuando quise estudiar para auxiliar de clínica, pero luego no pude porque hacía falta el BUP —dijo recogiendo los ceniceros repletos de la mesita que había frente al sofá—. Anda, quita de aquí, que no me dejas hacer nada, y quiero acabar pronto para ir a la piscina.

—Ayer, en el autobús, vi una señora que iba a la piscina. Llevaba el bañador debajo del traje.

—Yo también me pongo el bikini. Es más cómodo.

Vicente habría preferido no enterarse de esa costumbre de Laura. De todos modos, no era lo mismo un bañador que un bikini: a lo mejor un buen bikini no podía distinguirse de la ropa interior, del mismo modo que una buena metáfora no se diferenciaba de una metástasis normal.

—El doctor Olegario Icuña —dijo— lleva siempre una camiseta de tirantes bajo la bata de médico.

—No soporto esas camisetas. Por cierto, ¿no tenías hora con ese médico?

—Sí, voy a arreglarme. Si me quita el bulto, a lo mejor me animo a ir un día a la piscina, por ver cómo es.

Esperó a que Laura recogiera la insinuación, pero ella se limitó a hacer una pregunta exclamativa:

—¿No has ido nunca a la piscina?

—No, por el bulto, pero también por la novela. Tengo que acabarla.

Ella no añadió nada y él comenzó a levantarse con esfuerzo: el sofá era demasiado bajo y los calmantes habían reducido su capacidad motora. Antes de entrar en el cuarto de baño, echó un vistazo a las zonas estratégicas de la bata de Laura, para comprobar que no se notaba que llevaba un bikini. Todo el mundo, pensó, lleva debajo cosas que no debe.

El cuarto de baño, en lugar de ventana, tenía un dudoso respiradero de rejilla del que parecía proceder el calor húmedo y espeso concentrado entre las paredes alicatadas hasta el techo. Inhaló con dificultad aquel aire mortal y, tras quitarse la bata, quedándose desnudo, fue a sentarse en el borde de la bañera, que tampoco estaba frío. Los tranquilizantes le habían arrancado la ansiedad, pero le habían sumido en un estado de triste estupor. Empezó a sudar y se entretuvo un rato contemplando las gotas que, como lágrimas, bajaban por su estómago en dirección a los muslos. A través de la rejilla del respiradero empezaron a llegar las noticias locales procedentes de la radio del piso de abajo: iban a subir las temperaturas. Entonces Vicente Holgado vio los pantalones vaqueros y la camiseta de Laura colgados del clavo de la puerta que llamaban percha, y se puso a llorar. Pero era un llanto sin otras manifestaciones que la de las lágrimas. Lloraba igual que sudaba: de

un modo pasivo y asombrado.

Cuando estaba solo, y lo normal es que estuviera solo, no cerraba la puerta del cuarto de baño porque le agobiaban los espacios herméticos, como la novela. Había logrado llegar al folio 43 gracias a las pastillas y ahora, también gracias a las pastillas, podía reprimir sin esfuerzo las ganas de abrir la puerta y salir corriendo. Entonces sonó el teléfono y se incorporó con un ataque de optimismo, esperando que Laura le llamara, pero no le llamó porque no era para él. Colocó el oído en la puerta y oyó que quedaba con alguien para ir a la piscina. Entonces vio resbalar una gota de vapor por los azulejos, como si las paredes hubieran empezado a sudar también, y se puso tenso porque conocía esa señal: casi inmediatamente, el lavabo comenzó a respirar con disimulo, y también el bidé y los grifos. Respiraban con tal cautela que un observador menos vicioso no se habría dado cuenta. Pero él conocía muy bien los espacios cerrados —por eso les tenía miedo— y sabía que dentro de ellos, quizá por la combinación de humedad y calor, la vida brotaba sin esfuerzo, como en los trópicos.

Dentro de la novela pasaba lo mismo: cuando se metía en ella y se quedaba quieto un rato, en seguida notaba la respiración ansiosa de los objetos que acababa de describir y de los personajes que llevaban mucho tiempo sin moverse. Pero la respiración que más se oía era la del bulto de la espalda del protagonista, porque tomaba y expulsaba el aire por los poros, produciendo un sinfín de minúsculos silbidos parecidos a los de la bronquitis. También el doctor Olegario Icuña tenía dificultades respiratorias por culpa de la mascarilla de operar. Cerró los ojos para ver si se le aparecía y lo vio bajo una lámpara de quirófano, sudando como él, mientras manipulaba un cuerpo. Empezaba a operar muy pronto, antes que él a escribir. En realidad, Vicente no escribía nunca antes del anochecer y la mayoría de las veces lo dejaba para el día siguiente.

Se fijó con más detalle en el rostro de Icuña y comprobó que algunas de las gotas de sudor que bajaban por su cara hasta encontrar el freno de la mascarilla eran lágrimas. Lloraba al operar, como él al escribir, pero con lágrimas que tenían la calidad del sudor, igual que las suyas. Tras el tejido verde que le tapaba la nariz y la boca, vio un fruncido de humedad que era como una caricatura de los labios. Por la radio del piso de abajo dijeron que los bomberos habían rescatado a una anciana de un ascensor y que el alcalde iba a inaugurar otra piscina al día siguiente; luego empezaron a emitir música. Vicente Holgado abrió los ojos y en ese instante comprendió que el doctor Olegario Icuña acababa de caer dentro de su novela, con camiseta y todo. La idea le pareció asfixiante, de manera que tomó la bata, abandonada en el suelo, y buscó dentro de su bolsillo una pastilla que tragó con saliva para no interrumpir la respiración del grifo.

Mientras el efecto de esta última pastilla se sumaba al de las anteriores, se hizo cargo de la maldición que suponía que todo cuanto formaba parte de su vida acabara cayendo en la novela, ese pozo del que llevaba años intentando escapar. En lugar de

salir él, el resto de la realidad se metía dentro. No podía mirar ni imaginar nada que no se colara en seguida en aquel estrecho espacio narrativo. Desde el día anterior había puesto en el doctor Icuña alguna esperanza de salvarse, como si su aparición fuera un mensaje de que algo bueno estaba a punto de ocurrirle, y ahora resultaba que no era más que un personaje nuevo que en seguida empezaría a reclamar su porción de oxígeno, una porción doble, seguramente, para compensar la barrera de la mascarilla. Volvió a sonar el teléfono, pero esta vez no tuvo ninguna esperanza de que fuera para él y ni siquiera se movió.

Mientras escuchaba la voz de Laura, que hablaba con alguien de la metástasis de su cuñado, le estremeció la posibilidad de que también ella acabara cayendo en la novela por algún lugar inesperado. La bata blanca, y el hecho de que hubiera querido estudiar para auxiliar de clínica, podían convertirla de un momento a otro en ayudante del cirujano Olegario Icuña. El terror le movilizó hasta donde lo permitieron las pastillas que había tomado y abrió el grifo de la ducha, para que se oyera el ruido, aunque no llegó a ponerse debajo. En lugar de eso, tomó la camiseta de ella del clavo de detrás de la puerta y, procurando no arrugarla, la besó mientras juraba que no permitiría esa caída. Laura representaba los espacios abiertos, las piscinas, los miércoles; aquellos lugares, en fin, donde no era necesario escatimar el aire, y no estaba dispuesto a renunciar a esa ventana que se había abierto en su vida. Antes de cerrar la ducha, se tapó la boca con una esquina de la camiseta, tomando nota de las dificultades respiratorias que implicaba, para cuando tuviese que describir a Olegario Icuña en la novela. Decidió que lo sacaría siempre con la mascarilla puesta para que fuera una presencia inquietante. Luego se mojó un poco el pelo, para producir la sensación de que se había duchado, y salió desnudo al pequeño dormitorio. Cerró la puerta, que había quedado entreabierta, y se puso unos pantalones y una camisa. Prefirió ir sin calzoncillos para compensar el exceso representado por la camiseta del cirujano y el bikini de Laura. Cuando se sentó en el borde de la cama para ponerse los zapatos, la lasitud de sus miembros era tal que comprendió que no sería capaz de llegar a la puerta de la calle. Entonces se acercó al armario y sacó de una chaqueta de invierno una pastilla estimulante que tragó con saliva para no volver al cuarto de baño.

Luego, cogió una carpeta del salón y se despidió de Laura con algo de pena.

—Hasta el miércoles —dijo.

—Si te quitan hoy el bulto y necesitas algo, llámame por teléfono —se ofreció ella.

—¿Vendrías? —preguntó él asombrado.

—Claro —dijo—, y, si ves que te da miedo ir solo, dejo lo de la piscina y te acompaño.

Vicente llegó a la parada del autobús agotado, pero lleno de gratitud, o quizá de amor,

por Laura. No permitiría que cayera dentro de la novela, aunque tuviera que dinamitarla o dinamitarse. Los efectos de la pastilla estimulante tardaron un poco en llegar, pero produjeron tal intensidad en su mirada, que la calle se abrió ante él con la magia de un libro troquelado. Había un plano por el que se movían los automóviles y un plano dedicado al recorrido de los transeúntes. Los edificios resultaban un decorado perfecto para ese movimiento de personas y objetos, y una luz líquida, procedente de la parte de arriba de la realidad, matizaba los colores de los semáforos y de los árboles. Ya desde el autobús, vio una señora que sacudía una alfombra por la ventana de un edificio alto. Se movía con tal precisión que ella sola constituía un espectáculo formidable, un espectáculo y no un signo. El mundo, esa mañana, había perdido todos sus significados y era eso, quizá, lo que además de hacerlo digerible le daba buen sabor.

Entró en la editorial con una decisión que sorprendió al acalorado conserje, sabiendo que su presencia allí tampoco significaba nada. El movimiento, en los pasillos, era escaso porque la mitad de la gente estaba de vacaciones. Se asomó a un par de despachos vacíos y finalmente se dirigió al del editor, que al parecer se había levantado ese día con la necesidad de humillar a alguien.

—Estamos esperando esta traducción desde hace dos semanas. Ya no sé si nos servirá, Vicente.

El malhumor del editor, como las posturas de la mujer que sacudía la alfombra, le pareció a Holgado un espectáculo insólito. Lo había visto otras veces, pero no se había fijado en su falta de significado, que era lo que le daba una dimensión festiva.

—Te la traigo otra vez dentro de quince días —dijo—; a lo mejor las cosas van hacia atrás y os vuelve a ser útil.

El editor miró a Holgado con cara de desconcierto y cambió de táctica. Apuntó al centro del dolor y dijo:

—Déjala ahí. Le echaré un vistazo. ¿Cómo va tu novela?

A Vicente no le hizo daño esta pregunta porque tampoco significaba nada. De todos modos, le pareció que sería divertido contestar. Dijo:

—Bien, ha entrado un personaje nuevo, un cirujano, que lo va a solucionar todo en seguida. Pero estos días no voy a poder escribir porque van a operarme de un bulto que tengo en la espalda.

Al editor se le puso cara de culpable.

—No sabía nada. ¿Es importante?

—Es delicado, pero tengo mucha confianza en el cirujano. Se llama Icuña, Olegario Icuña. ¿Lo conoces?

—Conozco a unos Icuña de Santander. El padre era cardiólogo.

—Pues este es el hijo. De lo mejor.

El editor se había instalado definitivamente en la mala conciencia. Preguntó:

—Por cierto, ¿te pagaron la traducción que entregaste la semana pasada?

—No, he estado siete días esperando el cheque, pero ya no sé si me servirá.

—Espera un momento.

El editor salió del despacho y regresó al poco con un sobre y un recibo que ofreció a Vicente.

—Bueno —dijo este—, tráelo, le echaré luego un vistazo al dinero.

El editor había pasado de la mala conciencia a la preocupación. Jesús se había levantado.

—¿Y cuándo te operan?

—Hoy, seguramente. Depende de la biopsia.

Se despidieron en el pasillo y Vicente volvió a meterse en uno de los despachos vacíos para ver algo que le había llamado la atención. Parecía una estenotipia. Enrolló el cable y se lo guardó en el bolsillo. Luego ocultó el aparato como pudo dentro de la carpeta de las traducciones y salió a la calle con la conciencia de que abandonaba un decorado para meterse en otro. Era mediodía y algunas personas salían de las oficinas cercanas para comer cualquier cosa en las cafeterías de los alrededores. Él no tenía hambre, de manera que deambuló al azar buscando una piscina. Al final un taxista le indicó dónde encontrarla y se dirigió allí con decisión.

No le dejaron entrar porque no llevaba bañador, pero pudo curiosear desde afuera y aquello le pareció el colmo de la sofisticación. El agua era azul, o quizá verde, y las voces de la gente, aunque estaban muy bien conseguidas, parecían el producto de un doblaje: el grito de algunos jóvenes se oía después de que hubieran cerrado la boca. La banda sonora, pensó, no está bien sincronizada.

Después, con el bulto de la estenotipia debajo del brazo, cogió un taxi y se fue a casa. Laura ya se había ido dejando el apartamento en penumbra, con las persianas bajadas, para que no entrara el calor. Vicente se dirigió al armario del dormitorio, guardó la estenotipia y cogió otro estimulante del bolsillo de la chaqueta de invierno. Esta vez se lo tomó con un café para sentir el movimiento de los dedos al ejecutar la tarea de colocar el filtro y encender el gas. La precisión de los movimientos musculares era, simplemente, prodigiosa, porque no dependía de su carga significativa. En los espacios cerrados, como el de la novela, lo que no tenía significado no encajaba bien: por eso se sentía tan incómodo allí dentro, porque las cosas no estaban troqueladas con la intención gratuita que se veía en los edificios y en las calles.

Llenó un vaso de agua, lo llevó a la mesa y comenzó a escribir un capítulo nuevo: El personaje llegaba a una clínica donde operaba un tal Olegario Icuña, que era el cirujano jefe del centro. El bulto de la espalda tenía unas dimensiones considerables, y sus raíces debían ser profundas, por lo que el doctor dudó si intervenir con anestesia total o parcial. Finalmente, decidió dormirlo un poco. Icuña lloró bastante durante la operación, pero sus ayudantes no se dieron cuenta, porque sudaba mucho y unas lágrimas se confundían con otras. De las enfermeras que se movían alrededor del paciente, ninguna tenía la nuca afeitada ni los rasgos de Laura.

El protagonista despertó a las dos horas y no se creía que le hubieran quitado el

bulto porque continuaba notándolo, como esos miembros que, aun después de amputados, siguen actuando en forma de fantasma. Se lo tuvieron que enseñar y su tamaño le pareció asombroso. Olegario Icuña habló con el paciente a través de la mascarilla y le prescribió unos antibióticos para prevenir infecciones, además de indicarle cómo debía limpiar la herida.

—¿Y con el bulto qué hacemos? —preguntó.

—Lo analizaremos.

—Pero si no era más que un quiste.

—Es la rutina. Analizamos todo lo que sale de los cuerpos, por si acaso.

El capítulo salió muy largo en relación a los demás, porque Vicente se entretuvo demasiado en los pormenores de la intervención y en la descripción del llanto del cirujano enmascarado. Pero al acabarlo tuvo la impresión de haber terminado la novela porque se sintió fuera de ella, como si al fin alguien hubiera escuchado sus gritos y le hubieran rescatado del ascensor. Es cierto que quedaba un poco en el aire la cuestión sobre la identidad patológica del bulto, pero el bulto era una metáfora, y no había análisis capaz de detectar la malignidad o benignidad de una metáfora. En cuanto al doctor, era mejor dejarlo como estaba, con la mascarilla, porque seguramente era otra metáfora y las metáforas sin rostro funcionaban muy bien.

Cuando se incorporó, estaba agotado y feliz. Aunque aquellos eran los días más largos del verano, había empezado a oscurecer. Encendió las luces y se dirigió al cuarto de baño, donde, tras darse una ducha, se puso con la ayuda del espejo unos esparadrapos en la espalda. Luego, desnudo, telefoneó a Laura y dijo que le habían operado y que no se encontraba bien.

—¿Puedes venir? —preguntó.

—En media hora estoy allí.

Se metió en la cama y al rato oyó el roce de una llave sobre la embocadura. Laura estaba abriendo con su propia llave. Entró en el dormitorio mostrándosela a Vicente:

—No me la habían robado.

—Mejor. Ya me he dado cuenta de que lo mejor no es lo peor.

—¿Estás bien?

Laura se acercó a la cama y se inclinó discretamente sobre él. Olía a piscina y llevaba una camiseta con el escote en pico a través del que Vicente observó que no iba con bikini, sino con una ropa interior que se desprendía del pecho por la zona del encaje, como una piel orgánica bajo la que late la mariposa cuya metamorfosis está a punto de completarse. Vicente supo que en ese momento podía pedir cualquier cosa. Dijo:

—Anda, métete aquí conmigo.

Laura sonrió.

—¿Así? ¿Vestida?

—Sí.

—Me quitaré los zapatos por lo menos.

Ella entró en la cama y Vicente, incorporándose un poco, empezó a retirarle la ropa con la delicadeza, mas con la precisión y seguridad, con la que Olegario Icuña le había extirpado el bulto al protagonista de la novela. El sujetador y las bragas parecían hechos de un tegumento fibroso como el de la piel que, al desprenderse, dejaban al descubierto unas formas perfectas, aunque todavía vulnerables, como esa nuca tan desabrigada. Entonces Vicente comenzó a llorar.

—¿Por qué lloras?

—Por nada, es que me he acordado de que tengo un regalo para ti. Está en el armario.

Laura salió desnuda de entre las sábanas y al abrir el armario se encontró de golpe con la estenotipia. La cogió como si fuera un animal pequeño y volvió a la cama con ella.

—Una estenotipia —dijo llena de gratitud. Estaba a punto de llorar mientras acariciaba sus teclas con la delicadeza con que Olegario Icuña acariciaba el bisturí antes de operar.

—Bueno, también tú me regalaste el televisor.

—Pero era en blanco y negro. Y no funciona.

—La estenotipia también es de segunda mano.

Laura abandonó el aparato sobre la mesilla de noche y comenzó a recorrer el cuerpo de Holgado a besos. Al llegar a la zona de la espalda donde estaban los esparadrapos, empezó a quitárselos con el temblor con que él le había quitado antes la ropa, sorprendiéndose de no encontrar ni cicatriz ni bulto. Sonrió con malicia:

—Es mentira, no tenías ningún bulto.

—Ya te dije que el bulto era una metáfora. Lo que me han extirpado ha sido la novela.

—Me parece bien, estás mejor así, más joven.

—Pues tú, con el pelo tan corto, pareces una niña.

Ella se dio la vuelta y Vicente contempló su nuca con la avaricia del que espera encontrar una respuesta esencial para el futuro. Antes de dormirse, quedaron en que al día siguiente, después de que Laura hiciera dos casas, irían juntos a la piscina.

Él no sabía quién era

Cuando Vicente Holgado llegó a Madrid, alquiló un apartamento céntrico y estuvo varios días viendo la televisión y tomando yogures de fresa que compraba en la tienda de la esquina. Le tentaba recorrer las calles al azar, pero tenía miedo de no saber volver o de equivocarse de edificio o de piso y que le detuvieran metiendo la llave en una vivienda que no fuera la suya. Había oído decir que en Madrid, como en todas las grandes ciudades, le atracaban a uno con cierta frecuencia, pero eso no le preocupaba, pues confiaba mucho en sus dotes de persuasión. Tenía, de hecho, preparados varios discursos para el caso de sufrir un percance de este tipo, y estaba seguro de que con cualquiera de ellos convencería al atracador de que buscara otra víctima.

Finalmente, después de haber soportado quince días de encierro en los que se aprendió de memoria el nombre de todas las calles que se trenzaban con la suya, decidió aventurarse más allá de la tienda donde compraba los yogures. Al principio tuvo la impresión de que la gente le miraba, pero después de haber andado media hora se olvidó de las personas y consiguió disfrutar de los edificios. Entró en dos bancos y pidió información para abrir una cuenta corriente reproduciendo las frases y los gestos que había visto en las películas. La cosa fue bien; le entendieron perfectamente y le dieron folletos donde se explicaban las ventajas de las diversas modalidades existentes. También entró en una cafetería, donde pidió un plato combinado, tal como había visto hacer a un personaje en un documental de televisión. La combinación del plato resultó decepcionante, pero Vicente Holgado quedó satisfecho del grado de comunicación alcanzado con el camarero, que le trató con la naturalidad con la que seguramente trataba a sus clientes habituales.

Vicente Holgado se fue creciendo con estas experiencias y continuó andando al azar haciendo consideraciones sobre el alcantarillado y los semáforos. Se le ocurrió que si las calles tuvieran techo resultarían más íntimas, más familiares y no sería preciso el uso del paraguas cada vez que lloviera. Cuando conociera el nombre del alcalde, le escribiría para poner a su disposición esta idea que habría de convertir a la ciudad en una casa grande, donde las calles, en lugar de calles, serían pasillos y las casas, en lugar de casas, habitaciones de una gran mansión llamada Madrid.

Se detuvo para leer un cartel en el que se anunciaba una conferencia con entrada libre. Vicente consultó su mapa y comprobó que el lugar donde se iba a pronunciar estaba allí al lado, de manera que decidió acercarse con la idea de ir haciendo algunos contactos. Cuando llegó, la conferencia principal había terminado, pero ahora subían a la tarima algunos espectadores que contaban al público lo que parecían ser algunas experiencias personales de signo muy variado. Un hombre contó que su relación con el alcohol le había llevado a destruir todo cuanto en él había de bueno: su familia, su

trabajo, sus relaciones personales, su hígado y una cantidad, que no especificó, de neuronas que ahora echaba en falta debido a que era contable, actividad en la que, por lo visto, todas las neuronas son pocas. Afortunadamente, afirmó, cuando ya se encontraba al borde del precipicio había entrado en contacto con el Grupo y a partir de entonces su vida —ya que no su hígado ni sus neuronas— se iba recomponiendo poco a poco. Luego salió una mujer muy delgada y con el pelo rubio que contó una experiencia curiosa. Dijo que un día estaba viendo una película de cárceles por la televisión, cuando en un momento dado las rejas de una celda se cerraron ocupando toda la pantalla. Entonces tuvo la impresión de que quien se había quedado encerrada era ella. Eso le produjo un ataque de angustia tremendo. Al parecer, según contaba, empezó a decirse a sí misma que podía moverse por toda la casa y que podía incluso salir a la calle, lo que demostraba que en realidad no estaba encerrada. Sin embargo, sus sentimientos no conectaban con sus ideas, como si entre ambas cosas se hubiera abierto una brecha, de manera que no podía dejar de sentir que la libertad estaba al otro lado de la pantalla. Entonces se bebió dos *whiskies* para relajarse un poco, pero el alcohol acentuó la angustia y al final salió corriendo a la calle gritando a todo el mundo que estaban encerrados, que la libertad estaba al otro lado de las pantallas de los televisores. Afortunadamente, añadió, en este deambular enloquecido por las calles se encontró con un miembro del Grupo que con enorme paciencia le explicó que detrás del televisor no había nada, que en uno de esos aparatos, por grande que fuera, ni siquiera cabía un ser humano. En definitiva, que el Grupo la había salvado de caer en las garras de la locura y que ahora estaba llena de buenos sentimientos hacia sí misma y hacia los otros. A continuación intervino el que parecía ejercer las funciones de moderador y explicó que lo que le había pasado a esa mujer es que había perdido las nociones de dentro y fuera, de manera que creía que estar fuera consistía en estar dentro y viceversa. De ahí que padeciera claustrofobia cuando en realidad debía haber padecido agorafobia. Por lo visto, según afirmó el moderador, quienes padecían de una cosa cuando en realidad debían padecer de otra estaban expuestos a grandes peligros, pues al no distinguir entre interior y exterior podían convertir una úlcera de colon en un infarto ocular y quedarse ciegos. A continuación explicó las diferencias entre el esqueleto interno y el esqueleto externo alcanzando algunas conclusiones que Vicente Holgado no llegó a entender.

Seguidamente, el moderador invitó a que subiera a la tarima otro de los asistentes para contar su propia historia. Esta vez no se movió nadie y durante unos segundos se palpó en el ambiente un clima de incomodidad, de desasosiego, que Vicente no pudo soportar. De manera que se levantó y subió al estrado. Cuando miró de frente al público y vio todos aquellos ojos pendientes de él, sintió que su destino se estaba cumpliendo. Entonces habló y dijo que se había visto varias veces a sí mismo deambulando por una ciudad grande y desconocida. Explicó que estas visiones solían producirse cuando estaba solo en casa y con los ojos entornados, preferentemente recostado sobre una butaca. Se veía caminar por calles sin tejado con un abrigo azul

de anchas solapas y unos días con bigote y otros días sin él. Lo que le llamaba la atención, explicó, es que aunque sabía que el sujeto de la visión era él, ignoraba a qué se dedicaba. No sabía si era ingeniero, orador o perito agrícola, por citar solo tres profesiones; lo único que sabía es que era él, que tenía un abrigo azul, y que se dirigía a algún sitio con los movimientos firmes de una máquina. A veces, hacía viento y se despeinaba, pero él continuaba andando con la mirada puesta en algún sitio que no llegaba a salir en la visión; otras veces llovía y se mojaba, pero tampoco la lluvia parecía afectar a su mirada; había ocasiones en las que no hacía viento ni llovía, pero entonces nevaba y sobre sus hombros se iban depositando los copos con la naturalidad con la que se deposita la nieve sobre las irregularidades de una estatua. Pero tampoco eso afectaba a la maquinaria que regulaba su poderoso caminar. Vicente Holgado dudó si seguir añadiendo inclemencias atmosféricas a la visión, pues observó que el público estaba encandilado. Decidió que no, que lo bueno, si breve, etcétera. Además, introducir ciclones y huracanes habría afectado seguramente a la verosimilitud del relato. Prefirió insistir en el problema de la identidad. La cuestión, dijo, es que aun sabiendo que ese hombre soy yo, no sé quién soy a ciencia cierta. Dios mío, no sé quién soy ni a dónde me dirijo. Es verdad que a lo mejor voy a trabajar o a poner un telegrama, pero también puedo ir a cometer un crimen o a perpetrar un adulterio. He intentado seguir a ese sujeto que soy yo por el interior de la visión, pero cuando llega a una esquina se detiene, mira en torno y la visión se esfuma para dar paso a otra visión que es el anuncio de un detergente.

El dramatismo de las últimas frases parecía haber sobrecogido al público, de manera que Vicente Holgado se sintió dueño de la situación. Recordó que los participantes anteriores habían hecho alusión al alcohol y al Grupo, por lo que decidió cerrar su intervención del mismo modo. Entonces, añadió, me levanto de la butaca y sin dejar de ver el anuncio superpuesto sobre los muebles de mi casa, me dirijo a la cocina y me tomo una copita de anís El Mono; en ese momento, finaliza el anuncio y lo que veo a continuación es un grupo de personas como este que tiene la amabilidad de escucharme.

Intervino a continuación el moderador, que parecía algo desconcertado, y explicó que el sentimiento de robotización solía darse en bebedores de anís y en consumidores de marihuana. El percibirse a sí mismo como un robot, añadió, es característico de sujetos cuya capacidad de sufrimiento había sido desbordada por algún hecho atroz. Por eso en la visión de Holgado no había ninguna inclemencia atmosférica capaz de alterar los movimientos del sujeto visionado, porque era un robot y no un ser humano. A Vicente le pareció muy interesante la interpretación del moderador, aunque él no era bebedor de anís, ni consumidor de marihuana, ni recordaba haber padecido un hecho atroz a lo largo de su existencia.

La sesión terminó y los participantes fueron saliendo en grupos a la calle. Una mujer de mediana edad se acercó a Vicente y le cogió del brazo caminando en su misma dirección.

—¿Es la primera vez que vienes? —preguntó.

—Sí, pero me ha gustado mucho y voy a venir más veces. ¿Estas cosas las organiza el alcalde?

—No, no, esto es una sociedad privada, una secta llamada Grupo. Yo no creo en ella, pero ellos creen que sí y así tengo donde ir algunas tardes. Soy miembro asociado; o sea, que estoy dentro y fuera al mismo tiempo, porque lo que no soporto es que me manden a vender pañuelos de papel a un semáforo, que es lo que hacen con los integrados. Tampoco soy alcohólica, pero hago como que sí, porque lo que más les gusta es rehabilitar.

—¿Rehabilitar edificios? —preguntó Holgado, que había leído antes de llegar a Madrid unos folletos del Ayuntamiento donde se hablaba de la recuperación del casco antiguo.

—No, hombre, rehabilitación quiere decir que si tú, por ejemplo, eres borracho, entras en el Grupo y dejas de serlo.

—¿Para qué?

—Pues eso, para hacer otras cosas, no vamos a estar todo el día viendo la tele o cuidando niños. Cuando ya eres una cosa, lo normal es que quieras convertirte en otra. Por cierto, que me ha gustado mucho tu visión porque yo, a veces, cuando me meto en la cama y cierro los ojos, veo a un hombre como el que has descrito. Y es verdad que no sé ni quién es, ni en qué ciudad está, ni a dónde se dirige.

—Pero si ese hombre soy yo.

—Ya, pero tú mismo has dicho que aun sabiendo que eres tú no sabes quién eres.

—Es verdad, lo que pasa es que en conversaciones rápidas como esta me dan ataques de identidad y me creo que soy alguien, como el alcalde, por ejemplo.

—Pues a mí me pasa también que no sé quién soy y tampoco estoy segura de que esta ciudad sea Madrid. A ver, ¿por qué no podemos estar en Copenhague o en París, por ejemplo? ¿Quién nos garantiza que esta ciudad es Madrid?

—No digas eso que me da miedo, porque yo tengo alquilado un apartamento en Madrid; como estemos en Copenhague, ya me dirás dónde duermo esta noche.

En esto, Vicente Holgado vio a un sujeto consultando un mapa. Se acercó a él y le preguntó:

—Perdón, usted que parece informado, ¿podría decirme si esta ciudad es Madrid?

—*Ai don úndestan* —contestó el sujeto.

—La jodimos —dijo Vicente Holgado a la mujer—, me parece que estamos en el extranjero.

—Bueno, no te apures. Acompáñame a recoger al niño y luego te llevo a un acto de otra secta que empieza a las ocho.

Vicente acompañó a la mujer hasta un colegio, donde recogieron a un niño de ocho años con gafas.

—Seguro que tiene fiebre —dijo la mujer.

—He tosido mucho —afirmó el niño— y he vomitado la comida.

—Lo hace por fastidiarme —insistió ella—; como no le gusta que vaya a las sectas, se pone enfermo un día sí y otro también.

La mujer sacó una aspirina del bolso y se la hizo tragar al niño sin agua.

—Le puede producir una úlcera —señaló Holgado.

—No importa, como este imbécil no sabe lo que es dentro ni lo que es fuera, a lo mejor en lugar de la úlcera le da un infarto ocular y se queda ciego. Así no gastamos en gafas, que cada semana rompe un par.

—Estar ciego tiene sus ventajas —apuntó Vicente.

—Ahora, en España, los que mandan son los ciegos —dijo la mujer.

—Sí, pero me parece que estamos en América —añadió Vicente señalando un edificio en el que ponía Burger King.

—Pues yo habría jurado que estábamos en Copenhague.

—¿En Copenhague también hay Tele-5? —preguntó el niño.

Cuando llegaron al lugar donde se desarrollaba el acto de la otra secta, la mujer le dijo a Vicente si no le importaba quedarse fuera con su hijo, pues ese día no dejaban pasar niños porque iban a hablar de la muerte y del más allá.

Vicente y el niño se quedaron en la calle, cogidos de la mano. Hacía frío y un viento como el de la visión de Vicente cuando no sabía quién era, ni en qué ciudad estaba, ni a dónde se dirigía. Entonces comenzó a andar con el niño cogido de la mano y atravesaron calles y avenidas sin saber quiénes eran ni en qué ciudad estaban ni a dónde se dirigían. La noche se iba cerrando como una cremallera sobre los edificios y la niebla parecía agruparse en torno a la luz de las farolas. Entraron en una calle solitaria y continuaron caminando como dos máquinas de acero. Empezó a nevar y la nieve se depositaba sobre los hombros de Vicente y del niño como se deposita sobre las estatuas de los parques, sin que afectara a su manera de estar en el mundo. El niño se cogía con fuerza a Vicente, que se sentía traspasado por una corriente de calor que era ternura, aunque él no lo sabía. Entonces se detuvo, entornó los ojos y se vio a sí mismo recorriendo una calle con un niño que era su hijo. Y aunque no sabía en qué ciudad estaba ni quién era ni a dónde se dirigía, tenía la certeza de que ese niño era su hijo y que, mientras fueran de la mano los dos, los atacadores no se atreverían a atracarles, la lluvia no les mojaría, la nieve no les traspasaría. Los dos eran un grupo indestructible, poderoso, único. Podrían estar andando toda la eternidad sin cansarse hasta llegar al lugar que les estaba destinado; entonces, cuando alcanzaran ese sitio, sabrían quiénes eran y habría valido la pena caminar por calles sin tejados, por ciudades desconocidas. Se detuvo y tocó la frente del niño con la mano.

—¿Tienes fiebre, hijo? —preguntó.

—Sí, pero me da gusto porque siento las ingles.

—¿Caminamos, pues, un poco más?

—Sí.

A la derecha se abrió una avenida con árboles. Vicente Holgado sintió que sus

dedos, trenzados a los del niño, eran las raíces de un árbol que había empezado a crecer en el interior de su pecho y que se alimentaba de la fiebre del pequeño. Emprendieron el camino sin horizonte de aquella avenida y Vicente supo que ya nunca volvería a tener miedo de no saber regresar.

Ella me esperaba en la farmacia

Siempre he ido a la oficina por el mismo camino, aunque hubiera otro, del mismo modo que siempre comienzo a cepillarme la boca por el lado izquierdo, aunque también tenga dientes en el derecho. No se trata de una costumbre ciega, sino de un acto deliberado que me protege de la mala suerte. Vivo solo y trabajo para una empresa que me obliga a viajar con frecuencia, de manera que combato este desarraigo con la creación de una pequeña patria portátil cuyo territorio no es otro que el de las manías. Siempre me levanto con el pie derecho, por ejemplo, y cuento hasta veinticinco en voz alta antes de entrar en el cuarto de baño, para dar tiempo a que los espíritus que pasan allí la noche se metan en sus rendijas. No me importa compartir mi piso con otras presencias si hay un acuerdo básico en cuanto a las horas en que debe utilizarlo cada uno.

Con el paso del tiempo, pues, he ido coleccionando un número estimable de obsesiones que llevo de un lado a otro a modo de defensa frente a los impulsos autodestructivos que, como la gripe, suelen atacarme una vez al año. Sobre estas obsesiones o manías he levantado mi discreta historia, mi solitaria biografía, mis personales ambiciones de gloria.

Cuando me destinaron a esta ciudad y alquilé esta casa, advertí en seguida que podía ir a la oficina por dos calles diferentes y paralelas, pero elegí la de la mano izquierda, la del reloj, con el pensamiento supersticioso de que, si algún día tomara la de la derecha, llegaría tarde o me ocurriría alguna desgracia. Dentro del camino de la izquierda, suelo coger la acera de la derecha por una cuestión de equilibrio. La simetría es otra de mis obsesiones; nunca parpadeo, por ejemplo, más veces con un ojo que con otro: me quedaría ciego del menos favorecido.

La cuestión es que elegí la calle de la izquierda, la de la puntualidad, y por ella iba y venía todos los días del trabajo contando los pasos que daba y agrupándolos imaginariamente en conjuntos de veinticinco. Pero una mañana sucedió algo: empecé a imaginar que por la calle de la derecha caminaba, al mismo tiempo que yo, un doble mío, pero un doble femenino, o sea, que, a pesar de ser exactamente igual que yo, él —o ella— era una mujer, aunque eso solo lo sabíamos ella —o él— y yo. La idea, una de tantas que se le ocurren a uno al cabo del día, me turbó y pasé muy mala noche, dominado por una excitación sexual sin salida.

Al día siguiente decidí no ir a la oficina, pero a partir de las diez empecé a imaginarme a mi doble en la calle de la derecha, esperando que yo diera el primer paso por la calle de la izquierda para ponerse a su vez en movimiento, y no lo pude resistir: me vestí, salí, y a los dos o tres pasos se me había pasado la angustia, pero en su lugar empezó a crecer de nuevo una excitación sexual insoportable. Cada paso que daba sobre el empedrado de la acera crecía uno o dos centímetros mi excitación a

expensas del escote negro de mi doble, cuyo cuerpo se inflamaba a la vez que el mío en la calle de al lado. Aceleré el paso y ella se apresuró también, y yo supe que, a pesar de encontrarme en una calle distinta de la suya, ella notaba en sus propias piernas las dificultades de acoplamiento que se producían en el espacio situado entre las mías, del mismo modo que yo percibía en mis ingles el roce de sus bragas. En algún momento, la confusión entre su excitación venérea y la mía fue tal que yo sentí en mi cuerpo el peso de sus dos pechos poderosos y el endurecimiento de los tejidos en torno a los pezones.

Llegué a la oficina en un estado de agitación indeseable, y conseguí refugiarme en el despacho sin que me viera nadie. Derrumbado sobre la silla, cerré los ojos y entonces vi la calle por la que se movía mi doble —la de la derecha— y a ella detenida en medio de la gente, buscándome. Al verme sonrió con una mueca que era más mía que suya e hizo un gesto para que la siguiera. Caminé detrás de ella y, de súbito, la calle por la que nunca había ido empezó a resultarme familiar: sus tiendas, sus portales, su circulación de bicicletas maltrechas y de transeúntes cansados conectaba con algún registro de mi memoria sentimental. Pasamos frente a una carbonería, donde me pareció escuchar la agonía de alguien; luego, ella se detuvo frente al escaparate de una mercería, que parecía un cuadro de un pintor americano, y movió el culo sabiendo que yo estaba detrás moviendo el mío. Así que, sin dejar de encontrarme en el despacho, estaba a la vez en aquella calle detrás de una mujer cuyo cuerpo era al mismo tiempo el mío.

Ella continuó andando y yo detrás hasta llegar a una farmacia en la que entró. Me detuve un momento en el escaparate, que gracias al paso del tiempo había empezado a parecer también una obra de arte, y después fui empujado al interior por la agitación sexual que me dominaba. Ella estaba detrás del mostrador y, en lugar del traje negro, llevaba ahora una bata blanca cuyo tejido se ajustaba con docilidad a sus volúmenes. Me pareció que del lado de la realidad venía un sonido como de teléfono, pero interpreté que no me concernía y pedí una venda.

—Creo que me he dislocado la muñeca —mentí.

—Siéntese ahí, yo misma se la vendaré —dijo ella.

Me senté en una banqueta, junto al peso; ella salió del mostrador y, tras cerrar con llave la puerta del establecimiento, vino a arrodillarse junto a mí. En seguida noté sus dedos explorando mi mano, pero sabía que no buscaba en sus articulaciones otra cosa que el pulso de mi deseo. No habría renunciado a aquella escena por nada; es más, si hubiera tenido que entregarle a aquella mujer todas mis obsesiones a cambio de los besos que, de repente, había empezado a abandonar en mi mano, se las habría dado con gusto, aun sabiendo que con ellas le entregaba mis armas y que en el futuro estaría indefenso frente al acecho de la locura, pues de eso me salvaba fundamentalmente la rigidez de las costumbres: de la locura con la que llevo pactando desde que tengo uso de razón.

El caso es que ella estaba ya chupando mis dedos sin dejar de mirarme con

idéntico ardor a aquel con el que yo la contemplaba, cuando escuché unos golpes provenientes del lado de la realidad y, en seguida, el gemido de una puerta al abrirse. Levanté un poco los párpados para ver qué pasaba y vi a mi secretaria detenida a la entrada del despacho con cara de espanto. Ignoro qué es lo que había visto en mi rostro, pero me apresuré a fingir un desmayo para justificar la alteración de mis facciones.

Cuando pasó todo, tuve que inventar mil causas para justificar los estertores de muerte con los que por lo visto la había obsequiado. Luego le pedí que me dejara solo y me entregué al recuerdo de aquella fantasía impuesta, aunque ignoro por quién, cuya intensidad había alcanzado el grado de un suceso real. Todavía podía sentir en algunas zonas estratégicas de mi cuerpo la presión de su ropa interior, pues lo más raro de todo es que ella era yo: que no nos pareciésemos en nada no excluía el hecho de que fuéramos idénticos —o quizá idénticas—.

A partir de ese día no pude concentrarme en nada, porque mi imaginación estaba permanentemente ocupada por las escenas de la farmacia, que se repetían una y otra vez sin que su contemplación llegara a saciarme. Por las mañanas, antes de ir a trabajar, me asomaba al balcón y desde allí contemplaba melancólicamente la calle de la derecha, que empezó a configurarse como un territorio mítico en el que sucedían cosas inexplicables. A veces, fantaseaba con la posibilidad de dirigirme a través de ella al trabajo, pero cuanto mayor era la tentación, más grande era también el temor supersticioso que ese deseo me inspiraba.

Llegó el sábado y fui a comprarme ropa. Hacía mucho tiempo que no renovaba mi vestuario, pues no encuentro placer en ello. Sin embargo, aquel día me apeteció acercarme a la zona comercial y ojear escaparates. La verdad es que mientras me probaba pantalones y chaquetas tenía la impresión de que la estaba vistiendo a ella. Entraba en los probadores más turbado que un adolescente y cuando miraba en el espejo cómo me caía la ropa, sentía en todo el cuerpo una gratitud que parecía proceder de su mirada. Nunca he prestado atención a las prendas interiores, pero ese día las elegí con cuidado, como si fueran para ella más que para mí.

Después fui a comer a un restaurante de lujo y pedí ostras con champán. Recuerdo que cuando la carne de la ostra resbalaba por mi garganta, yo tenía la impresión de que se dirigía al interior de su cuerpo y no al del mío. El champán empezó a aturdirme en seguida, pero en realidad la aturdida era ella. En algún momento me pareció que mis calzoncillos se habían transformado en unas bragas muy ligeras que comenzaban a humedecerse. Separé un poco las piernas y gemí de placer al percibir el roce de los encajes. Todo era muy confuso, porque, a la vez de eso, sentía una erección que, aunque tenía lugar en otra parte, me concernía del mismo modo que si se estuviera produciendo entre mis piernas.

Llegué a casa a punto de estallar de placer, pero también de amor, y me metí en la cama. Al cerrar los ojos, vi de nuevo la calle de la derecha y la recorrí hasta llegar a la farmacia. Detrás del mostrador estaba ella, esperándome. Pedí una venda, como

siempre, y ella, tras echar el cerrojo, vino a tocar mi mano para localizar la articulación desencajada. Llevaba el traje negro del primer día con el escote en pico y a través de él, mientras me vendaba, yo miraba sus pechos, y, aunque los veía fuera de mí, los sentía en mi cuerpo, como sentía su saliva dentro de mi boca o su locura en el interior de mi cabeza.

Le pedí que se quitara el traje y se subiera al mostrador, de manera que pudiera observar todo su cuerpo, y ella me obedeció con una docilidad que era más mía que suya. Así que en seguida advertí que quien en realidad babeaba a cuatro patas sobre el mostrador era yo, mientras que ella —o sea, yo— desde abajo me pedía que aullara como una gata en celo.

Pasamos todo el fin de semana en la cama, o sea, en la farmacia, y el lunes me levanté agotado, febril, y con el sentimiento de que mi vida no tenía otro sentido que el de acceder a aquella calle estrecha por la que se llegaba a la farmacia. Me vestí con las ropas que había comprado el sábado y aunque todas las prendas eran masculinas, yo sentía en mi cuerpo el roce de unos encajes femeninos y, al cerrar los ojos, podía ver mi culo ceñido por una falda negra en la que se marcaban todas mis formas —las de ella—.

Como durante aquellos dos días había abandonado mis ritos e incluso había entrado varias veces en el cuarto de baño sin avisar a los espíritus de mi presencia, me impuse, para compensar esta falta, un pequeño castigo consistente en recorrer tres veces el pasillo en las dos direcciones a la pata coja. Al principio fue todo bien, pero a la segunda vuelta, cada vez que saltaba, no podía dejar de imaginar los pechos de ella moviéndose hacia arriba y hacia abajo para escapar de los límites del escote. La excitación fue tal que regresé a la cama antes de cumplir la penitencia y allí pasé todo el día, en la farmacia, quiero decir. Me llamaron de la oficina, pero dije que estaba enfermo, y era verdad, aunque tuve que imitar mi voz, pues a veces, sin querer, me salía la de ella.

Al día siguiente, no se veía nada a causa de la niebla. Desde mi terraza intenté divisar las dos calles que conducían a la oficina, pero toda la realidad permanecía oculta bajo aquella gruesa nube que invitaba al extravío.

Bajé al portal y, haciendo como que me equivocaba por culpa de la niebla, me metí en la calle de la derecha y empecé a recorrerla con el corazón en la garganta. Entonces la niebla se hizo menos densa y pude distinguir los portales y los rostros de la gente que se cruzaba conmigo. Sentí una gran opresión en el pecho al darme cuenta de que era la calle de mi infancia, pero en esa angustia había también mucha felicidad, como cuando de niño me espantaba frente a aquellos sueños que al mismo tiempo me hacían tan feliz. Me detuve junto a la carbonería en la que murió de mala suerte el hijo del carbonero, que presumía de no tener obsesiones, y después me dirigí con resolución a la farmacia. Mi madre estaba atendiendo a un señor que decía que se había dislocado la muñeca. Yo sabía que era mentira y no entendía muy bien por qué ella se prestaba a vendarle la mano en una postura que le permitía al otro asomarse a

su escote. Mientras los maldecía desde el otro lado del mostrador, parpadeaba con los dos ojos a la vez para no quedarme ciego de ninguno y contaba los frascos de las estanterías agrupándolos en conjuntos de veinticinco. Al mismo tiempo imaginaba que ya era mayor y que trabajaba en una ciudad lejana, donde un día, al dar la vuelta a una esquina, me encontraba con aquella calle donde mi madre tenía una farmacia.

La memoria de otro

Vicente Holgado se presentó a la policía con una historia increíble: Por lo visto, estaba en su despacho, consultando en su agenda la actividad de la jornada, cuando le asaltó un recuerdo que no le pertenecía. En el recuerdo, se veía a sí mismo contratando los servicios de una prostituta en una esquina que no le resultaba familiar. Por si fuera poco hablaba con la prostituta en francés, idioma del que Holgado solo conocía algunos rudimentos.

El policía que tomaba nota de la declaración, dejó de mecanografiar en este punto, y contempló al declarante por encima de las gafas como intentando averiguar por su aspecto si se trataba de un loco peligroso o de un loco a secas. Cuando dedujo que no era peligroso, le recomendó que canalizara su denuncia a través de cualquiera de las numerosas revistas dedicadas a airear asuntos paranormales.

Holgado salió a la calle espantado de haber perdido el sentido de la realidad hasta el punto de acudir a la policía con tal historia. Sin embargo, los recuerdos de sí mismo pensando en francés y caminando por las calles de una ciudad desconocida aumentaron durante las semanas siguientes. Naturalmente, ya no le habló a nadie del asunto y procuró mantener en su casa y en su trabajo una actitud que no delatara esta rareza. Es cierto que durante un tiempo temió estar volviéndose loco, pero después de que se habituara a tener estos recuerdos y, sobre todo, al comprobar que no eran especialmente desestabilizadores, no solo los aceptó, sino que acabaron constituyendo un escape emocional para una vida como la suya, quizá excesivamente reglamentada y sometida a pautas.

El otro, «el francés», como empezó a llamarle, tenía menos prejuicios que él. Salía con frecuencia a cenar con gente ruidosa y luego alternaba por locales nocturnos de sexo y diversión que Holgado jamás se habría atrevido a frecuentar, no por un remilgo moral, sino por un miedo fantástico a diluirse en estos ambientes si llegaba a tener algún contacto con ellos. Con frecuencia, cuando pasaba por delante de establecimientos dedicados al comercio del sexo o de la pornografía, aunque aceleraba el paso, soñaba con entrar en aquellos templos del pecado. Quizá lo hubiera hecho de conocer el código de comportamiento para moverse en sus oscuros interiores.

Con el paso del tiempo, en fin, Holgado se acostumbró a estar habitado por estos recuerdos de cosas que no le habían pasado —ya que nunca había sido francés—, como otros se acostumbran a llevar un grano en algún lugar oculto a la mirada de los otros. Y aunque a veces tenía que reconocer ante sí mismo que «el francés» era una especie de enfermedad moral, acabó por disfrutar del recuerdo de sus hazañas amorosas con la pasión con que un mirón goza de lo que sucede al otro lado del ojo, del suyo y del de la cerradura. Además, lo cierto es que al final, según pudo

comprobar Holgado, la vida de «el francés» parecía tan reglamentada como la suya: todos los días las mismas diversiones, las mismas copas, las mismas mujeres, idénticas resacas y remordimientos de conciencia. Los reglamentos de «el francés» y el suyo solo eran distintos en lo que se refería al tipo de actividades que tenían que regular, pero la disciplina era la misma. Holgado se preguntaba si el otro envidiaría los aspectos convencionales de su existencia tal como él había deseado sus excentricidades, sobre todo porque, a medida que envejecían, «el francés» parecía ir encontrado menos placer o menos sentido en sus correrías nocturnas, como si acudiera a ellas por obligación, como otros van a la oficina.

Holgado comenzó a preocuparse por él y esta preocupación le volvió algo taciturno. Además, empezó a tener recuerdos, hasta entonces inéditos, en los que «el francés» aparecía en lo que debía ser su casa, siempre discutiendo con una esposa que permanecía en una silla de ruedas desde la que parecía dirigir el mundo. A Holgado le amargaban estas escenas, pues aunque no comprendía lo que decía cuando hablaba en francés, intuía por el tono y los gestos con los que acompañaba sus palabras que aquellas discusiones iban más allá de lo que suele considerarse una pelea conyugal.

Un día, al poco de jubilarse, estaba tomando el sol en la terraza de su casa, cuando su memoria empezó a funcionar inopinadamente y se vio a sí mismo estrangular en francés, con una media de seda natural, a su esposa francesa en la silla de ruedas. La escena fue tan desagradable que cayó enfermo, lo que le obligó a guardar cama un mes. Durante este tiempo, no tuvo ningún recuerdo de su personalidad francesa, pero vivió atemorizado por esta amenaza: no habría podido digerir las escenas en las que se deshacía del cadáver o, peor aún, no podía siquiera soportar la idea de haber sido detenido por este crimen y de encontrarse, a su edad, en la cárcel.

Pasado este tiempo, se levantó y empezó a pasear por el pasillo de la casa bajo la continua atención de su familia. Solo tomaba caldos y algunas verduras: había perdido durante la enfermedad el gusto por la comida, pues todo lo que se metía en la boca le sabía a tierra. Los recuerdos de cuando era francés, por fortuna, continuaban sin aparecer. Un día, meditando sobre esta rareza que le había acompañado a lo largo de su vida, pensó que quizá ya no recordaba nada porque «el francés» había muerto en el acto de estrangular a su esposa, bien por un ataque cardíaco provocado por el esfuerzo, o bien porque ella había conseguido clavarle unas tijeras que solía llevar sobre el regazo antes de expirar. De súbito supo por qué desde entonces todo le sabía a tierra y cayó al suelo fulminado por un colapso antes de que el terror alcanzara un grado insoportable.

Sobre los vicios

En una de las muchas ocasiones en que Vicente Holgado se asomó a la vida, comprobó que la gente consumía una parte importante de su tiempo y de sus energías en hablar del colesterol o en abandonar alguna costumbre: la de fumar, la de beber, la de comer grasas, etcétera. Él, que a ratos quería ser como los otros, no tenía nada que abandonar; carecía de hábitos contra los que mereciera la pena emprender una cruzada. Podía, eso sí, tomar yogur natural en lugar del yogur de fresas que tanto le gustaba, pero eso no significaba ningún sacrificio importante. Por otra parte, había comprobado que la mayoría de la gente, más que abandonar sus vicios, los cambiaba por otros. Así, el exfumador se convertía en un glotón; el exalcohólico, en un apóstol; el consumidor de grasas, en un vegetariano que en seguida se aficionaba también a la acupuntura. O sea, que lo que parecía difícil era vivir sin una adicción. Y no es que Vicente careciera de adicciones, lo que ocurría es que sus adicciones eran su vida, mientras que en los otros casos solían combinarse. Por ejemplo, el fumador, además de quemar tabaco, solía tener un trabajo estable, estaba casado, tenía hijos, iba a misa los domingos, visitaba a sus ancianos padres los sábados por la tarde, etcétera. Lo mismo cabía decir del alcohólico y del consumidor de grasas o del coleccionista de sellos. La adicción, por así decirlo, constituía un complemento a la existencia, mientras que en su caso se confundía con ella.

Intentó varias cosas para parecerse a los otros. Así, durante una temporada coleccionó sellos. Pero se cansó pronto, dedicándose a la acumulación de cucharillas de café. Robó más de dos mil en restaurantes y bares, además de comprar alguna que otra en tiendas para turistas. Cuando tuvo tres cajones llenos, intentó clasificarlas sin éxito. Entonces decidió venderlas y se rieron de él porque no valían nada. El pobre no se había enterado de que en este tipo de colecciones era fundamental que el objeto fuese de oro o plata. Como no sabía qué hacer con ellas, y además tenía problemas de conciencia, decidió devolverlas a los bares de los que las había robado. Así, cada vez que tomaba un café, dejaba disimuladamente sobre el mostrador dos o tres cucharillas. Con las que había comprado con su propio dinero hizo una escultura geométrica que representaba a un insecto y que colocó sobre el televisor.

Entonces empezó a fumar y a beber. Su ilusión era llegar a ser alcohólico o fumador, o las dos cosas a la vez, para luego luchar contra estos vicios y poder decir, como tantos otros, que había dejado de fumar y de beber. Quizá luego se dedicara a la acupuntura, o al yoga, y encontrara por este camino una vía de comunicación con los otros que hasta entonces le había sido negada.

Empezó fumando negro, porque era más barato, pero pronto descubrió los placeres del tabaco rubio, al que se entregó con frenesí. En cuanto a la bebida, se inició en ella con vino tinto, hasta que descubrió los ardores de estómago que

producían los alcoholes fuertes. Para completar el cuadro, empezó a consumir también alimentos grasos, pues, como ya se ha dicho, sabía que el colesterol proporcionaba mucho juego en el terreno de las relaciones humanas.

Un día, después de tres meses de seguir esta dieta brutal, se hizo unos análisis de sangre y de orina que revelaron que su organismo estaba hecho una pena. El médico le prohibió las grasas y le recomendó que dejara de fumar y que controlara la bebida.

—Tiene usted el hígado más inflado que un globo —le dijo.

Vicente Holgado salió muy satisfecho de la consulta. Se fue directamente al restaurante y se tomó un plato de lentejas con chorizo y morcilla picantes. Después se tragó un filete en salsa y para terminar pidió un flan de la casa con helado. Después sacó el paquete de tabaco, encendió un cigarro y pidió una copa de aguardiente. Cuando el alcohol empezó a empapar su cerebro, llamó al camarero y le dijo:

—Pues vengo precisamente de hacerme unos análisis y me ha dicho el médico que tengo el colesterol altísimo. Además de eso, voy a tener que dejar la bebida y el tabaco.

El camarero lo miró atónito.

—¿Y se está despidiendo? —preguntó.

—Bueno, es que no es fácil dejar estos vicios cuando se lleva tanto tiempo con ellos. Ahora tendré que hacerme vegetariano y asistir a sesiones de acupuntura o de yoga.

—Para lo de la bebida, puede acudir a alcohólicos anónimos —sugirió el camarero.

Vicente Holgado no sabía qué era eso, pero cuando se enteró se apuntó en seguida. Allí había gente que luchaba, como él, por desprenderse de un vicio y con la que podía hablar de la vida mientras se tomaba un yogur de fresa, que era lo que de verdad le gustaba. Dejó de beber y de fumar sin ningún problema, pues en verdad estas adicciones no habían llegado a arraigar en su temperamento. Por otra parte, cuando dejó de comer fabadas y de desayunar huevos con bacon, se sintió también mucho mejor.

Las reuniones de exalcohólicos comenzaron a ser su verdadero vicio. Allí había gente con la que se podía hablar del colesterol, o de las tormentas inducidas, reproduciendo los gestos que había visto en otros. Todo fue bien hasta que descubrieron que Holgado no era verdaderamente alcohólico, sino un advenedizo que no sabía dónde pasar su tiempo libre. No llegaron a echarle, pero empezaron a hacerle el vacío y se tuvo que ir de todos modos. Entonces comenzó a coleccionar tics nerviosos y consiguió que le admitieran en un grupo terapéutico, donde se presentó como fumador y alcohólico rehabilitado. Allí encajó bien y fue feliz durante algunos meses.

Vicente va a París

Vicente Holgado tuvo que aplazar su luna de miel por culpa de los negocios. La misma tarde de la boda, su jefe le comunicó que tendría que viajar al día siguiente a París para cerrar un acuerdo importante en el que él mismo había trabajado durante los últimos meses. En otras circunstancias se habría negado, pero la empresa atravesaba una situación difícil y no le pareció prudente, a pesar de la oposición de su mujer, escatimar su colaboración en esos momentos. Serían dos días, tres como mucho, y luego podrían hacer las cosas tal y como habían previsto.

La discusión con su mujer le provocó un desasosiego del que todavía no había conseguido liberarse cuando llegó a París. Además, en el avión había estado imaginando una serie de desastres que acababan con su existencia conyugal, apenas comenzada. Se fue directamente al hotel y antes de quitarse la chaqueta habló por teléfono con ella, que se mostró distante y fría. Holgado tuvo la impresión de que no le perdonaría nunca este incidente y esa idea ensombreció aún más su ánimo. Deshizo la maleta con el gesto de quien realiza una autopsia y guardó la ropa interior y las camisas en los cajones del armario dejando uno vacío, según su costumbre. Después se sentó en el borde de la cama e intentó repasar la estrategia adecuada para la reunión con los colegas franceses.

Pero en lugar de pensar se puso a contar los cajones del armario, cuya puerta había quedado abierta. Los contó en todas las direcciones posibles, de dos en dos, de tres en tres, llegando siempre a resultados idénticos. Sabía que esta manía de contar era un mecanismo obsesivo que se disparaba en él cuando se encontraba bajo el peso de una premonición, pero tal conocimiento no le servía para enfrentarse a la angustia de otro modo. Faltaban dos horas para la reunión y pensó que si se entretenía aún diez o quince minutos realizando estas absurdas operaciones aritméticas se tranquilizaría lo suficiente como para poder preparar su intervención.

En esto, al contar por enésima vez los cajones desde abajo hacia arriba, le salió un cajón de menos, lo que interpretó como un presagio de algo malo. ¿Cuál de ellos se habría saltado? ¿A cuál habría condenado a la inexistencia? Se levantó y cerró de un golpe la puerta del armario. Después se sentó frente al pequeño escritorio y observó las cuartillas y los sobres con membrete del hotel cuidadosamente dispuestos sobre un rectángulo de piel. Escribiría a su mujer una carta apasionada que le haría olvidar este primer tropiezo de su matrimonio.

Apenas había escrito el encabezamiento cuando descubrió a la derecha del mueble una fila de cajones insignificantes que contó automáticamente de dos en dos y de arriba a abajo. Le salió un número par; sin embargo, al repasarlos en dirección contraria volvió a faltarle un cajón. Una oleada de malestar le impidió continuar la carta. Abatido, se tumbó sobre la cama y se acordó de su primer escritorio: se lo

regalaron sus padres al comenzar el bachillerato y tenía tres cajones que durante aquellos años había contado cada vez que quería conjurar algún peligro. Siempre le habían salido tres y quizá gracias a eso había sobrevivido a la adolescencia y, más tarde, a la juventud. Ese rito mágico de contar los cajones obteniendo siempre el mismo resultado le puso a salvo de innumerables peligros. Uno de los cajones, el del centro, lo tenía siempre cerrado con llave, aunque vacío: se trataba de hacer creer a sus hermanos que poseía algún secreto. Aquel vacío, sin embargo, había adquirido con el paso de los años una complicada y misteriosa utilidad: cuando no quería ir al colegio abría el cajón y colocaba dentro de él un calcetín enrollado en forma de bola: según la zona donde lo colocara, Vicente enfermaba de una u otra zona de su cuerpo.

Llegó un momento en el que aquella actividad empezó a asustarle y se deshizo del calcetín, pero mantuvo el cajón cerrado y vacío. Esta costumbre le acompañaría a lo largo de su vida, de manera que en todas las casas en las que vivió y en todos los hoteles por los que pasó siempre mantuvo un cajón vacío como remedio contra las enfermedades y la mala suerte. Ahora sentía como si en el centro de aquel cajón primitivo alguien hubiera puesto de nuevo el calcetín; el centro era la zona que correspondía al pecho, y allí es donde permanecía concentrada, como un nudo, la angustia.

Llegó a la reunión agotado, aunque aún confiaba en su capacidad de improvisación para hacer frente a las dificultades que surgieran en ese último tramo de la negociación. Pero apenas habían comenzado a discutir cuando vio en el extremo de la sala un mueble lleno de cajones. Sin dejar de prestar atención a lo que decían los otros, comenzó a contarlos de izquierda a derecha y después de derecha a izquierda, obteniendo el mismo número. Le pareció que las cosas podrían arreglarse todavía. Luego inició la cuenta desde abajo, desde la fila de la izquierda, con idénticos resultados. El nudo de angustia se aflojó y algo parecido a la alegría estalló en su pensamiento. Probó todas las combinaciones posibles y, finalmente, se arriesgó a contarlos en diagonal, pero en esta última operación volvió a faltarle uno.

Inmediatamente se desmayó y tuvieron que sacarlo de la sala. El nudo de angustia había crecido de repente hasta ocupar todo el territorio de su pecho. Cuando llegó al hotel, se metió en la cama y de súbito se acordó de que en su nueva casa había dejado también libre un cajón de su armario, aunque sin advertirle a su mujer que no lo tocara. Telefonó y habló con ella, que seguía enfadada. Cuando Vicente le preguntó qué estaba haciendo, ella respondió que había estado ordenando los cajones y que había guardado todos sus calcetines en uno que había encontrado vacío.

El ojo vago

Los padres de Vicente Holgado pensaron durante mucho tiempo que su hijo era tonto, y aunque no por eso le retiraron su afecto, tampoco le apoyaron frente a los retos de orden intelectual a los que hubo de hacer frente en la escuela o, más tarde, en el colegio. Sus dificultades con los libros no hacían sino confirmar esa idea que se habían formado acerca del niño, al que contemplaban con un gesto de cariño que llevaba incluida una porción de pena. Jamás hablaban entre ellos de esta minusvalía de su hijo, pero tampoco hacía falta: la convicción circulaba a través del grupo familiar a la velocidad con que las ideas circulan a través del silencio.

Las tristes noticias que este silencio elocuente iba llevando de uno a otro llegaron también al interesado, quien acabó por tener un concepto muy pobre de sí mismo. A veces, en la soledad del cuarto de baño, contemplaba su rostro en el espejo y la geografía facial le confirmaba lo que le decían sus padres con sus excesivos cuidados, con sus besos: que era tonto, tal como delataba aquella mirada opaca, aquellos labios poco musculados, o aquella barbilla que parecía tener prisa en retirarse hacia el territorio del cuello, como si le diera miedo competir con la nariz, donde residía el centro de gravedad del rostro.

Vicente Holgado no tuvo grandes dificultades en aceptar su minusvalía, quizá porque supo valorar desde muy pronto todas sus ventajas: se le exigía menos que a los otros, recibía más cuidados, y entre sus compañeros no se le tenía en cuenta cuando se trataba de resolver cuestiones complicadas o tomar decisiones que incluían algún riesgo. Vivía, pues, en un limbo desde el que contemplaba un mundo de responsabilidades que no le concernían, pero de las que, en general, se beneficiaba.

Admiraba, no obstante, la sabiduría, aunque no supiera muy bien qué pudiera ser esa cosa. Para él estaba encarnada en uno de los profesores del colegio de cuya bondad se hacían lenguas. Este profesor, que era cura, tenía unas enormes gafas y una barba bajo la que ocultaba toda su mandíbula inferior, incluida la barbilla. Por lo demás, siempre leía un libro o lo llevaba, al menos, bajo el brazo, y tenía cierto aire de despiste, como si contemplara el mundo desde un lugar privilegiado. A Vicente le fascinaba este personaje; soñaba con él y fantaseaba con que sus barbillas fueran semejantes.

Al poco de cumplir los nueve años, fue sometido en el colegio a un reconocimiento médico rutinario en el que se descubrió que tenía un ojo vago. La verdad es que Vicente suspiró con alivio frente al diagnóstico: podían haber descubierto que todo él era vago y, sin embargo, solo apreciaron esa característica en uno de los ojos. Era evidente que no habían mirado bien. En cualquier caso, no se lo reprocharon: por el contrario, trataron el asunto como una nueva deficiencia y duplicaron los cuidados y la pena de que ya era objeto. Lo mejor es que

recomendaron taparle el ojo bueno para obligar a trabajar al vago, y que lo hicieron utilizando la montura de unas viejas gafas para no aplicar al niño el parche directamente sobre el rostro.

Desde el momento en el que Vicente vio —o percibió, más bien— el aire reflexivo que las gafas daban a su rostro, aumentó su identificación con el profesor sabio de su colegio. Solo le faltaba una barba con la que ocultar la falta de decisión que presagiaba su barbilla para alcanzar la sabiduría. Se podría decir que aquellas gafas desprovistas de cristales le hicieron, de golpe, inteligente. Comenzó a aficionarse a los libros, y, pese a la dificultad que entraña leer con un ojo vago, devoraba las páginas de cualquier artefacto encuadernado que caía en sus manos.

Los resultados de su nueva actitud empezaron a notarse en seguida en el colegio; de ser el último de la clase, pasó a ocupar los primeros puestos. Nadie se explicaba aquel cambio espectacular que, desde luego, no se atrevían a atribuir al hecho de haberle tapado el ojo bueno: habría sido un disparate pensar que se podía ver más por un solo ojo averiado que por dos. En cuanto a Vicente, él atribuía sus nuevas capacidades a las gafas. En su interior, las gafas poseían unas propiedades que le permitían ver y retener cosas que antes permanecían fuera de su alcance. Además, junto a estas facultades de orden intelectual, también comenzaron a desarrollarse en él cualidades morales. Era bondadoso como el profesor de la barba y, lejos de enorgullecerse de su privilegiada situación, procuraba compartirla con los demás.

A todo esto, el ojo vago también hizo progresos gracias al esfuerzo al que había sido sometido. En la tercera revisión médica, apenas cinco meses después de comenzado el tratamiento, el oculista consideró que podía suspenderse, pues el ojo mostraba una diligencia que nada tenía que envidiar a la del vecino. La cuestión es que le quitaron el parche, y, con él, las gafas. Vicente intentó explicar que su mejoría se debía a aquella montura, pero como se había vuelto inteligente advirtió en seguida que se trataba de una historia increíble, de manera que desistió en seguida de contarla.

Su existencia se hundió de nuevo en la niebla por la que había vagado antes. No entendía las cosas y perdió el interés por la lectura. Poco a poco fue volviéndose tonto otra vez sin que nadie fuera capaz de explicar ese proceso. Cuando alcanzó el grado de estupidez anterior, sus padres lo llevaron a un médico bondadoso que conversó con él para intentar desentrañar aquel misterio. Entonces Vicente le contó la historia de las gafas, que no sirvió sino para certificar que el muchacho era rematadamente tonto.

Una fotografía impertinente

Me casé a los cuarenta y cinco años con una mujer de veinticinco. Hasta entonces había permanecido soltero, por pereza más que otra cosa. Siempre me pareció muy complicado llevar adelante una historia sentimental, sobre todo cuando se entra en esa zona del amor en la que hay que combinar la pasión con las cuestiones prácticas. Yo me llamo Vicente y ella Milagros. Nos conocimos en un bar, por estas fechas hará un año, y ya no nos pudimos separar. No quiero decir que durante este tiempo hayamos estado juntos todo el rato, sino que sobrellevamos muy mal las separaciones, aunque sean cortas. Para mí, estar alejado de Milagros equivale a una mutilación; es como si ella y yo fuéramos las dos piezas de un mismo territorio y, por lo tanto, solo cuando estamos juntos nos sentimos completos. Sin duda alguna, eso es el amor.

Ella no sabe que yo estoy algo preocupado, porque no se lo he dicho. En estos meses hemos sido tan felices que no quiero amargarla con mis obsesiones. La cosa es que decidimos casarnos en seguida; ninguno de los dos había tenido hasta entonces una historia sentimental digna de reseña, de manera que cuando le cogimos el gusto a la pasión amorosa, nos dio tanto miedo volver a estar solos, que decidimos arreglar los papeles para pasar por el juzgado cuanto antes. Pensamos que lo mejor era que yo me fuera a vivir a su casa, que era más grande y estaba mejor situada que la mía. La verdad es que yo había vivido hasta entonces en un apartamento mal ventilado que decidimos vender para hacer frente a los primeros gastos de nuestra vida en común. Por otra parte, como en general he sido un hombre muy austero, carecía, al contrario de Milagros, de objetos o muebles en los que hubiera ido depositando algunas cantidades de afecto. Tengo un reloj de pulsera que heredé de mi padre y algunos pequeños recuerdos de mi madre. Mis pertenencias más queridas caben en una caja de zapatos.

Milagros, en cambio, es muy aficionada a las antigüedades y a los muebles. Su casa —la nuestra ya— está llena de objetos cargados de significado, de objetos a través de los cuales se podría contar su vida. De hecho, ella lo hace con alguna frecuencia. A mí me gusta oírle cuando toca un jarrón, un mantel, un cuchillo y me explica su significado. Conserva los diplomas del colegio, las fotos de fin de curso, un rosario de plata que alguien le regaló cuando tomó la primera comunión... Cuando entramos en su casa después de casarnos, me mostró todos sus objetos sagrados haciéndome así partícipe de sus secretos. Entre estos objetos, había un marco de plata en cuyo interior se conservaba una antigua foto en la que se veía a una niña de cuatro o cinco años sentada sobre las rodillas de un rey mago, el negro. Baltasar, creo que se llamaba. Me contó que era un recuerdo de cuando sus padres la llevaron por primera vez a ver a los Reyes Magos a unos grandes almacenes. Aquel rey cariñoso la sentó

sobre sus piernas y le dijo cosas tan dulces al oído que Milagros se quedó enamorada de él. Desde entonces aquella foto había ocupado un lugar relevante en su existencia. Ahora estaba sobre el televisor, de manera que era imposible dejar de verla.

Intenté que Milagros me contara lo que le había dicho el rey mago, pero se negó a ello con risas y gestos de misterio y no me pareció prudente insistir. En cualquier caso, aquella foto me produjo una inquietud difusa que fue creciendo con el paso de los días. No tardé mucho en averiguar el porqué: aquel hombre disfrazado de Baltasar era yo. En efecto, en torno a los veinticinco años, cuando Milagros tendría cuatro o cinco, trabajé temporalmente en unos grandes almacenes, donde, entre otras cosas, me tocó hacer de rey mago. Fue una tarde nada más, para sustituir al que habitualmente ejercía aquella función, y lo había olvidado. Por otra parte, el disfraz, la barba, y aquel tinte oscuro con el que me pintaron la cara, me hacían irreconocible, incluso ante mí mismo. Soy, además, de esa clase de personas que envejece mal, de manera que entre aquel joven de veinticinco años y este sujeto maduro de cuarenta y cinco en el que me he convertido hay pocos rasgos en común.

El descubrimiento, como es de suponer, me sumió en la perplejidad. Parecía imposible que el destino se comportara de aquel modo, que tejiera con los hilos del tiempo una trama tan sutil, una trama en la que había que cruzar un sinfín de casualidades para que veinte años más tarde aquella niña y yo nos volviéramos a encontrar y nos enamoráramos. Por las noches, cuando Milagros dormía, me levantaba e iba a contemplar la foto para cerciorarme de que era yo. Algunas veces dudaba, pues en la imagen no había muchos datos para deducirlo. Era, por otra parte, un primer plano y no se apreciaba ningún rasgo del edificio que pudiera certificar, al menos, que correspondía al de los grandes almacenes en los que trabajé. La cuestión empezó a obsesionarme. Contemplaba aquella foto mientras veíamos la televisión e intentaba adivinar si en ella ya estaba escrito mi destino. Presioné en un par de ocasiones a Milagros para que me contara lo que le había dicho aquel rey mago, pero ella se negaba, como si, entre las frases que se suelen decir a los niños, aquel sujeto hubiera deslizado alguna obscenidad.

En mis especulaciones llegué a pensar que quizá desde aquel día lejano Milagros había estado espiándome, persiguiéndome, observándome, para finalmente seducirme en un golpe de audacia en aquel bar donde nos conocimos hace un año. No he conseguido averiguar nada, pero me pongo muy mal cada vez que ella me llama «mi rey», expresión que utiliza con frecuencia. Ahora he recuperado más fotos de mi juventud y por las noches las estudio para ver si de algunas de ellas se puede deducir cómo será mi vejez, mi decrepitud, mi muerte. Tal vez sea cierto que el destino está, no ya escrito, sino fotografiado y guardado en esa caja de zapatos donde también conservo el reloj de mi padre y algunas pequeñas cosas de mi madre.

La puerta secreta

Vicente Holgado soportaba bastante bien las humillaciones de la existencia porque no pasaba en la realidad más tiempo del estrictamente necesario. Entraba en ella por las mañanas al atravesar las puertas de las oficinas donde se ganaba la vida, y salía cuando se terminaba su horario laboral. Esto no quiere decir que durante las horas de oficina estuviera todo el rato dentro de la realidad, porque lo cierto es que a veces descansaba la mirada en una grieta de la pared, por ejemplo, y se imaginaba que era un insecto de los de cuerpo de estuche que merodeaba por los labios de la grieta hasta encontrar el acceso a una caverna. Otras veces, mientras sus compañeros se tomaban el bocadillo de media mañana, cogía la lupa y examinaba con ella las esquinas de cualquier documento. Esos fragmentos de papel, amplificadas, mostraban caracteres imposibles de apreciar a simple vista y en los que Holgado esperaba encontrar tarde o temprano algún mensaje de interés para la humanidad.

Al salir de la oficina solía imaginar que era perseguido por los secuaces de su jefe, lo que convertía el regreso a casa en una peripecia de la que siempre salía bien parado, pues era raro que no consiguiera despistar a su perseguidor dos o tres estaciones de metro antes de llegar a la suya. Nunca abría la puerta de su vivienda sin comprobar que permanecía intacto el trozo de papel adhesivo con el que solía sellarla al salir.

Una vez dentro de casa, se tomaba cuatro o cinco yogures desnatados con una barra de pan y se iba al dormitorio con una bolsa de pistachos a imaginar cosas. Con frecuencia le apetecía imaginar que su jefe, el perseguidor, moría de alguna enfermedad terrible y que él iba a visitarlo al hospital para seguir todo el proceso de deterioro. Pero cuando esta fantasía se prolongaba más de lo debido empezaba a sentirse culpable y se le estropeaba la tarde. Por eso prefería imaginar otras cosas mientras, tumbado en la cama, devoraba los pistachos que resecaaban su garganta.

La fantasía que más le gustaba tenía su apoyo real en la pared que había frente a la cama. Allí, un cable de la luz insinuaba la forma de una puerta, que para Holgado representaba el acceso secreto a aquellos lugares dictados por su imaginación. Cerraba los ojos, e, incorporándose imaginariamente, se dirigía a la puerta secreta, la empujaba y esta se abría a una estrecha calle de Hong Kong o a una playa del Caribe o a un museo de ciencias, de localización indeterminada, donde había gorilas, cocodrilos e insectos disecados. Por lo general, el director de ese museo era él, y tenía un despacho en la primera planta a donde acudían científicos de todo el mundo interesados por sus métodos de catalogación de especies. Por alguna razón, los japoneses prevalecían sobre el resto de las nacionalidades, lo que obligaba a Vicente a mantener cierta tensión para que su jefe, que tenía algún rasgo característico de esta raza, no le persiguiese también en el interior de las fantasías. En el museo pasaba

muchas tardes; de hecho, al principio no era más que una sala y un despacho, pero con el paso del tiempo las salas se fueron multiplicando hasta el punto de que fue necesario contratar personal auxiliar y nombrar un subdirector que se ocupara de la gestión económica del centro.

Cuando Vicente se cansaba de permanecer en el interior de una fantasía, regresaba por el mismo camino de ida hasta dar con la puerta secreta que daba al interior de su dormitorio. La abría y llegaba hasta la cama, donde se encontraba con su cuerpo rodeado de cáscaras de pistachos.

Un día hizo el siguiente experimento: imaginó que la puerta secreta de su habitación se abría a su propia habitación; es decir, a través de ella llegó al mismo lugar del que venía, con la ligera variación de que lo que en el dormitorio real estaba a la izquierda, en el imaginario permanecía a la derecha, ya que la relación entre un espacio y otro era especular. Se adentró, pues, en su dormitorio y vio que todo era igual, pero que al mismo tiempo era distinto en el sentido de que los objetos tenían una relevancia especial, una solidez de la que carecían en el otro lado. Desde su cuarto se adentró en el pasillo, y también allí tuvo el sentimiento de que, sin dejar de ser el pasillo de siempre, poseía la novedad de estar atravesado por una energía que convertía su recorrido en una excitante aventura. Vicente bajó al portal y salió a la calle: la realidad poseía una intensidad cegadora y apasionante. La mera contemplación de los transeúntes excitaba todos sus sentidos, como si se asomara a un hormiguero de cristal que le mostrara los secretos de esos animales. Entró en una cafetería y pidió un café con una ensaimada. Admiró la perfección de los cubiertos: la curva del tenedor justo en el punto donde se apoyaba el dedo índice, la pertinencia del filo del cuchillo, la genial idea de colocar un asidero en uno de los lados de la taza. En eso, un ruido le devolvió a la conciencia de que se había quedado dormido. Sin abrir los ojos, hizo el camino de regreso hasta el lugar de la puerta secreta, pero no la halló. Tras unos segundos de angustia, levantó los párpados y vio que estaba sobre la cama de su dormitorio, solo que lo que antes había estado a la derecha se encontraba ahora a la izquierda y al revés.

Al día siguiente, en la oficina, cuando su jefe intentó perpetrar la primera humillación del día, Vicente le contempló con la admiración con la que había contemplado el pasillo de su casa o los cubiertos de la merienda. La idiotez de su jefe poseía la misma pertinencia e idéntica grandeza; resultaba un espectáculo observar aquella cara algo japonesa pronunciando unas tonterías tan perfectas. El espectáculo producía la fascinación de la naturaleza salvaje. Era inquietante ver cómo podía brotar tanta estupidez de un solo cuerpo.

Vicente no encontró nunca la puerta para regresar al otro lado, pero fue muy feliz en este admirando la oligofrenia de su jefe y el color del otoño y la forma de los automóviles... Y estaba tan ocupado admirando todo esto que ya nunca volvió a imaginar que le perseguían o que dirigía un museo de ciencias naturales.

Feliz daño nuevo

Vicente Holgado iba a llamar por teléfono, cuando escuchó a través del auricular una conversación que se había introducido en su línea.

—Hace un frío espantoso —decía la mujer.

—¿Por qué no llamas desde la oficina? —preguntaba él.

—Solo hay un teléfono y está en la mesa del jefe; no querrás que oiga lo que te digo.

—A mí no me importa...

—Quiero verte.

El deseo de la mujer provocó una burbuja de silencio que circuló a través de las conexiones para desembocar en el oído de Vicente Holgado, en cuyo interior estalló con la misma ausencia de estrépito que una pompa de jabón. Tras el silencio, llegaron los ruidos de la calle, que parecían colarse a través del teléfono desde el que hablaba ella, trenzados con la respiración de él, que tenía dificultades para responder sin perder el tono de neutralidad desde el que intentaba dominar la situación.

—Es mejor que no —dijo al fin, aunque de un modo que podía significar lo contrario, si lo contrario se producía a instancias de ella, liberándole a él del compromiso que podría significar un encuentro.

—Entonces, ¿por qué me has llamado? —reprochó ella—. Me había acostumbrado a tu ausencia, que es como poseer el negativo en lugar de la foto, y cuando ya estoy resignada, vuelves a llamar. Siempre haces lo mismo.

—No te llamé —respondió él—, dejé un mensaje en tu contestador, que es como enviar una postal, para desearte un feliz año. De verdad, te deseo lo mejor.

—Lo mejor sería que nos viéramos. Hace un frío espantoso aquí y encima hay un merodeador mirándome con odio porque no acabo.

—Bueno, si quieres, colgamos...

—No, he encendido un cigarro para que se dé cuenta de que va para largo.

Vicente Holgado dedujo que la mujer hablaba desde una cabina. Eran las diez de la mañana y por la radio habían anunciado temperaturas por debajo de los cero grados. Intentó imaginarla enfundada en un abrigo, con una bufanda alrededor del cuello y guantes de lana con manchas de nicotina.

—No te convengo —dijo él en un tono que pretendía resultar gracioso.

—Nunca has sabido lo que me conviene. No verte es como si me cortara las manos, pero cuando ya me acostumbro a estar sin ellas me crecen otra vez.

—Por eso no debemos vernos, porque a ti te crecen las manos y a mí las ganas de volver a verte y luego me siento muy mal.

—¿Por qué te sientes mal?

—Porque me parece deshonesto obligarte a mantener una relación sin horizonte.

Si no se tratara más que de una aventura, no me importaría, pero ya sabemos el daño que te hace esta historia cada vez que la retomamos.

Vicente Holgado comprendió que el sujeto tenía ganas de acostarse con la mujer sin que ello implicara ningún compromiso para la semana siguiente. Su estrategia verbal iba dirigida a arreglar una cita en estos términos, lo que significaría quedar libre de cualquier responsabilidad para el futuro. Desde su despacho —parecía hablar desde un despacho— manejaba el deseo de ella como un marionetista su muñeco.

—¿Y si te digo que prefiero el daño? Después de todo me dejaste un mensaje felicitándome el daño nuevo.

—Muy ingeniosa. ¿Sigue ahí el merodeador?

—Sí, da vueltas a la cabina como una alimaña. Creo que cuando salga me va a devorar sobre la acera.

—¿Cuánto dinero te queda?

—Todo el del mundo, estoy usando una tarjeta.

Vicente Holgado advirtió que el sujeto estaba algo angustiado por el merodeador, como si se identificase más con su necesidad que con la de la mujer.

—¿Va abrigado? —preguntó.

—¿Quién?

—El merodeador.

—Oye, tú, que dentro de la cabina hace tanto frío como afuera; además, tiene un respiradero en la parte de abajo por el que pasa una corriente más fría que tu conversación. Estaría bueno que te preocupara la alimaña esta más que yo.

—Ya sabes que siempre me identifico con el que se queda fuera.

—Yo me he quedado fuera de tu vida.

—Por eso te quiero, porque no estás dentro.

—Entonces, cómo soportas a tu mujer, que se ha metido hasta la cocina.

—No hables de mi mujer.

—Dime cómo la soportas.

—Es una cuestión que tiene que ver con mis reglas morales.

—¿Y en relación a mí no hay ninguna regla?

—No, tú representas el lado de la vida en el que no hay reglas.

—Hace frío. ¿Cuándo nos vemos?

—¿Sin reglas?

—Sí, sin reglas —cedió la mujer.

—Mañana, donde siempre, a las cuatro. ¿Qué se ve desde la cabina? —preguntó más relajado.

La mujer describió el paisaje urbano que contemplaba desde su encierro de cristal y Vicente Holgado comprendió que hablaba desde la cabina que había enfrente de su casa. Entonces, colgó, bajó corriendo las escaleras, atravesó la calle y vio salir de la cabina a una muchacha con la nariz roja por el frío. Se acercó a ella y en lugar de preguntarle la hora o pedirle un cigarro le dijo:

—No vayas, es un miserable.

El caso del perrito faldero

Tomé un taxi para ir de compras al centro. En seguida advertí que el taxista me observaba con insistencia a través del retrovisor. Pensé que me había reconocido y, aunque no soy muy vanidoso, la verdad es que me gustó. Me llamo Vicente Holgado; quizá usted haya oído también hablar de mí. Me dedico al cultivo de las plantas de interior, tema en el que soy un experto. Participo con frecuencia en algunos programas de radio dedicados a la jardinería conceptual y he intervenido también en la televisión para dar consejos o mostrar técnicas relacionadas con este arte sutil.

Al poco de deambular por las calles en dirección a mi destino, el taxista se volvió y me dijo:

—Yo le conozco a usted de algo.

—¿Sí? —pregunté ingenuamente.

—Me suena mucho su cara, sí señor.

—Bueno, quizá me haya usted visto en la televisión —dije con naturalidad, para darle una pista.

En realidad, estaba pensando en aconsejar al taxista poner plantas de interior en su coche. Se trata de una idea que se me ocurrió hace algunos meses. El taxi es un habitáculo perfecto para la instalación de pequeños jardines. En general, el salpicadero y la bandeja posterior están desnudos o llenos de objetos inútiles. Bastaría una pequeña capa de tierra bien abonada, sobre una bandeja hermética, para convertir el interior de los automóviles en pequeños jardines ambulantes. El cuidado de las plantas está indicado en algunos trastornos de origen nervioso como los que sufren los taxistas, de manera que estos jardines, además de embellecer su coche, les servirían como terapia ocupacional y como tema de conversación con los usuarios. En realidad, ya he patentado esas bandejas y espero hacerme rico con este negocio en los próximos años.

—Pues no, no es de la televisión —respondió el taxista tras reflexionar unos segundos.

—No sé —dije—. ¿Es usted aficionado a la jardinería?

—A mí me suena de haberle llevado en el taxi.

—Es posible —respondí algo ofendido—. Utilizo este medio siempre que voy a la radio o a la televisión. Tengo coche propio, pero no me gusta moverme con él por la ciudad.

—¿Usted no se montó el otro día en este taxi con un perrito pequeño en brazos?

—Yo no tengo perro —respondí ofendido—. Además, odio los perros pequeños. Creo que las casas son un buen lugar para tener plantas, que no necesitan moverse, pero resultan hartamente incómodas para los llamados animales domésticos.

El taxista me miró con desconfianza, como si le estuviera mintiendo. Después me

explicó que ese perrito pequeño le había orinado la tapicería y que como cogiera al dueño le iba a ajustar las cuentas. Como tengo cierta tendencia a reprocharme cosas que no he hecho, se me puso en seguida cara de culpable y el taxista, que se dio cuenta, empezó a detallar lo que haría con el dueño del perrito si volviera a echárselo a la cara. El resto del viaje fue una tortura, de manera que respiré con alivio cuando me dejó a la puerta de los grandes almacenes en los que iba a efectuar mis compras de Navidad.

Fui directamente a la sección de jardinería con idea de adquirir unas tijeras pequeñas, de las de podar bonsáis. Nada más llegar advertí que entre las dependientas se organizaba un pequeño revuelo; murmuraban entre sí señalándome, como si me hubieran reconocido. Sin duda, me habían reconocido. Era natural, si trabajaban en la sección de jardinería, estarían atentas a los programas de televisión dedicados al tema y me habrían visto en las ocasiones en las que había acudido como invitado. Eso me hizo sentirme bien y la verdad es que me quitó el mal sabor de boca que me había dejado el suceso del taxi. Por eso, después de haber elegido las tijeras de podar, me demoré todavía un poco para disfrutar de esa sensación de reconocimiento que solo conocemos quienes hemos alcanzado cierta fama. Pensé que al ir a pagar me dirían que no, que cómo iban a cobrar aquella tontería a Vicente Holgado, el experto en jardinería interior de la radio.

Me acerqué al fin a la caja con gran aplomo y pedí que me envolvieran las tijeras en papel de regalo. La dependienta estaba, a todas luces, nerviosa. Se lo noté porque apenas podía controlar una risita característica de estas situaciones. Para ayudarla un poco, pregunté con benevolencia:

—¿Me ha reconocido?

—Sí —respondió—. ¿Dónde ha dejado hoy al perrito?

—¿Qué perrito? —pregunté asombrado.

—Ese que era como una rata peluda, que traía usted escondido debajo de la chaqueta. En estos establecimientos está prohibido entrar con animales.

Averigüé que un sujeto muy parecido a mí había entrado hacía algunos días con un perrito, que se había escapado organizando un gran alboroto en los almacenes; las clientas se creían que era una rata.

Para recuperarme de este sofoco, entré luego en una cafetería y me pasó algo parecido. Finalmente, tuve que irme a casa sin hacer nada de lo que tenía previsto: en todas partes me identificaban con el loco del perrito. Lo curioso es que al llegar a casa, tras abrir la puerta e internarme por el pasillo, percibí un fuerte olor a excremento animal. Llegué a la cocina y vi un perrito comiéndose mi salchichón. Inmediatamente, lo arrojé por la ventana. Los vecinos me denunciaron y salí en el periódico. Ahora estoy pendiente de varios juicios, pues al verme en la prensa, empezaron a aparecer damnificados por todas partes. Seguramente, tendré que dejar lo de las plantas, porque ya no me llaman de la radio.

El cascabel de Telesforo

Unos días antes de que nos fuéramos de vacaciones, estaba desayunando de pie en la cocina, cuando oí gritar a mi mujer desde el pasillo:

—¿Sabes dónde se ha metido el gato, Vicente?

No contesté, aunque sabía que se dirigía a mí, pero sentí una gran extrañeza al escuchar mi propio nombre; quiero decir que, aunque sabía que me llamaba Vicente, se trataba de un conocimiento más bien teórico, como si fuera una información que alguien me acabara de facilitar («Tu nombre es Vicente»), pero que no estuviera aún incorporada a mi memoria afectiva ni formara parte de mi identidad. La extrañeza, por entendernos, era del mismo tipo que la que podría haber sentido si al levantarme esa mañana no hubiera reconocido como mío el pie derecho, por poner un ejemplo. O como si, al mirarme en el espejo, comprobara que la dentadura con la que amanecía aquel día no fuera la misma que con la que me había acostado el día anterior. El sonido de la palabra Vicente me pareció una prótesis: formaba parte de mí y servía para que mi mujer me preguntara si sabía algo de Telesforo, que era el nombre de nuestro gato, pero yo lo percibía como una pieza ajena a mi naturaleza, y por eso, porque se trataba de una prótesis, producía roces en la zona de mi personalidad a la que se había aplicado.

En la oficina me pasó lo mismo. Cada vez que alguien me llamaba por mi nombre yo sentía el malestar que imagino debe sentir el que estrena una pierna ortopédica o una dentadura postiza. Era muy doloroso responder al reclamo de Vicente porque entre ese nombre y yo no había ya ninguna relación. De todos modos, disimulé tanto en mi casa como en el trabajo y no creo que durante aquellos días nadie llegara a advertir que ya no me llamaba Vicente.

El gato no apareció. La cosa era muy rara, porque vivimos en un sexto piso, de manera que de haber escapado por una ventana habría muerto contra el suelo. Registramos todos los armarios y todos los cajones de la casa, además del maletero que recorre el pasillo; teníamos miedo de que el animal hubiera sufrido un infarto en alguno de esos escondrijos y que se descompusiera mientras estábamos de vacaciones. Pero no apareció por ningún lado. Mi mujer y mi hijo se llevaron un disgusto tremendo. A mí me dio un poco lo mismo porque, sin llegar a odiarle, mantenía con el animal una relación de distancia. Jamás le puse de comer ni lo llevé al veterinario. Lo único que hice por él fue rascarle la barriga en alguna que otra ocasión. Le daba mucho gusto.

El caso es que nos fuimos de vacaciones sin el gato, pero estábamos tan acostumbrados a él que a mí al menos me parecía escuchar de vez en cuando el sonido del cascabel que llevaba al cuello. Curiosamente, ese sonido me resultaba más familiar y tranquilizador que mi propio nombre.

A los pocos días de estar en la playa, mi mujer y mi hijo se olvidaron del gato y nuestra vida entró de nuevo en una etapa de aparente normalidad. Yo continué disimulando, como si me llamara Vicente, pero cada vez me costaba más soportar esa prótesis cuyo uso continuado empezaba a producir llagas en el muñón de mi identidad al que permanecía adherida. Por las mañanas, y en contra de lo que habían sido mis costumbres, me levantaba muy pronto y paseaba por el jardín de la casa que habíamos alquilado. No sabía lo que me estaba pasando, pero la extrañeza que sentía frente a mi nombre empezaba a extenderse a otras áreas de la existencia.

No le conté nada de esto a mi mujer, pues no quería añadir a la pérdida del gato, que empezaba a olvidarse, ninguna preocupación que contribuyera a enturbiar aquellos días en los que teníamos la oportunidad de estar juntos durante más tiempo del habitual. Para calmar la inquietud que me devoraba desde dentro hacia fuera, bajaba a la playa a primera hora de la mañana, antes de que mi familia se despertara, y corría por la orilla. Lo curioso es que encontraba placer en ello. Mi mujer se asombraba al verme tan activo, pues jamás había demostrado el menor interés por el deporte ni por el cuidado del cuerpo. Un día, después de comer, cuando iba a encender por costumbre un cigarrillo, sentí que el hábito de fumar era, como mi nombre, una especie de prótesis que no pertenecía a mi verdadera identidad, de manera que lo dejé sin ningún esfuerzo provocando el asombro de mi familia.

Lo único que me pasaba al correr es que me parecía escuchar el cascabel del gato desaparecido, de manera que llegué a pensar que quizá yo hubiera tenido algo que ver en esa desaparición y que la culpa se manifestaba de ese modo, con un tintineo del cascabel en las profundidades de mi conciencia.

Cuando se acabaron las vacaciones y regresamos a casa, comprobé que mi extrañeza frente a todo aquello que en otro tiempo me había resultado tan familiar como el nombre de Vicente había aumentado. Me asomaba a los armarios y a la nevera con una curiosidad que llamaba la atención de mi mujer y mi hijo y, cuando estaba solo en casa, me complacía en hurgar en el maletero como si hubiera allí algo que me concerniera, aunque no sabía qué. Por otra parte, el sonido del cascabel me acompañaba ya a todas partes, como si lo llevara yo mismo colgado del cuello. Un día, ordenando la despensa, encontré una lata de comida de gatos y, sin poderme reprimir, la abrí y me la comí entera. Lo más curioso es que no llegué a saber a fondo lo que estaba pasando hasta que un día mi mujer, al ver un gato igual que el que teníamos en la televisión, gritó:

—¡Telesforo!

Entonces, yo, con toda naturalidad, me volví y respondí:

—¿Qué quieres?

Rodilla herida

La echadora de cartas vio entrar a Vicente Holgado y, quizá en busca de un golpe de efecto, aventuró su signo: «Es usted Tauro, ¿verdad?». Vicente recordó que su padre era Tauro y pensó que posiblemente en el mundo de la videncia podían producirse estos desplazamientos que también se daban en otros órdenes de la vida. De todos modos, dijo que no y percibió un gesto de fastidio en la echadora.

—¿De qué signo es entonces? —preguntó.

—Inténtelo otra vez, por favor —suplicó Vicente. Le había costado mucho tiempo vencer las resistencias que le impedían acudir a que le leyeran el futuro y no quería perder la fe en la vidente antes de empezar.

Ella le contempló con la agudeza de quien calcula el precio de una falsificación y probó de nuevo.

—¿Aries?

Tampoco era Aries, pero le dio miedo contradecir a la vidente y exponerse a que su ira influyera en la lectura de su destino, de manera que asintió y se relajó al ver en el rostro de la bruja un gesto de satisfacción. Por otra parte, su mujer sí era Aries, por lo que si la teoría de los desplazamientos era cierta, el pronóstico solo estaba equivocado a medias.

A continuación la vidente desplegó las cartas sobre la mesa y compuso el gesto de interpretar aquel conjunto de símbolos terribles. Vicente reparó en seguida en el ahorcado y se arrepintió de haber acudido a la consulta. El silencio de la vidente le producía sudores fríos y su imaginación no dejaba de anticipar desgracias.

—Tiene un problema en la rodilla —dijo ella al fin en un tono que no dejaba el mínimo resquicio para la duda.

Vicente no tenía ningún problema en la rodilla, pero su mujer sí. De pequeña se había caído de una bicicleta clavándose la palanca del freno en la articulación. La operaron seis veces y le quedó una cojera perceptible y un dolor sordo que despertaba con los cambios de tiempo.

—Veo que tuvo un accidente cuando era pequeño. ¿Con una bicicleta quizás?

—Con una bicicleta, sí —respondió Vicente resignado—; me clavé el freno aquí.

—Y le duele cuando cambia el tiempo, ¿verdad?

—Cuando va a llover sobre todo.

—Bien —añadió la bruja satisfecha—. Veo cambios, muchos cambios.

—¿Cambios de tiempo? —preguntó Vicente horrorizado: Su mujer se ponía imposible cuando le dolía la rodilla.

—Cambios en su vida, cambios que no ha tenido valor para afrontar hasta el momento. Presiento que va a tomar usted decisiones muy pronto. ¿Ve el ahorcado?

—Sí —balbuceó Vicente.

—Quiere decir eso: cambio, renovación, muerte de lo viejo y vida nueva.

—¿Y la rodilla? ¿Dejará de dolerme la rodilla?

La mujer le miró compasivamente, como si no entendiera nada. Le estaba anunciando un cataclismo y él se preocupaba por la rodilla.

—La rodilla es lo de menos —dijo al fin—; quizá el dolor se vaya o quizá no. No importa mucho, las cicatrices nos recuerdan que somos mortales poniéndonos a salvo de ciertos delirios. Lo importante no es eso. Lo importante es que dentro de usted se abre paso una decisión que cambiará su existencia. La está cambiando ya. Pocas veces he tenido una videncia tan clara.

Vicente miró dentro de sí y no vio ninguna decisión abriéndose paso entre la rutina. Es más, su sueño era vivir en un mundo en el que no hubiera que tomar ninguna decisión. Aborrecía elegir, alcanzar determinaciones, llegar a acuerdos que implicaran algún gasto de energías. Por eso había tardado tanto en acudir a la vidente, porque no se decidía. No debía referirse a él, sino a su mujer, que era muy dada al hasta aquí hemos llegado y al a partir de hoy esto se acabó. Precisamente, llevaba un par de meses dándole vueltas a la idea de cambiar las cortinas del dormitorio. Quizá cuando llegara a casa ya las hubiera cambiado.

—¿Ve cambios en la decoración de la casa? —preguntó.

—Veo otra casa. Veo maletas y paquetes. Esta carta significa un viaje, pero puede ser un viaje simbólico, un viaje interior.

Vicente sabía que no era eso: su mujer llevaba dos años con la idea de cambiar de casa y él había opuesto a ese capricho toda la resistencia pasiva que era capaz de poner en marcha. Le aterraba la idea de mudarse, de pedir créditos, de firmar letras. Cuando llegara a casa, pensó, la animaría a cambiar las cortinas de todas las ventanas, incluso se mostraría dispuesto a hacer una pequeña obra en la cocina: cualquier cosa menos una mudanza.

Tras despedirse, salió cojeando de la consulta para no decepcionar a la vidente, y al alcanzar la calle se dio cuenta de que ya no podía dejar de cojear, lo que le hizo cierta gracia. Llegó a casa dispuesto a pactar con su mujer algunos cambios, pero su mujer no estaba. El armario de la habitación estaba abierto y faltaba la ropa de ella. Vicente recorrió perplejo la casa contabilizando todas las ausencias mientras intentaba encajar el golpe. Finalmente, entró en el baño y, mientras descargaba la vejiga, sonó en el interior de su cabeza una frase que él no había conseguido articular: Me ha abandonado. Luego, sobre la nevera, encontró una carta en la que se certificaba el abandono y en la que se le deseaba lo mejor para el futuro.

Vicente, cojeando todavía, fue hasta el balcón y observó las luces mortales de la tarde. El horizonte venía cargado de nubes de tormenta. Llovería: el dolor de la rodilla se había despertado.

Las creencias de Vicente Holgado

Cuando Vicente Holgado dejó de creer en Dios, comenzó a creer en los insectos. Había leído en algún sitio que en el caso de un desastre nuclear los únicos animales con capacidad para sobrevivir serían estos. Desde entonces comenzó a mirarlos con mucho respeto sorprendiéndose de que algo que era tan fácil matar con la mano, o con la zapatilla, fuera capaz de resistir las radiaciones del holocausto nuclear. Un día metió en el bolsillo de un pantalón sucio orugas, arañas, tijeretas y varias especies de escarabajo, y lo introdujo en la lavadora sometiéndolo a un programa de hora y media a ochenta grados de temperatura. El resultado fue sorprendente: sobrevivió el treinta por ciento de los animales y los otros, aunque muertos, no presentaban mal aspecto. Nunca más se atrevió a matar a un mosquito o a pisar a una cucaracha; aquella especie destinada a sobrevivirnos mereció durante algunos meses toda su admiración y sus cuidados. Se compró libros y cintas de vídeo donde se analizaban sus costumbres, su evolución, su futuro. Pero finalmente se cansó, como se cansaba de todo, y dejó de creer en los insectos.

Entonces comenzó a creer en las ratas. Leyó en enciclopedias y folletos que en las grandes ciudades tocaban a cuatro o cinco ratas por habitante. De acuerdo con algunas informaciones, estos animales poseían una capacidad de mutación sorprendente, por lo que en seguida se adaptaban a los venenos concebidos para su exterminio, obligando a los laboratorios a investigar sin pausa en una carrera que hasta ahora venían ganando los roedores. Aprendió que las ratas tenían una organización social muy parecida a la de los seres humanos, con la ventaja sobre estos de reproducirse a mayor velocidad y de poder alimentarse de los cadáveres de su propia especie. Eran, además, portadoras sanas de la peste bubónica, enfermedad capaz de diezmar en poco tiempo a poblaciones sanitariamente bien equipadas. Su inteligencia y su crueldad poseían rasgos marcadamente humanos y eran, como los humanos también, capaces de hacer guerras. A propósito de esto, Vicente Holgado tuvo acceso a una documentación que relataba un largo conflicto habido en Nueva York entre las ratas del campo y las de la ciudad. Por lo visto, hacia 1920, cuando el crecimiento de Nueva York llevó sus fronteras hasta zonas que hasta el momento se habían considerado rurales, entre las ratas de ambos lados estalló una guerra que duró muchos años y de la que salieron vencedoras, finalmente, las ratas de la ciudad, que estaban mejor equipadas y se habían acostumbrado a soportar condiciones adversas. A Vicente Holgado le resultaba fascinante la idea de ese submundo al que vivíamos ajenos, pero cuyos habitantes nos sobrevivirían en el caso de una epidemia de peste que acabara con la población mundial.

Pero también se aburrió de las ratas. Comenzó entonces a creer en los platillos volantes. Leyó libros, vio películas, conectó con grupos dedicados a la investigación

extraterrestre, y llegó a la conclusión de que ese era el territorio que de verdad le interesaba. Convencido de que entre nosotros había seres de otros planetas o de otras galaxias que habían venido a salvarnos de nosotros mismos, se dedicó a investigar entre sus vecinos y compañeros de trabajo buscando en ellos signos que delataran alguna condición extraterrestre. Lo que más ambicionaba en esos momentos de su vida era ser elegido como intermediario entre esos seres y los habitantes de la tierra. Se imaginaba en la radio, en la televisión, en los teatros y en los campos de fútbol transmitiendo los mensajes de los bondadosos seres galácticos. No logró conectar con ninguno.

Pero esta vez, lejos de desanimarse, perfeccionó sus métodos. Se le ocurrió que quizá marcando números de teléfono al azar daría un día al otro lado del hilo con un extraterrestre, que premiaría sus desvelos y le llevaría a visitar un platillo volante. Así que se pasaba las tardes frente al teléfono combinando números y preguntando a quienes le contestaban si por casualidad en aquella casa vivía algún extraterrestre. Procuraba no marcar, naturalmente, los números de familiares o amigos, pero un día el subconsciente debió traicionarle y marcó mi número de teléfono.

—Perdone que le moleste —dijo—, solo quería saber si vive en esa casa, por casualidad, algún extraterrestre.

Reconocí su voz en seguida y tras unos segundos de duda decidí ayudarlo. Deformé mi voz para no ser reconocido y dije:

—¿Llama usted del Ministerio del Interior o del Alto Estado Mayor?

—No, no, soy un particular dedicado a la causa platillista y deseo conectar con algún ser de otra galaxia.

—Está usted hablando con uno. Ignoro cómo me ha localizado, pero lo cierto es que provengo de la galaxia Hansel. Mi nombre clave es Gretel y estoy en la Tierra en misión de paz. ¿Se acuerda usted del número que ha marcado?

—No, lo he marcado por casualidad y ya no me acuerdo.

—Bien, es mejor así.

—¿Podríamos vernos? —preguntó lleno de ansiedad.

—En realidad, no —respondí—. Soy una cucaracha. Es verdad que los extraterrestres estamos aquí desde hace mucho tiempo, pero aún no hemos logrado adoptar la forma humana. De momento nos corporeizamos en insectos y tenemos prohibido conectar personalmente con los humanos hasta no lograr formas de vida superiores. Ahora debo dejarle no sin antes decirle que debe tratar a los insectos mejor que lo que lo hace el resto de su especie.

Colgué. De este modo Vicente Holgado volvió a creer en los insectos, a quienes dedicó su vida durante una larga temporada. O sea, hasta que sus vecinos lo denunciaron por tener el piso lleno de cucarachas, moscas, moscardones, tijeretas, arañas, etcétera. Entonces, llegó una brigada del Ayuntamiento y lo desinsectó sumiendo a Vicente en la locura.

No podía pensar en otra cosa

A Vicente Holgado no se le quitaba aquella imagen fantástica de la cabeza: veía una sala amplia con butacas de terciopelo y espejos de marco torturado en las paredes. Había dos mujeres sentadas alrededor de una mesa conversando con él, que permanecía casi tumbado en un sofá cercano. Las dos mujeres eran tan distintas que podrían ser complementarias. Aunque Vicente veía con claridad la imagen, no era capaz de escuchar lo que decían. Se trataba de una fantasía sin sonido; los labios se abrían y cerraban fabricando una materia invisible que circulaba entre los tres provocando risas mudas, enfados insonoros. En cierto modo, Vicente contemplaba la escena como si esta tuviera lugar al otro lado de una pecera.

Sin embargo, estaba seguro de que la relación entre aquellas dos mujeres y él estaba marcada por el sexo. Lo curioso, o quizá lo irritante, es que no progresara, como si se tratara de un preámbulo eterno. Imaginó un libro con un prólogo infinito que fuera preciso atravesar para alcanzar la materia propia del volumen. La única garantía del lector de ese libro es que jamás llegaría al punto de partida. Quizá, pensó, todo en la vida es prólogo, discurso preliminar, preámbulo; pero entonces, ¿cuál sería la materia de la existencia?

En realidad, no tenía mucho interés en dilucidar estas cuestiones de orden filosófico, pero procuraba entretenerse en ellas para ver si conseguía dejar de imaginar aquella escena. Sin embargo, al poco de iniciada la reflexión aparecía alguna palabra que le devolvía de nuevo a la sala imaginaria donde dos mujeres conversaban con él. Todo remitía a lo mismo, como cuando uno está enamorado y encuentra en todas partes el reflejo de la persona amada. La diferencia es que el enamorado vive de eso, mientras que Vicente empezaba a sentir que aquella imagen obsesiva le mataba.

Un día iba en el autobús, de pie, cogido a la barra, ensimismado en la contemplación de su película interna, cuando decidió mover a los personajes para ver si sucedía algo nuevo. Imaginó, pues, que abandonaba el sofá sobre el que permanecía recostado y dejaba a las dos mujeres conversando entre sí, mientras él se dirigía a una puerta situada al fondo de la sala. Sin embargo, poco antes de llegar, la puerta se diluía en el muro y Holgado no veía frente a sí otra cosa que la pared. Las mujeres, desde su sitio, contemplaban su decepción y sonreían con malicia. Entonces Vicente se dirigía imaginariamente a otra puerta, pero lo cierto es que todas desaparecían justo en el momento en que estaba a punto de alcanzarlas. Lo intentó también con las ventanas y sucedió lo mismo. Solamente al regresar al sofá se reinstauraba el orden arquitectónico anterior. La condición para que la sala gozara de puertas y ventanas es que uno no se asomara a ellas.

En esto, le vino de la realidad un grito que llevaba sonando desde hacía algún

tiempo. Movi6 los ojos y vio al conductor del autob6s repiti6ndole que habían llegado al final del trayecto. Vicente mir6 alrededor y comprob6 que no quedaba ning6n pasajero. Se baj6 aturdido y comenz6 a caminar en cualquier direcci6n con gesto preocupado: aquel despiste significaba que la fantasía le absorbía hasta el punto de obligarle a romper v6nculos con el mundo exterior. Le angusti6 brevemente la posibilidad de que creciera el proceso de absorci6n, pero en seguida se olvid6 de esta posibilidad, pues mientras caminaba había regresado a la sala imaginaria en la que conversaba con dos mujeres imaginarias. Cruzaba las calles prestando una atenci6n mecánica a los coches y a los transeúntes, como si su cuerpo fuera dirigido por una suerte de piloto autom6tico ajeno a su conciencia.

En esto, una de las mujeres cruz6 las piernas y su falda se elev6 por encima de la parte sociable de los muslos. Vicente pens6 que quiz6 el prólogo llegaba a su fin y aceler6 inconscientemente el paso excitado por esta posibilidad. La situaci6n, sin embargo, se estabiliz6 en seguida, y al poco ese gesto perdi6 significado. Intent6 pensar en otra cosa y para ello recurri6 a contar los pasos que daba, a tararear melodías conocidas, a recitar textos aprendidos en la infancia. Todo era inútil, la imagen de la habitaci6n volvía obsesivamente como si en torno a ella se articulara la existencia. Vicente comprendi6 de golpe el significado brutal de no poder pensar en otra cosa. No poder pensar m6s que en una cosa quería decir estar en una c6rcel cuyas rejas, en lugar de fuera, estaban dentro, lo que no las hacía menos eficaces. Pero no pens6 en ello m6s de quince segundos, pues en seguida fue reclamado otra vez por la fantasía.

De repente, meti6 el pie en un agujero y eso le hizo volver a la realidad. Mir6 a su alrededor y comprendi6 que no sabía d6nde estaba; en cualquier caso, se trataba de una calle desconocida, desprovista de puntos de referencia que le permitieran aventurar siquiera la zona de la ciudad en la que se encontraba. Entr6 en una cafetería con idea de preguntar, pero antes de llegar a la barra vio en la pared de la derecha un espejo muy parecido a uno de los que había en la fantasía de las dos mujeres. Inmediatamente advirti6 que el interior del bar era una réplica de la sala imaginaria. Efectivamente, al fondo conversaban tambi6n dos mujeres. Holgado pidi6 un caf6 y fue a sentarse cerca de ellas para escuchar su conversaci6n.

—No puedo pensar en otra cosa —decía una de ellas.

—Tampoco yo —respondía la otra—; desde que me levanto hasta que me acuesto no dejo de darle vueltas a lo mismo. Es enloquecedor.

Vicente aguz6 el oído, pero ellas parecieron darse cuenta de su inter6s y, tras sonreír con malicia, bajaron el tono de voz, de manera que solo le llegara un murmullo. Entonces, avergonzado, dej6 unas monedas sobre la mesa y se levant6 para irse. Pero cuando iba a alcanzar la puerta, esta se diluy6 en el muro y Vicente comprendi6 que estaba atrapado.

Cómo triunfar en la vida

Vicente Holgado era un ingenuo. Un día vio un libro titulado *Cómo triunfar en la vida*; en seguida pensó que le bastaría leerlo para alcanzar el éxito. Lo compró, lo leyó y no entendió nada. Su idea del triunfo, aunque algo abstracta, no guardaba mucha relación con lo que vio en aquellas páginas. No entendió, sobre todo, qué tenía que ver el éxito con la dieta alimenticia, pues varios capítulos del libro estaban dedicados a este asunto. Hubo, sin embargo, algo que le llamó la atención: y es que en el capítulo décimo, donde se mostraba el ingenio de algunos hombres para ganar dinero, se contaba la historia de un sujeto de Nueva York que puso en la prensa el siguiente anuncio: «Si quiere hacerse rico en quince días, envíe 50 dólares al apartado de correos número tal». Por lo visto, el hombre recibió miles de cartas a las que contestó con esta breve frase: «Haga lo mismo que yo».

Contaba el libro que el sujeto en cuestión fue llevado a los tribunales sin éxito, pues pudo demostrar que efectivamente se había hecho rico en dos semanas con tan sencillo método. Vicente Holgado estuvo dándole vueltas al asunto durante algunos días. Nunca había figurado entre sus objetivos el de hacerse rico, pero le asombró la simpleza del mecanismo por el que alguien había llegado a serlo. Además, le fascinaban las cartas, los anuncios, el teléfono y en general todo aquello que servía para poner en contacto a personas que no se conocían. Durante una época de su vida había leído con pasión la sección de contactos de una revista misionera y se había carteadado con gentes que vivían en Australia y que tenían aficiones como la filatelia, la ornitología, la interpretación de los sueños o la botánica.

Aquel invierno andaba mal de fondos, pues de repente se había aficionado a las antigüedades y había consumido en ellas más dinero del ahorrado en los últimos años. De manera que decidió probar suerte con el sistema americano y colocó en la prensa local, en la sección de anuncios por palabras, el siguiente reclamo: «Si quiere hacerse rico en quince días, envíe 5000 pesetas a tal dirección». Puso su domicilio particular, pues no sabía lo que era un apartado de correos. Además, eligió —de los dos periódicos que había en su ciudad— el de menor tirada porque era también el de tarifas más bajas. Por otra parte, y dada la rareza del asunto, en la redacción no sabían muy bien dónde colocarlo, y su anuncio acabó en la sección de *Relax*, mezclado con los de las casas de masajes y las prostitutas que ofrecían sus servicios a domicilio y hotel. En resumen, Holgado no tuvo en cuenta las diferencias existentes entre Nueva York y su pequeña ciudad de provincias, ni entre el *New York Times* y el mínimo periódico dedicado a airear los asuntos de su localidad.

El resultado fue que recibió seis cartas de otros tantos graciosos que le preguntaban por el tamaño de su sexo o por sus perversiones favoritas, y una sola con las cinco mil pesetas y una demanda urgente de soluciones para alcanzar la riqueza.

Vicente pasó unos días atroces, pues no sabía qué contestar al pobre señor. Además, vivía permanentemente corroído por la culpa, pues pensaba que quizá le había robado cinco mil pesetas a alguien muy necesitado. No podía, por otra parte, contestarle que hiciera lo mismo que él, pues era evidente que seguía tan pobre como antes.

Finalmente, cuando la culpa alcanzó una intensidad insoportable, decidió ir a ver al ingenuo que le había enviado el dinero para devolvérselo y pedirle disculpas. El sujeto vivía en una casa baja del extrarradio, donde regentaba una mercería situada al lado de un hipermercado. Cuando entró en el establecimiento, se le cayó el alma a los pies; al agacharse a recogerla, vio que el suelo estaba cuarteado y lleno de insectos de todos los tamaños.

—¿Don Felipe Gascón? —preguntó a un tipo que estaba al otro lado del mostrador.

—Yo soy —contestó el sujeto.

—Mi nombre es Vicente Holgado y soy el autor del anuncio de cómo hacerse rico.

—Por fin —respondió el hombre saliendo del mostrador—, llevo una semana esperándole. Fíjese en qué situación estoy. Desde que han puesto el hipermercado ese ahí al lado no vendo ni un botón. Dígame, por favor, cómo puedo hacerme rico en quince días.

Vicente Holgado no tuvo valor para confesarle que su sistema era un desastre, aunque en América había funcionado bien. De manera que le explicó que en España era muy difícil hacerse rico en quince días si no se era rico previamente. Que había habido una errata en el anuncio, pues iba dirigido a la gente que ya era millonaria, pero en el periódico habían omitido ese dato.

El hombre de la mercería no atendió a las explicaciones de Vicente y tampoco quiso aceptar las cinco mil pesetas que este trataba de devolverle. Él solo quería hacerse rico, aunque no fuera en quince días. Vicente comprendió que no podía decepcionarle y le prometió que estudiaría su caso. Hizo un plan de viabilidad que consistía en convertir la mercería en guardería para custodiar a los niños de los matrimonios que iban al hipermercado mientras estos realizaban sus compras. Todo fue bien hasta que Vicente —enloquecido por su éxito— se autoproclamó director del establecimiento. Empezó a meter a los niños en armarios para sacar mayor rentabilidad al espacio, de manera que algunas veces los devolvían asfixiados, lo que molestaba a los padres, aunque no a todos. El local fue cerrado por no reunir condiciones, pero Vicente consiguió quedarse dentro y durante unos días, los más oscuros de su vida, recordó con nostalgia aquella época en la que en sus tarjetas de visita ponía *Consultor de Empresas, Planes de Viabilidad a Domicilio y Hotel*.

El dueño de la mercería consiguió colocarse en el hipermercado.

Viaje al páncreas

Durante algún tiempo estuve recibiendo invitaciones para asistir a unas reuniones organizadas por lo que parecía una de las numerosas sectas que están creciendo como hongos al amparo de la pérdida de prestigio de las religiones oficiales. Ignoraba cómo podían haber conseguido mi dirección hasta que estalló el escándalo del tráfico de datos. El caso es que decidí acudir a una de estas reuniones aquejado por una suerte de curiosidad morbosa. Cuando llegué, ya habían empezado a trabajar. Me senté discretamente en una de las últimas filas y escuché al predicador, que en esos momentos criticaba ásperamente a quienes gastaban su dinero en viajar a lugares exóticos, cuando ni siquiera conocían su páncreas, su corazón o su intestino. «¿Para qué quiero ir a África —decía enardecido el orador—, si todavía no conozco mi hígado?».

El argumento estaba bien construido y su eficacia era patente en el rostro de quienes escuchaban. Además, me dije, quién me asegura que es más bello un atardecer africano que un cólico hepático. Me imaginé situado por un momento en el corazón de esa glándula productora de bilis y acepté que era mucho más impresionante ver aquello que las cataratas del Niágara. El problema era cómo hacer aquel viaje para el que no hacía falta pasaporte ni billete de ninguna clase.

El orador me dio en seguida la respuesta. Nos ordenó a todos que nos relajáramos con un par de inspiraciones fuertes y que imagináramos a continuación que salíamos por unos instantes de nuestro cuerpo y que volvíamos a entrar en él por la boca o por las fosas nasales. A mí me habría gustado más entrar por las fosas nasales, pues la boca la tengo muy vista a través del espejo, pero esos días andaba un poco acatarrado y deduje que no sería fácil abrirse camino entre unas membranas inflamadas. Llegué sin dificultad a la laringe y descendí con cuidado por la tráquea cogiéndome a los bordes de unos anillos cartilagosos como si fueran los peldaños de una escalera. A medida que descendía por aquel tubo orgánico, la oscuridad dificultaba mis movimientos. Entonces saqué del bolsillo una linterna imaginaria, tal como nos había aconsejado el orador, y visualicé dos cilindros que resultaron ser los bronquios. Me introduje por el derecho, inflamado a causa de una bronquitis crónica, y caí en el pulmón, un lugar lleno de oquedades y membranas, donde había fuertes corrientes de aire. Temí agravar mi constipado y regresé por donde había venido. En el ascenso por el tubo de anillos cartilagosos de la tráquea perdí mi linterna, que cayó en aquellas profundidades orgánicas sin hacer un solo ruido que me permitiera localizar a oído el lugar de la caída.

Descendí a oscuras palpando a ciegas los lugares donde había suelo, pero no conseguí encontrarla. Entre tanto, un virus me dio un mordisco en la mano derecha y otro tiró de mí intentando arrastrarme hacia un lugar donde, por los golpes que se

oían, parecían estar de obras. Deduje que debía encontrarme cerca del mediastino, la cavidad donde se aloja el corazón. Desesperado, decidí abandonar la búsqueda de la linterna y comencé un penoso ascenso a ciegas que, después de mil dificultades, me situó de nuevo en la boca. En ese momento se me abrieron los ojos y regresé a la realidad. Mi pulso estaba alterado y a pesar de que la sala carecía de calefacción sudaba por todos los poros de mi cuerpo. Realmente, aquello había sido una aventura mucho más fuerte que cualquier viaje al corazón de la selva amazónica.

Cuando recuperé la normalidad, miré en torno y vi al resto de los asistentes con los ojos cerrados y en actitud relajada. Continuaban impassibles su viaje hacia el páncreas, donde Dios sabe qué clase de emociones les esperaban. El orador, al que yo había dejado de escuchar, quizá por falta de práctica, a la altura del quinto anillo cartilaginoso de la tráquea, continuaba hablando con voz pausada y sugestiva. Todo, según él, era un problema de visualización. Aquel que consiguiera visualizar el interior de su cuerpo con las técnicas aprendidas en otras reuniones, contemplaría formaciones arborescentes, cataratas de líquidos verdosos, cráteres lunares, estrellas, cometas y constelaciones, puesto que el cuerpo era un resumen del universo mundo. Recomendaba caminar sin prisas, disfrutando de la visión de glándulas, vísceras, líquidos y sólidos; recomendaba también que en aquel viaje hacia el fondo de uno mismo se detuvieran en aquellos órganos aquejados de alguna patología para sanarlos con las técnicas de la visualización. Por lo visto, cuando tienes una úlcera de estómago, por ejemplo, basta con visualizar el órgano dañado como si estuviera sano y la enfermedad comienza a remitir. Naturalmente, según pude averiguar, esto no se consigue en una sesión, ni en dos, pero si uno lo practica con cierta constancia obtiene resultados más espectaculares que la cirugía y a menor costo.

Al rato, los viajeros comenzaron a regresar contando maravillas del páncreas y de las cataratas de jugos que este volcaba en el estómago para colaborar al proceso digestivo. En general, el hígado les había gustado poco, debido a su forma irregular, aunque todos estaban de acuerdo en que los riachuelos de bilis que lo recorrían eran de una belleza singular. En esto, advertimos que uno de los asistentes continuaba postrado. El orador se acercó a él y, tras examinarlo, afirmó que se había perdido en alguna zona del intestino grueso y que no encontraba el camino de salida. Todos nos quedamos muy preocupados y yo me fui cuando el orador dijo que intentaría ayudarlo a salir a través del recto. Pero ahora llevo unos días con un dolor tremendo en el pulmón derecho, como si tuviera alojado en él algún objeto extraño. Me da pánico pensar que sea la linterna, pero no quiero volver a recogerla, no sea que me extravíe, como el otro, y tenga que quedarme a vivir en ese sitio lleno de agujeros y de corrientes de aire. Qué vida.

El cuerpo como cárcel

Me había desplazado a una ciudad, cuyo nombre no viene al caso, para dar una conferencia, cuando me atacó la gripe. Empecé a notar su presencia en el avión, a través de unos mensajes doloridos que la masa muscular de mi cuerpo enviaba a los centros nerviosos. Me encogí un poco en la butaca y realicé un par de sortilegios con la esperanza de que los síntomas se atenuaran o se aplazaran hasta mi vuelta a casa. No fue así. Cuando llegué al hotel que los patrocinadores de la conferencia me habían reservado, la fiebre había ascendido desde las ingles, había atravesado las oquedades gástricas y pulmonares, y se había instalado en la frente. Eran las cuatro de la tarde y la conferencia estaba programada para las siete. No me pareció bien suspenderla y decidí aguantar, de manera que ingerí un antipirético, dos analgésicos y medio litro de agua, descansé un poco, y a la hora prevista me lancé a la calle y tomé un taxi dispuesto a acabar cuanto antes con aquello.

Cuando subí a la tarima y observé al público, me atacó una sensación de irrealidad estimulante. Abrí la boca y comencé a hablar como si no tuviera ninguna responsabilidad en lo que dijera. Busqué, como siempre, entre el público alguien a quien dirigirme y encontré en la tercera fila a un sujeto de aspecto inquietante que se convirtió en el receptor de mis miradas. Todo fue bien, si exceptuamos el dolor de oídos que se manifestó en el tramo final de mi discurso y el empeño de los organizadores en invitarme a cenar tras acabar el acto. Tomé tres pastillas más y decidí continuar aguantando para no parecer descortés.

En la cena me tocó al lado el sujeto de la tercera fila, que en el segundo plato ya había conseguido acaparar toda mi atención. Me contó una historia increíble que llevó hasta el límite el sentimiento de irrealidad proporcionado por la fiebre y los fármacos. Según él, su cuerpo estaba habitado por dos identidades diferentes, pero no se trataba de un caso de esquizofrenia, sino de cohabitación. La identidad del que había acudido a aquella cena, y que ahora se dirigía a mí, era la de un ilusionista desaparecido durante una actuación, hacía algunos años, en la misma sala donde yo había dado mi conferencia. Por lo visto, hizo un número que consistía en desaparecer del escenario y, por razones que ignoraba, había desaparecido de verdad. Me explicó que durante algún tiempo había vagado, invisible, por las calles a la espera de que algún milagro le hiciera recuperar la corporeidad. Pero los meses fueron cayendo sin que el milagro llegara a producirse. Al principio, según me dijo, había sido divertido resultar invisible, pero con el tiempo la sed de cuerpo había alcanzado un grado de necesidad insoportable. Era muy duro no poder tocar las cosas que veía. Desde su invisibilidad, hasta las enfermedades se habían convertido en algo deseable; cualquier cosa era buena con tal de volver a poseer un cuerpo visible, vulnerable, mortal.

El caso es que en su vagar como alma en pena por los rincones de aquella ciudad,

que era la suya, había entrado una noche en una casa donde agonizaba un funcionario de correos. La familia rodeaba al moribundo con expresión de dolor, mientras el médico masajeara con desesperación su pecho en la esperanza de que el corazón se pusiera nuevamente en marcha. El hombre invisible contempló la escena envidiando al agonizante; cualquier cosa era preferible a aquella ausencia de cuerpo que le había hecho olvidar la sensación de dolor, de placer, de hambre. Entonces tuvo una idea: se metió por la boca del moribundo acoplando las partes de su cuerpo invisible a las del cuerpo agonizante, como si estuviera calcando un dibujo. Inmediatamente, el funcionario de correos abrió los ojos y empezó a respirar para sorpresa de los presentes. Al mismo tiempo, el ilusionista empezó a percibir sensaciones corporales. Aquello era un éxito. Tal fue su júbilo que saltó de la cama dando un grito de alegría que por poco le cuesta un infarto a la casi viuda.

Aquella noche cenó copiosamente y le hizo el amor siete veces a la esposa del funcionario. La recuperación de las sensaciones corporales, aunque el cuerpo no fuera suyo, le producía una euforia sin límites. Pero en seguida empezaron las desgracias. Al parecer, el alma del funcionario de correos no había llegado a abandonar el cuerpo y durante los días que siguieron comenzó a recuperarse y a exigir un comportamiento más moderado al alma del ilusionista. De entrada, el funcionario tenía un temperamento muy metódico y ponía el cuerpo en pie a las seis de la mañana para hacer gimnasia antes de ir a trabajar. Al ilusionista le gustaba trasnochar y aquellos madrugones le mataban. El funcionario resultó ser vegetariano, de manera que a medida que tomaba posesión de su territorio corporal iba reduciendo al hambre al ilusionista, que empezó a detestar tener cuerpo, lo que pasa es que ahora no conseguía salir de él. Total, que la vida comenzó a resultarle insoportable, porque el cuerpo solo obedecía a sus dictados cuando al otro, por encontrarse enfermo o triste, le bajaban las defensas. «Ahora mismo —me confesó— el funcionario está con gripe y puedo hacer lo que quiera con el cuerpo, pero qué coño voy a hacer con un cuerpo febril; lo único que me apetece es meterme en la cama».

Era lo mismo que me apetecía a mí, a pesar de lo apasionante de la historia. Cuando llegué al hotel, tenía treinta y nueve de fiebre y unas ganas terribles de que alguien me cuidara. Dormí mal y al amanecer vomité la cena. Entonces empecé a mejorar, como si hubiera expulsado al mismo tiempo un alma que no me correspondiera, pero que hubiera anidado en mi cuerpo en un tiempo remoto. Y es que todos llevamos dentro un ilusionista y un funcionario cuyos deseos son incompatibles. En algún momento de la vida hay que echar a la calle a uno de los dos.

El día en que operaron a Mamá

El día que operaron a Mamá, me costó dormirme, y luego, al revolverme entre las sábanas, me despertó un contacto duro, como si en el interior del colchón hubiera crecido un bulto del tamaño de mi cuerpo que se moviera al mismo tiempo que yo. Sin abrir los ojos, disfruté un rato de la rareza de esa sensación hasta que la presencia comenzó a resultar inquietante; entonces, me incorporé angustiado y el bulto se retiró hacia las profundidades. Tenía sed, pero me dio miedo ir a la cocina, de manera que volví a recostarme e intenté pensar en cosas agradables para relajarme y dormir. Sin embargo, todo lo que se me ocurría, aunque pareciera agradable, sucedía en una atmósfera que acababa anulando esa primera sensación. Por ejemplo, me imaginaba a mí mismo sentado en un sofá, junto a una mujer de la que estuve enamorado sin que ella hubiera llegado a saberlo. La escena resultaba apacible, aunque la mujer carecía de rostro (nunca consigo recordar el rostro de las mujeres que me gustan); nos cogíamos de la mano y nos mirábamos, mientras a nuestro alrededor la gente se movía con un sigilo raro que invitaba a la confidencia y al susurro. Yo visualizaba sus manos y los anillos de sus dedos, así como su escote, sin dificultad. En cuanto al rostro, sustituía su ausencia con una prótesis imaginaria que, a diferencia del resto de su cuerpo, poseía una rigidez un poco cadavérica. Todo estaba más o menos en orden cuando, sin que interviniera mi voluntad, la escena se ampliaba con el resultado de encontrarnos en un velatorio.

A partir de ahí, mi imaginación se disparaba en dirección al catafalco y aumentaba el desvelo. Intenté poner en marcha dos o tres fantasías con idénticos resultados, de manera que finalmente abrí los ojos y jugué a encontrar en la oscuridad los límites de la habitación sin conseguirlo. Me incorporé y levanté la persiana, para que entrara la luz de las farolas de la calle. Después encendí un cigarro y me entretuve contemplando las sombras del techo. Habría dado cualquier cosa para que fuera de día, pero apenas eran las tres de la madrugada.

Mientras fumaba boca arriba, percibí unas sensaciones en la espalda, como si dentro del colchón se moviera algo en busca de acomodo. Me quedé quieto o, más bien, rígido, hasta que el bulto se pegó a mi espalda dejando entonces de moverse. La impresión es que se trataba de un volumen del mismo tamaño de mi cuerpo que buscaba, en relación a él, una postura especular. Desplacé con cautela la pierna derecha y la pierna del bulto se movió con la fidelidad de una imagen en el espejo.

Apagué el cigarro y me di la vuelta intentando ignorar la evidencia. El bulto se dio la vuelta al mismo tiempo, así que me sentí reposando sobre el perfil de un cuerpo idéntico al mío del que solo me separaba la tela del colchón y de la sábana. La alucinación comenzaba a durar demasiado. Me levanté de un salto al tiempo que encendía la luz y vi sobre la superficie de la cama unos movimientos ondulatorios

semejantes a los del agua cuando algo se agita en sus profundidades.

Pasé el resto de la noche sentado en una silla, al lado de la cama, contemplando el colchón con la fascinación con la que otros contemplan el océano. Afortunadamente, el terror había alcanzado ya ese grado en el que empieza a resultar soportable.

Al amanecer, agotado, me quedé dormido sobre la silla hasta que sonó el teléfono ya algo avanzada la mañana. A la luz del día, me pareció absurda la historia que había vivido; toqué el colchón, incluso me revolqué en él, sin notar nada extraño. A pesar del cansancio, me sentía ligero y con ganas de vivir. Desayuné con ganas y recorrí la casa tomando posesión de ella, asombrado de no haber sido capaz, durante la noche, de llegar hasta la cocina.

Una inquietud difusa, sin embargo, se había instalado en mí. En la oficina me comporté como siempre y nadie notó que me sentía un poco lejano, como si me hubieran dejado de interesar las cosas de siempre. La verdad es que estaba obsesionado con el bulto, y a medida que pasaba el día me di cuenta de que tenía miedo de no volver a verlo o a notarlo. Estaba, pues, apresado entre el bulto y su ausencia como entre dos terrores en apariencia incompatibles. Creo que mientras comía en el bar de la esquina hubo un momento en el que supe que el resto de mi vida estaría dominado por ese doble movimiento, pero lo olvidé en seguida, como todas las cosas que nos conciernen en lo que es esencial.

Por la tarde, telefonearon del hospital y abandoné precipitadamente la oficina: mamá había sufrido una complicación inesperada y se encontraba muy mal. Cuando llegué, ya estaba en coma, pero de todos modos le cogí la mano y le dije esas cosas que nunca le había dicho por pudor con la esperanza de que una parte de ella me escuchara. Su rostro estaba ya afilado y algo rígido, de manera que me acordé de la fantasía que había tenido la noche anterior con aquella mujer de la que estuve enamorado sin que ella lo supiera. Había entre las dos escenas un paralelismo un poco siniestro y, a la luz de los acontecimientos, resultaba difícil decidir si una era más real que la otra.

Mamá murió al amanecer y yo no me separé de ella hasta el momento del entierro. Fue todo muy agotador y muy ligero, muy lento y muy rápido: puedo recordarlo de formas diferentes como si lo hubiera observado simultáneamente desde perspectivas distintas. El caso es que aquella noche me acosté muy agotado y muy despierto. Recuerdo que cuando empezaba a dormirme soñé que empezaba a despertar, y entonces noté que el bulto ascendía desde las profundidades del colchón para buscar el contacto de mi cuerpo. Entonces sentí una enorme tranquilidad y una enorme inquietud que, al enlazarse, me señalaron el significado de la vida.

Ellos sacaban a pasear al perro

¿Por qué se compró un perro? Algunas veces pensaba que para no estar solo; otras, que para tener alguna obligación cotidiana que hiciera más variada su rutina. Solo el hecho de tener que sacarlo a la calle por las mañanas —antes de ir a trabajar—, y por las noches —antes de tumbarse frente al televisor— le pareció bueno. De esta manera paseaba él también, combatiendo así su tendencia a encerrarse en casa.

Durante los primeros tiempos contempló, entre la indiferencia y el disgusto, los destrozos que el cachorro iba haciendo en el sofá, en las patas de la mesa, en el parque. Intentó educarlo, pero no sabía cómo y le daba pereza comprar uno de esos manuales de adiestramiento, pues calculó que el tiempo que tardaría en leerlo y en ponerlo en práctica lo podía dedicar a estudiar inglés, que le hacía más falta. De todos modos, no hizo ni una cosa ni otra. En cualquier caso, alcanzado cierto nivel de destrozo doméstico, el perro dejó de morder las patas de las sillas y de destripar cojines, como si poseyera un sentido de la decoración que ya hubiera sido colmado.

Encontró placer en sacarlo a pasear porque eso le hizo entrar en contacto con otras personas que también paseaban perros. Advirtió así que había más gente como él, gente rara que vivía sola o mal acompañada y que gracias al perro encontraba un grupo al que pertenecer. El tema de conversación era siempre el animal: lo que comía o dejaba de comer, el modo de mostrar su afecto, el lugar elegido para dormir, etcétera. Así, poco a poco, fue ingresando en una comunidad de intereses que le devolvió el gusto por el trato social. Es cierto que en un momento dado pensó que había cometido un error, pues si en lugar de comprarse un perro hubiera adquirido una colección de sellos, también habría entrado en contacto con un grupo de gente, solo que en vez de hablar de animales, mantendría discusiones filatélicas. Los sellos, además, tenían la ventaja de revalorizarse y no comer.

Pero estas dudas se atenuaron cuando conoció a una mujer que también sacaba al perro a primera hora de la mañana, como él. Era una mujer sola, madura, algo cansada, pero poseía un atractivo misterioso que le sedujo casi de inmediato. Mientras los perros jugueteaban por el descampado al que solían acudir, ellos hablaban de cuestiones neutras y los sentimientos hacían lo suyo en el interior de la conciencia. Algunas veces, él intentaba desviar la conversación hacia temas más personales, pero ella —tras intercambiar una mirada con su perro— volvía a las cosas de siempre. Daba la impresión de estar sometida constantemente a una vigilancia secreta, y era ese aire de misterio lo que la hacía aún más deseable.

En cuanto a él, había aprendido, gracias a estas conversaciones, que los perros, como las personas, necesitaban una alimentación equilibrada. Dejó, pues, de comprar latas de conserva y empezó a cocinar arroz con carne, que era el plato preferido de su animal. De este modo, el perro empezó a evolucionar favorablemente, notándose los

desvelos de su dueño en la belleza de su pelo y en su vitalidad creciente. Empezó a vivir para él. Le compraba los mejores champús, vitaminas que fortalecían sus uñas, botellas de agua clorada que prevenían las caries y un collar que fue la envidia de los otros perros. Sin embargo, las relaciones entre el animal y él no mejoraban o tomaban un rumbo difícil de expresar. Cuanto más le cuidaba, más cuidados demandaba el perro, como si sus ambiciones de calidad de vida carecieran de límites. Así, si un día el arroz no tenía el punto adecuado, se negaba a comer, produciendo un movimiento de culpa en el ánimo de su dueño, que en estas ocasiones pensaba con nostalgia en la colección de sellos. No obstante, si se sentía observado por el animal, cambiaba inmediatamente de pensamiento, pues a veces tenía la impresión de que el perro «oía» lo que él imaginaba y le castigaba más tarde por ello de un modo u otro. Observó que el perro tenía, como las personas, capacidad de almacenar rencor. Así, si un día llegaba a casa más tarde de lo habitual, el animal, en lugar de recibirlo en la puerta, se escondía debajo de la cama y permanecía allí un día entero negándose a salir a la calle y a comer.

Entre tanto, su amor por la mujer madura fue creciendo y de vez en cuando la tomaba del brazo o acercaba su rostro al suyo para decirle alguna confidencia. En estas ocasiones, el perro de ella se colocaba frente a la pareja mirándolos con una carga de rencor o con un signo de advertencia que les impedía relacionarse libremente. Cuanto más progresaba la relación entre ellos, más vigilados se sentían por el animal, que ya no correteaba por el descampado, como antes, sino que permanecía junto a su dueña como para controlar sus conversaciones y sus gestos.

Él empezó a desesperar y un día, en voz baja, para que el perro no lo escuchase, le propuso que se vieran una tarde cualquiera ellos dos solos.

—No puedo —respondió ella con resignación.

—¿Por qué?

—Si lo dejo mucho tiempo solo en casa, me lo destroza todo y aúlla sin parar. Luego los vecinos protestan.

Él se calló porque el perro de ella había empezado a mirarle, y decidió plantear la cuestión en otro momento. Por ahora, se conformaba con verla todas las mañanas, aunque fuera en presencia de los animales.

Sin embargo, al día siguiente la mujer no acudió a la cita habitual. Cuando él empezaba a inquietarse, vio venir al perro de ella, pero venía solo, con su mejor collar y una mirada de ya te lo advertí que le produjo escalofríos. Los animales jugaron un rato, hicieron sus necesidades y a la hora de todos los días el perro de ella se marchó por donde había venido.

Él inició también el camino de regreso con su perro al lado. Al entrar en el piso se miraron y en la fracción de un segundo él comprendió que no eran ellos los que sacaban a pasear a los perros, sino los perros los que les sacaban a pasear a ellos. Un espasmo de terror recorrió su médula porque oscuramente intuyó que ya estaba atrapado: se notaba en la mirada del animal, en su seguridad, en el gruñido con que le

exigió que le pusiera la comida. Ni siquiera se atrevió a pensar que habría sido mejor una colección de sellos por miedo a ser castigado sin salir a la calle, como ella.

El hombre hueco

Vicente Holgado vivía solo en un piso antiguo lleno de habitaciones y recorrido por un pasillo quilométrico que utilizaba para hacer *footing*. Le gustaba el ejercicio, pero detestaba la calle, los parques, las avenidas, las plazas, los mercados. O sea, detestaba todos aquellos lugares donde había gente. Por eso también se compró una bicicleta inmóvil que colocó frente al espejo del cuarto de baño. Pedaleaba durante una hora diaria frente a su propio reflejo imaginando que este correspondía al de otro ciclista que circulaba en dirección contraria a la suya y con quien chocaría un día u otro si conseguía imprimir a su pedaleo la fuerza suficiente. La idea del choque le gustaba porque el otro pertenecía a la categoría de la gente; pensaba eliminarlo de un cabezazo cuando las dos bicicletas hubieran llegado al grado de aproximación preciso.

Un día, en el último cuarto de hora dedicado a este ejercicio, percibió al otro más cerca. Temiendo que intentara esquivarle, se puso de pie sobre los pedales e hizo un esfuerzo brutal para llegar a él. En esto, su pierna derecha se rompió y cayó al suelo produciendo el ruido de un objeto duro al golpearse contra una losa. Vicente se quedó petrificado sobre el sillín de su bicicleta inmóvil. No sentía dolor, pero estaba desconcertado por el hecho de que su pierna se hubiera quebrado como una escayola, aunque también por la rareza de que no manara un torrente de sangre del muñón resultante.

Cuando logró reponerse de este primer movimiento de horror, bajó de la bicicleta y saltando sobre el pie izquierdo se acercó la pierna que yacía en el suelo, la cogió con cierta aprensión del calcetín y se sentó en el taburete para proceder a su examen. Era, en efecto, una pierna llena de pelos, pero tenía la particularidad de estar hueca. Además de eso, sin dejar de ser de carne, tenía también una textura que a Vicente le recordó la del cartón piedra. Cuando se familiarizó con el objeto de su propiedad, introdujo la mano en él llegando hasta los dedos del pie sin encontrar un solo músculo, un hueso, una víscera, en fin, algo que le remitiera a las lecciones de anatomía del bachillerato. Entre tanto, la angustia había sido desplazada por un movimiento de perplejidad. ¿Estaría igualmente hueco el resto del cuerpo?

Se incorporó sobre la pierna y fue a situarse frente al espejo. Entonces levantó el muñón y observó en el reflejo una oquedad que llegaba hasta el muslo. Más allá la oscuridad era tal que imposibilitaba saber si estaba o no relleno de algo. Se sentó otra vez, fatigado por el esfuerzo de sostenerse sobre una sola pierna, y reflexionó unos instantes con la otra debajo del brazo. Finalmente, buscó la caja de herramientas, sacó la cinta aislante y unió las dos partes del cuerpo separadas por el accidente. Después recorrió el pasillo para hacer una prueba y comprobó que caminaba sin dificultad.

Durante los siguientes días procuró olvidar el suceso relegándolo a la categoría de

una pesadilla. Cambió la cinta aislante, que se despegaba cada vez que intentaba ducharse, por un pegamento especial y comenzó a hacer la vida de siempre, aunque abandonó la bicicleta, a la que hacía responsable de aquel mal sueño. De todos modos, el sentimiento de estar hueco acabó invadiéndole. Ya no hacía tanto ejercicio como antes. Ahora pasaba mucho tiempo en la ventana observando la actividad de un parque que había debajo de su casa. Miraba a los niños y a las madres que pasaban la tarde allí y se preguntaba si estarían tan huecos como él. Mientras miraba, comía aceitunas negras cuyos huesos se metía por las orejas oyéndolas rodar por el interior de su cuerpo hasta alcanzar la punta del pie. La pesadilla, en el caso de que se tratara de una pesadilla, se instaló, pues, en el centro de su existencia. Curiosamente, el estar hueco no afectaba a ninguna de sus funciones vitales. Continuaba comiendo, viendo la televisión, escuchando la radio, etcétera. Había dejado el *footing* porque temía tropezar con alguna esquina del pasillo y romperse de nuevo. Por lo demás, todo continuaba igual si exceptuamos una suerte de tristeza que se fue instalando en su ánimo y que se traducía en un desinterés general por la existencia.

De súbito un día se le ocurrió que quizá todo el mundo estuviese tan hueco como él. Quizá los intestinos y el aparato respiratorio y el bazo y el riñón fueran meros inventos de una especie a la que repugnaba la idea del vacío. Entonces cogió una escopeta de perdigones y comenzó a disparar desde la ventana a los niños que jugaban en el parque. Las víctimas continuaban jugando ajenas a la agresión. Quizá en el momento del impacto se detenían un instante, como si algo raro les hubiera pasado, pero reemprendían sus carreras de inmediato. La impresión de Vicente es que el proyectil atravesaba la piel sin producir dolor ni sangre y se despeñaba por los abismos huecos del interior, como los huesos de las aceitunas.

Vicente fue detenido unos días después, acusado de haber dado muerte a dieciocho personas disparando un fusil repetidor desde la ventana de su casa. Los muertos eran principalmente mujeres y niños. En el juicio mantuvo que todo era mentira, que aquellos niños estaban huecos y que solo les había hecho unos agujeros fáciles de tapar con cinta aislante. Le tomaron por loco y fue internado en un psiquiátrico donde lleva su oquedad como puede. Parece que se ha puesto una bisagra en la rodilla y que por la noche se abre la pierna y tira a la basura las pastillas que le hacen tomar y que, como los huesos de las aceitunas, se depositan en sus pies. Como es muy mañoso, se ha abierto también una puerta en el pecho y, donde otros tienen las costillas, él se ha colocado unas baldas donde lleva sus libros preferidos. Como sigue detestando a la gente, abre la puerta del pecho, coge una novela, y se pasa las tardes leyendo. Su abogado, que también es un hombre hueco, ha recurrido la sentencia.

Solo de moto

Por la noches, cuando se metía en la cama, Vicente abrazaba a su mujer por la cintura, se pegaba a su cuerpo e imaginaba que ambos iban en una moto conducida por ella. A veces circulaban por carreteras estrechas y repletas de curvas, que ceñían el perímetro de una montaña fantástica hacia cuya cumbre ascendían. En otras ocasiones se perdían a doscientos por hora en autopistas infinitas de dieciocho carriles. Algunas noches le gustaba imaginar que la moto se deslizaba suavemente, sin prisas, por carreteras de tercer orden cuyos costados estaban flanqueados por chopos que llegaban al cielo. Pensaba de sí mismo que era un «paquete» perfecto, pues con los movimientos de su cuerpo equilibraba los de la moto en los momentos más difíciles y, cuando había que correr, se pegaba a la espalda de su mujer de tal manera que ambos cuerpos parecían formar un solo volumen.

Aunque ya habían alcanzado la madurez, la imagen que percibía de sí mismo y de su mujer en estas excursiones era la de dos jóvenes ágiles y delgados que todavía creían en la eternidad, al menos en la suya. Por la mañana, cuando se contemplaba el pelo revuelto ante el espejo del cuarto de baño, disfrutaba atribuyendo ese desorden capilar al viento de los paisajes atravesados por la noche. Nunca llevaban casco porque a él le gustaba sentir la melena de ella azotándole el rostro. Por lo demás, en sus carreteras imaginarias no había guardias ni señales de tráfico; tampoco había coches u otros vehículos con los que competir.

Cuando salía a trabajar, se detenía siempre unos instantes en la calle para contemplar una moto que un vecino solía aparcar cerca de su portal. Más que una moto, parecía una escultura en la que los cromados se combinaban con el rojo metálico del enorme depósito y con el negro de las ruedas y el asiento de piel. Estudiaba sus partes, sus características, para hacer más verosímil el viaje nocturno. Aquella actividad llegó a constituir una pasión que le desbordaba. Hubo un momento en que no podía pensar en otra cosa. El día no era más que un pasillo que conducía al instante en el que se metía en la cama, cogía la cintura de su mujer, se pegaba a su cuerpo y oía, embelesado, la sinfonía del motor.

Se compró un pijama que evocaba vagamente el mono negro que suelen vestir los motoristas profesionales, y después unas gafas que se colocaba debajo de la almohada y que se ponía en los ojos cuando sentía que su mujer se había dormido. Cenaba con prisas, siempre acuciado por la necesidad de irse a la cama en seguida y le irritaba que su mujer quisiera ver la televisión antes de acostarse. Ella presintió, sobre todo a raíz de la adquisición del pijama negro, que algo estaba pasando pero ignoraba de qué se trataba exactamente. Algunas noches hacían el amor, aunque él corría mucho para acabar pronto y subirse en la moto. No es que no le gustase hacer el amor con ella, sino que prefería dejarlo para más tarde, pues a veces viajaban por parajes extraños,

lentos de vegetación y de pájaros, con algún río cercano donde le gustaba descansar del viaje y dedicarse sin prisas al amor. Lo curioso es que, no importaba donde se dirigieran, siempre acababan llegando al mismo paisaje imaginario, donde ella se desnudaba para lanzarse al río provocándole con su deseo, como cuando eran más jóvenes.

Un día su mujer descubrió las gafas de motorista debajo de la almohada, pero no le preguntó para que servían, pues había ido acostumbrándose de forma progresiva a las rarezas de Vicente. El silencio de su mujer frente a este hecho le sirvió para bajar la guardia y así otro día, tras ponerse el pijama negro y las gafas, se anudó al cuello una especie de foulard que le gustaba ver flotar al viento mientras devoraban paisajes. Era muy feliz.

Luego empezó a visitar las mejores tiendas de motos y fue conociendo así las características de cada una de las marcas. Tenía la casa llena de folletos con fotografías en colores. Estudió también algo de mecánica, pues aunque la moto nunca les había dado problemas, empezó a temer que una avería les dejara tirados en alguno de aquellos lugares fantasmales a los que solían ir últimamente. De súbito, la posibilidad de regresar por culpa de una avería se convirtió en una amenaza que fue traduciéndose con los días en una pérdida de pasión. Ahora era él el que quería ver la televisión hasta las tantas para retrasar el viaje cuanto fuera posible. Y nunca arrancaban antes de que hubiera revisado todas las piezas del motor.

También empezó a decirle a su mujer que condujera más despacio y a reprocharle la comisión de algunas imprudencias que antes no solía cometer. En seguida decidió que debían abandonar los paisajes fantasmales y circular por carreteras normales, llenas de prohibiciones y de avisos, pero con postes telefónicos desde los que se podía pedir socorro en caso de avería. Naturalmente, se compró un casco para proteger la cabeza.

Al poco, su mujer hizo un adelantamiento imprudente y, además de la multa, le quitaron el carnet de conducir. Casi se alegró. Desde entonces se duerme imaginando que es un pájaro y sobrevuela el mar hasta la madrugada.

Lo intentaré el próximo domingo

Aquel domingo, a las 15:30, los termómetros alcanzaron temperaturas superiores a los cuarenta grados. La ciudad tenía fiebre y sus habitantes habían desaparecido. Me puse unas gafas oscuras y salí a la terraza; la calle estaba desierta, solo un loco o un desesperado se habría aventurado a recorrerla y lo más probable es que no hubiera llegado demasiado lejos. Observé las ventanas de los edificios cercanos, pero no conseguí ver a nadie. Pensé que la gente prefería agonizar en el interior de sus casas, quizá debajo de las camas o en el interior de las bañeras. Desde la terraza el espectáculo parecía irreal. La ciudad era un escenario vacío y abrasado por una luz insoportable.

Decidí vivir a fondo aquella experiencia de irrealidad y bajé a la calle. Empecé a caminar en cualquier dirección haciendo apuestas conmigo mismo sobre la cantidad de tiempo que tardaría en cruzarme con alguien. Tras haber perdido varias de estas apuestas, me pareció distinguir a lo lejos una silueta que caminaba en dirección a mí. Apresuré el paso para acelerar el encuentro y entonces la silueta se disolvió entre las capas de vaho seco que subían desde la acera. Antes de que me repusiera del efecto causado por esta desaparición, la silueta volvió a manifestarse, aunque de forma algo incompleta; quiero decir que apareció primero el tronco y en torno a él fueron brotando poco a poco las extremidades y la cabeza, como en un proceso de revelado fotográfico. En cualquier caso, la figura continuaba aún demasiado lejos, como si ni ella ni yo avanzáramos en relación al esfuerzo de nuestras piernas. Durante el proceso de acercamiento, volvió a desaparecer varias veces total o parcialmente; daba la impresión de que su cuerpo, o alguna parte de él, entraba y salía de una dimensión invisible producida por las ondas de calor.

El asfalto brillaba como brilla la frente de los fiebrados. Me pregunté si aquella silueta y yo no seríamos un delirio provocado por la temperatura excesiva que atormentaba a la ciudad. Cuando apenas faltaban cinco metros para que nos cruzáramos, comprobé que se trataba de un hombre de unos cuarenta años. Llevaba un traje de invierno y un abrigo, pero no sudaba ni jadeaba como yo. Comprendí que estaba muerto y sentí un malestar indefinido en el momento de cruzarme con él.

Pensé en regresar a casa, pero al volverme vi que no había ni una sola sombra a lo largo de todo el trayecto. Sin embargo, alejándome un poco más podría sentarme en un banco situado debajo de un árbol. Hice esto último y al poco de permanecer con la boca abierta, respirando aquel aire que me abrasaba los pulmones, vi pasar una muerta. Llevaba una mortaja muy parecida al hábito de las novicias y tenía mala cara, aunque no a causa del calor. Pensé que quizá los muertos elegían los momentos más calurosos del verano, cuando los vivos buscan una humedad imposible en el interior de sus casas, para recorrer sin ser molestados las calles en las que vivieron.

El siguiente muerto fue un niño; se sentó a mi lado y me preguntó que cómo conseguía sudar. Parecía echarlo de menos.

—Es que estoy vivo —dije.

—¿Desde cuándo?

—Pues desde que nací. ¿Desde cuándo estás muerto tú?

—¿Por qué dices que estoy muerto?

—Porque no sudas ni tienes calor.

El niño comenzó a llorar. Seguramente acababa de fallecer y todavía no le habían dado la noticia. No sabía qué hacer y me sentía culpable, pero al mismo tiempo no podía moverme de aquella sombra minusválida aportada por el árbol bajo el que me había sentado. Entonces apareció un muerto de casi dos metros que cogió al niño de la mano y se lo llevó tras lanzarme una mirada de censura.

No sabía qué hacer y empecé a recordar a gente que había fallecido y que me habría gustado volver a ver. Me acordé de una tía mía muy aficionada a las tortillas, pero que era incapaz de cascar un huevo. Vivía en mi casa cuando yo aún era pequeño y siempre que iba a hacer una tortilla me llamaba para que fuera yo el que rompiera el huevo. Parece que le daba miedo que dentro de la cáscara hubiera una cosa distinta a la esperada.

—¿Pero qué puede salir? —le preguntaba yo.

—No sé, imagínate lo peor.

—¿Un mejillón grande?

—O algo más asqueroso.

Curiosamente, he heredado ese asco. Cada vez que me encuentro con un huevo en la mano se me ocurren tantas cosas repugnantes que finalmente lo guardo en la nevera y me quedo sin tortilla. Además, mi tía murió por tomar mahonesa en mal estado, lo que no deja de resultar aleccionador conociendo la relación que mantenía con los huevos.

Mientras pensaba en estas cosas, no advertí que había dejado de sudar. Me lo dijo un muerto que se había sentado a mi lado.

—Está usted dejando de sudar.

—¿Me estaré muriendo? —pregunté alarmado.

—Quizá sí. Si no vive muy lejos, échese una carrera. Si consigue llegar a casa antes de que cese por completo la transpiración se frenará el proceso. Y no vuelva a salir un domingo de verano a la calle a estas horas reservadas para los muertos.

Salí corriendo y llegué a casa con la lengua fuera. Nada más cerrar la puerta empecé a sudar y a tener sed. Bebí dos vasos de agua y me dejé caer en el rincón más oscuro del salón. La temperatura seguía aumentando. Los termómetros que le ponían en la ingle a la ciudad marcaban más de cuarenta y cinco grados. Las calles tenían fiebre y deliraban con mi cuerpo. Creo que habría preferido morirme. Lo intentaré el próximo domingo.

Un regalo para la jubilación

Cuando se jubiló, sus compañeros y subalternos le dieron una comida y le regalaron un gato. Él odiaba a toda clase de animales, especialmente a los gatos, pero lo cogió entre sus manos como si le hubiera hecho mucha ilusión y lanzó un pequeño discurso de agradecimiento. Se lo llevó a casa sabiendo que el animal representaba la última venganza de quienes durante todos aquellos años habían tenido que soportar sus cambios de humor y su manera tiránica de ejercer la autoridad. Se desharía de él, pensó, o lo disecaría. Los únicos seres que todavía podía soportar eran los disecados; de hecho, en el salón de su casa tenía tres ardillas, dos perdices y un conejo disecados. El conjunto podría parecer algo siniestro, pero para él constituía su familia.

Para colmo de males, a los dos días de convivir con el gato vivo, empezó a estornudar. Dedujo que el pelo del felino le producía alergia y planificó diversas maneras de deshacerse de él inmediatamente. Lo más sencillo, desde luego, era el abandono. Decidió, pues, que al día siguiente se lo llevaría en una caja de zapatos a un parque y la tiraría con disimulo a una papelera. Calculó las posibilidades de supervivencia que tendría el gatito y dedujo que muy pocas. Esto, que en otra época le habría dado lo mismo, le preocupó. Había empezado a proyectar sobre el animal un sentimiento supersticioso. Si lo mataba, malo; si no, peor. El gato era el depositario de los odios que minuciosamente se había ido granjeando a lo largo del último tramo de su existencia laboral; era el símbolo de la antipatía que le profesaban los únicos seres humanos con los que había tenido que relacionarse. Eso lo convertía también en una bomba de relojería, pues no hay símbolo que tarde o temprano no nos estalle en el rostro.

Quedarse con él significaba, entre otras cosas, vivir con un catarro permanente el resto de su vida. El animal tenía un mes y la esperanza de vida de estos bichos era de unos doce años. Él tenía sesenta y cinco y una bronquitis crónica que se veía agravada por el catarro alérgico. Lo más probable era que el gato le enterrase. Pero matarlo o abandonarlo en un parque o en un descampado era como abandonar o matar su propio destino. Intuía que en el felino convergían ciertas fuerzas malignas que él mismo había desatado y le parecía mejor tenerlas controladas, a la vista.

Al objeto de atenuar el contacto con el animal, y por lo tanto los síntomas catarrales, habilitó para él una parte de la casa a la que solo se acercaba para darle de comer o cambiarle la arena. Esta separación duró poco, porque le empezó a apetecer tener cerca al gatito por las noches, mientras veía la televisión. Pronto observó, aterrado, que había empezado a desarrollar hacia el bicho un sentimiento de afecto que superaba, en mucho, al que profesaba al conejo disecado, su preferido del grupo familiar. Aquello parecía un drama; se abrazaba al animal y empezaban a llorarle los

ojos y a desbordársele las narices. Se puede decir que el amor y el síntoma llegaron a confundirse puesto que era inimaginable la existencia del uno sin el otro.

Una noche le despertó el ruido de la lavadora. Como no recordaba haberla programado antes de irse a la cama, se levantó extrañado y fue a la cocina. En ese momento el tambor giraba a gran velocidad centrifugando algo que no consiguió distinguir, pero que parecía un trozo de piel. Esperó a que terminara, abrió el ojo de buey y sacó lo que quedaba del conejo disecado.

Regresó a la cama llorando, por el catarro crónico más que por el conejo. Hizo memoria de la jornada anterior. Es cierto que después de cenar se había sentado a ver la televisión con el gato en el regazo y un gran vaso de *whisky* en la mano; cuando llegó a la cama, estaba algo borracho, aunque no tanto como para no acordarse de si había programado o no la lavadora, y, sobre todo, de si había metido o no en su interior al conejo. Ya no pudo dormirse y se sintió muy mal hasta que amaneció, pues tuvo que reconocer que en la mirada de cristal del conejo disecado había observado en los últimos tiempos un tono de reproche por la atención que le prestaba al gato vivo.

Decidió que intentaría controlar la bebida, aunque constituía su somnífero preferido, y no solo su somnífero, sino su narcótico. En efecto, con el alcohol, además de entorpecer los sentidos, adormecía su conciencia. Por eso, los días que llegaba sobrio a la cama empezaba a revolcarse entre las sábanas con un desasosiego que parecía proceder de la memoria, de la memoria de una vida que, habiendo sido la suya, no podía reconocer sin embargo como propia. No entendía, por ejemplo, que hubiera renunciado sistemáticamente al amor, a los afectos, cuando tanto le gratificaba ahora el contacto caliente con el cuerpo del gato vivo. Imaginaba lo que habría sido una vida entera llena de afectos, de contactos corporales, de miradas. Y se preguntaba quién le había habitado, en nombre de quién había renunciado a todo aquello que en el último tramo de la existencia le parecía deseable.

Por todo ello sus propósitos de dejar el alcohol duraron poco tiempo. Regresó a él con más fuerza que antes. Se acostaba decididamente borracho y en la madrugada le despertaba el ruido de la lavadora. Sonándose los mocos, llorando por efecto de la congestión nasal, iba a la cocina y veía por el ojo de buey a una de las ardillas o de las perdices disecadas. Después de caer los animales disecados, le tocó el turno al gato. Un día se despertó, se asomó a la ventana de la lavadora y lo vio dar vueltas con los ojos abiertos y los pelos de punta. Una parte de él no había podido resistir tanto amor. De todos modos, conservó hasta morir el catarro permanente. El síntoma.

La mujer del cuadro

Vi desde el autobús a una mujer que llevaba un cuadro de dimensiones incómodas. Durante el último año no había llovido, pero aquella tarde de primavera el cielo había empezado a ponerse negro a mediodía y, aunque a media tarde aún no había caído una gota, la gente se movía por las calles con un raro gesto de extravío, como si olfateara la tormenta que habría de suceder. Cuando vi desde el autobús a la mujer del cuadro, comenzaron a caer también las primeras gotas; no eran muchas, pero tenían un tamaño desmesurado, y golpeaban a los transeúntes con fuerza, impulsadas por un viento caliente que al parecer venía de África.

Aunque aquella no era mi parada, bajé del autobús y fui a refugiarme bajo la marquesina de una tienda que también había dado cobijo a la mujer del cuadro. Entonces, un relámpago dividió el firmamento y, como si esa hubiera sido la señal, la lluvia arreció en cuestión de segundos. Ya he dicho que era primavera, sin embargo el olor de la atmósfera era el del otoño, como si la tormenta viniera impregnada de una melancolía o de unos presagios más propios de esa estación. La mujer del cuadro y yo nos quedamos aislados gracias a una cortina de agua que caía de la marquesina. Entonces me dediqué a contemplarla confirmando lo que me había parecido desde el autobús: que era una mujer rara, muy bella si uno conseguía situarse en un punto de vista algo aquejado de irrealidad, o de ensueño, pero desagradable si se la observaba desde un lugar más convencional. Intenté situarme en ese espacio convencional para evitar complicaciones, pero cada vez que me encontraba con sus ojos me parecía que tenían un mensaje para mí. El cuadro no estaba protegido, como es usual, en las esquinas, pese a que el marco parecía algo delicado, muy vulnerable a cualquier golpe. Mi impertinencia fue premiada con un par de ráfagas de sus ojos que dirigieron su atención a un punto situado entre el corazón y la boca, y entonces comprendí que no es que aquellos ojos tuvieran un mensaje para mí, sino que de ese mensaje dependía mi vida. Afortunadamente, la cortina de agua se había hecho más espesa, lo que me garantizaba aún unos momentos de intimidad. Hice en voz alta un comentario sobre el tiempo al que ella respondió con una sonrisa enloquecedora. Entonces le pedí que me mostrara el cuadro que había colocado contra la pared: se trataba de un óleo hiperrealista en el que se veía un pasillo al que se abrían dos habitaciones de las que surgía una luz lechosa, como de luna. En una de las paredes visibles del pasillo había una pintura y el resto estaba lleno de una amenaza inconcreta, que provenía de los detalles obsesivos del suelo o quizá del marco de las puertas, aunque algo influía también la perspectiva lineal que otorgaba al pasillo cierta calidad de pozo.

Cuando cesó la tormenta, nos despedimos cordialmente y salimos cada uno en una dirección. El aire tenía buen olor y producía al ser respirado un optimismo que en

mi caso se tradujo en la seguridad de que volvería a encontrarme de nuevo con esa mujer de cuya mirada dependía mi destino.

Esa noche me desperté de madrugada con la garganta seca, como si hubiera bebido o fumado más de lo habitual. Me incorporé y miré instintivamente hacia la ventana por donde penetraba una luz blanca muy parecida a la del cuadro. Había luna llena. Me levanté sin encender la luz y alcancé el pasillo lleno de perplejidad: el caso es que mi percepción del espacio era muy rara, como si me encontrara sobre una superficie plana a la que unas líneas convergentes dotaran de cierta sensación de profundidad. Llegué a pensar si estaría muerto, pues he leído que una de las cosas en las que uno puede advertir que ha fallecido es precisamente en la percepción de los espacios. Las puertas de las dos habitaciones que daban al pasillo estaban abiertas y a través de ellas se colaba la luz lunar, que daba al ambiente un aspecto más irreal si cabe. Avancé en dirección a la cocina para beber agua sin que me abandonara esa impresión de estar moviéndome sobre una superficie plana; es más, también yo me sentía plano, como si hubiera perdido las dimensiones propias de un volumen. Cuando llegué a la cocina, comprobé con cierto asombro que ya no tenía sed, de manera que inicié el camino de regreso. Entonces fue cuando me di cuenta de lo que pasaba: me encontraba dentro de un cuadro o, más exactamente, dentro del cuadro que había visto esa tarde.

Con miedo a caer al exterior y aplastarme, descendí hasta el marco y desde allí comprobé que el cuadro estaba puesto en la pared de un dormitorio de dimensiones colosales para mí. Cuando mis ojos se fueron acostumbrando a aquellas dimensiones y a aquella perspectiva empecé a distinguir algunos detalles. Así, por ejemplo, vi que aunque en el cuadro era de noche, en aquella habitación había empezado a amanecer. Entonces la enorme cama que había a los pies del cuadro se movió y de entre sus sábanas surgió el rostro de la mujer que había conocido bajo la tormenta. Le hice señas para que me rescatara de aquella condición, pero ni siquiera llegó a reparar en mí. Era tan grande que cuando empezó a moverse de un lado a otro por el dormitorio solo percibía de ella fragmentos geométricos; curiosamente, yo, que estaba atrapado en el interior de un cuadro hiperrealista, veía la realidad como un cuadro cubista. No me vio, y creo que no me verá nunca, pero he encontrado dentro del cuadro en el que vivo una habitación con cuartillas y máquina de escribir. Todos los días escribo varios folios que luego dejo caer al exterior del cuadro, lo que pasa es que allí adquieren un tamaño insignificante y ella los barre con el polvo. No importa, porque por las noches, cuando se acuesta, hay un momento en el que la veo casi entera y con eso me basta para soportar una vida tan plana.

El hombre que imaginaba catástrofes

Su cuerpo iba siempre retrasado en relación a su cabeza. Por ejemplo, si se estaba afeitando, pensaba en el café, pero, cuando se estaba tomando el café, se imaginaba ya dentro del coche, en el atasco, escuchando las primeras noticias del día por la radio. Lo que pasa es que entonces tampoco oía las noticias, porque se ponía a pensar en los problemas que le aguardaban en la oficina. Iba detrás de los acontecimientos como el burro detrás de la zanahoria, sin alcanzarlos nunca.

Su pensamiento y su cuerpo, pues, ocupaban lugares geográficos distintos, y esta separación producía en su ánimo un constante estado de ansiedad, como si se persiguiera a sí mismo todo el rato. Por la noche, tomaba somníferos para aliviar esa tensión permanente, y entonces los músculos de su cuerpo se encogían como una goma elástica abandonada sobre la mesa. Se dormía imaginando que viajaba por el espacio sin nave ni traje espacial ni escafandra, pero podía respirar y soportar la falta de presión gracias a unas cápsulas de su invención que se tomaban con agua, y que lo mismo servían para viajar por el espacio que para descender a las profundidades marinas, donde a veces se perdía también imaginariamente antes de dormirse. Después soñaba que le daban el premio Nobel de medicina por la invención de estas cápsulas y se despertaba con la garganta seca y el cuerpo pesado. Por la mañana, se tomaba una o dos pastillas estimulantes que combatían los efectos de los sedantes nocturnos.

Un día que estaba con su amante y se puso a pensar en su mujer, comprendió que su problema consistía en estar siempre en un lugar distinto al que en realidad se encontraba, con lo que no disfrutaba de ninguno de los dos lugares. Dedujo, pues, que si su pensamiento y su cabeza consiguieran estar al mismo tiempo en el mismo lugar, todos sus problemas desaparecerían. Y lo intentó, pero no le salía. Por ejemplo, mientras se afeitaba se decía a sí mismo: «Qué bien, me estoy afeitando, estoy haciendo esto y no otra cosa; cuando llegue la otra cosa, disfrutaré de la otra cosa, pero ahora me encuentro muy a gusto haciendo esto, observando en el espejo las irregularidades de mi rostro, percibiendo el tacto de mi piel en un momento irrepetible, porque habrá otros días y otros afeitados, pero ninguno será como el de hoy...». Lo que sucede es que por detrás de estas palabras empezaban a circular imágenes que nada tenían que ver con lo que hacía en ese momento, sino con lo que tenía que hacer a lo largo del día. Con lo cual, el motor de la ansiedad se ponía en marcha y en el espejo dejaba de reflejarse su cara y comenzaba a verse su despacho con gente entrando y saliendo y él en medio resolviendo cosas, tomando decisiones. Entonces, dejaba de afeitarse y se vestía corriendo y se tomaba un café a toda pastilla y conducía como un loco hasta llegar a la oficina y cuando llegaba allí, mientras firmaba papeles o hablaba por teléfono, comenzaba a pensar en la comida de

negocios o en la cena de placer, a donde llegaba siempre hecho polvo para imaginar el momento en el que se metería en la cama.

No lograba, en fin, alcanzarse a sí mismo por más que corriera, pero decidió que había mucha gente que vivía de ese modo y que se trataba, por tanto, de una forma como cualquier otra de afrontar la existencia. Lo malo es cuando comenzó a tener anticipaciones negativas. Ya no se imaginaba —mientras consumía apresuradamente el café— en el coche oyendo las primeras noticias del día por la radio, sino atropellando a un niño o chocando de frente con un camión de cien toneladas. La cuestión es que cuando se metía en el coche, desaparecía ese terror, que era sustituido por imágenes de la oficina igualmente catastróficas: entraba su jefe y le decía que habían decidido prescindir de sus servicios, o bien le llamaban por teléfono para comunicarle que acababa de caer un avión sobre su casa. Las visiones alcanzaban tal grado de realidad que su rostro se descomponía provocando el espanto de quienes se encontraban cerca de él. Un día, regresaba a su domicilio después de una jornada agotadora y empezó a imaginar que al entrar en casa se encontraba a su mujer ensangrentada y muerta en el recibidor, a la criada ahorcada en la cocina y a los niños asfixiados con bolsas de plástico en el dormitorio. Comenzó a sudar de miedo mientras intentaba explicarse este desastre que no podía ser obra más que de un perturbado. Después se vio a sí mismo llamando a la policía y a la policía interrogándole. Advirtió que, si le acusaban a él de haber perpetrado aquellos horribles crímenes, carecería de coartada, pues ese día había estado mucho tiempo fuera del despacho y había comido solo en un restaurante en el que no le conocían. Llegó a su casa demacrado por el terror y permaneció varios minutos frente a la puerta sin atreverse a abrir o llamar al timbre hasta que escuchó ruidos en el interior. Al principio pensó que podría tratarse del asesino, que aún no había terminado la faena, pero en seguida escuchó la voz de uno de sus hijos y entonces entró corriendo y los abrazó a todos como si acabaran de sobrevivir a una catástrofe. Después, preso de un ataque de fiebre, se metió en la cama y estuvo en ella una semana imaginando que su mejor amigo le quitaba el puesto en la oficina.

O sea, que antes se agotaba en una persecución de sí mismo, pero el objetivo de esa persecución era la felicidad, aun cuando no llegara a alcanzarla nunca, mientras que ahora, sin haber dejado de perseguirse, sabía que el momento de alcanzarse coincidiría con alguna desgracia. Nunca había tenido un carácter jovial, pero, como siempre estaba corriendo tras de sí, los demás le veían como un tipo nervioso, lleno de vida y energía. Ahora, sin embargo, empezó a mostrarse como un sujeto abatido, pues el estar esperando permanentemente una desgracia le volvió hosco, triste y poco comunicativo. Acabó enfermando, aunque no se sabía de qué, pues no le dolía nada en concreto. Los médicos lo miraron por arriba y por abajo, y cuando al fin lograron descubrirle algo, resultó ser una cosa grave. Cuando se lo comunicaron con toda clase de precauciones, se puso a dar saltos de alegría para sorpresa de todos. La desgracia había sucedido al fin y, por grande que fuera, significaba un descanso. Por primera

vez en su existencia, logró alcanzarse y el poco tiempo que vivió fue muy feliz.

La casa vacía

A los dos años de quedarse viudo, fue abandonado también por sus hijos, que parecían haberse hecho mayores de repente. La casa, de súbito, se convirtió en un desierto excesivo para los movimientos de un hombre solo. La vendió y se trasladó a un piso de dimensiones manejables, con mucha luz y una terraza acristalada, donde pasaba las tardes observando melancólicamente la vida como desde el interior de una pecera.

En seguida observó que en el edificio de enfrente había una vivienda vacía. Tenía siempre las persianas a medio echar y el pequeño balcón carecía de muebles. Llegó a conocer bastante bien al resto de los vecinos de ese bloque. Desde su observatorio, los veía deambular de una a otra zona de las casas. Pronto perdió el interés por todos ellos, pues no había en sus hábitos ningún movimiento atractivo o digno de atención. Era como contemplar la maquinaria de un reloj, tan rutinaria y predecible.

Por aquellos días dejó de fumar, no porque se lo hubiera recomendado el médico, que también, sino porque una vez sentado en la terraza le daba pereza ejecutar los movimientos necesarios para hacerlo. Contemplaba sin ganas el edificio de enfrente, luego bajaba la mirada a la calle, donde pasaban siempre las mismas cosas, y se perdía en ensoñaciones baratas o de segunda mano. De vez en cuando, sin embargo, contemplaba el balcón de la vivienda vacía, como a la espera de una sorpresa estimulante. Tenía la impresión de que su vida ya no tenía otro objeto que vigilar la casa por si llegara a producirse en ella alguna novedad.

Un día imaginó que las persianas de La Deshabitada, como había empezado a llamarla, se levantaban y que al otro lado aparecía una mujer joven en ropa interior. La vio deambular a través de las ventanas de una a otra habitación. Luego apareció en la pequeña terraza. Llevaba una escoba y comenzó a barrer. Se movía con naturalidad. El hombre la observó con cuidado al tiempo que la diseñaba. En la ropa interior, de color blanco, predominaban los encajes. Decidió que no era tan joven, pero aun tratándose de una mujer algo madura, conservaba la delgadez y la elasticidad de una adolescente. La melena apenas le permitía entrever su rostro, del que solo llegó a diseñar los labios y la punta de la nariz, constituyendo los ojos un misterio.

Empezó a aficionarse a esta ensoñación que repetía diariamente con muy pocas variaciones. Ahora se trataba de una rutina emocionante, no porque provocara en él una excitación violenta, sino porque aquella imagen le remitía a algo misterioso y posiblemente antiguo, a algo que guardaba alguna relación con su vida, como si en aquella mujer se corporeizara algún fantasma remoto con el que al fin pudiera ajustar cuentas. La ensoñación fue creciendo con el paso de los días y, aunque las situaciones básicas no variaron, el cuerpo y la ropa interior de la mujer se enriquecieron con

matices que la iban haciendo cada vez más real. Solo el rostro, permanentemente velado por la melena, seguía siendo algo confuso, inacabado, del que apenas percibía unos destellos parciales.

Un día, tras sentarse en la terraza dispuesto a evocar su fantasía, observó alteraciones reales en La Deshabitada. En efecto, las persianas no guardaban la posición habitual y en el interior de la casa se percibía el movimiento de una sombra. Al poco, aterrado, vio cómo la puerta del balcón se abría y aparecía, en calzoncillos y camiseta de tirantes, un sujeto de unos cincuenta años. No pudo soportarlo y se retiró al interior de la vivienda.

Durante la semana siguiente averiguó quién era ese hombre y se dedicó a seguirle por toda la ciudad con una navaja de sus tiempos de alpinista en el bolsillo. El sujeto tenía unos horarios muy regulares y se movía siempre en lugares llenos de gente en los que era muy difícil agredirle. A los quince días de esta persecución, estando ambos en una cafetería, el sujeto fue a los lavabos. Le siguió hasta allí, le clavó la navaja por la espalda, a la altura del corazón, y escondió el cuerpo en una de las cabinas del servicio. Luego pasó varios días sin leer los periódicos ni escuchar las noticias. Durante este tiempo, tampoco regresó a la terraza.

Finalmente, cuando consideró que la realidad se había purificado, se acercó un día al edificio de La Deshabitada y habló con el portero, quien le informó de que se alquilaba un piso. Lo alquiló, naturalmente, pero no llegó a habitarlo. Es decir, colocó las persianas en su situación primitiva, entreabrió la puerta del balcón para facilitar el tránsito de su fantasía, y regresó a su terraza para pasar las tardes contemplando los movimientos casuales, domésticos, de aquella mujer que llevaba siempre la misma ropa interior blanca en la que predominaban los encajes.

Durante meses intentó ver su rostro sin que el vuelo de la melena llegara a permitirselo. La posibilidad de morir sin averiguar de quién se trataba comenzó a inquietarle seriamente. Una tarde, desesperado, atravesó la calle, subió a La Deshabitada y la recorrió palmo a palmo en busca del fantasma. Cuando llegó al balcón, miró la terraza acristalada que tenía enfrente y obtuvo una visión de sí mismo algo desalentadora. Se vio sentado en la silla de mimbre, mirando con desesperación hacia aquel balcón en el que ahora se encontraba y comprendió que la vida se había terminado.

Abandonó La Deshabitada, arrojó la llave a una alcantarilla y regresó a su terraza. Supo que tenía los días contados y que no le daría tiempo a averiguar la identidad de la mujer, pero había llegado a amarla tanto que se conformó con que no desapareciera antes que él.

El cartero siempre llama dos veces

Entró en la habitación del hotel y sin deshacer el equipaje se tumbó en la cama diagonalmente, para no manchar la colcha con los zapatos. Cerró los ojos e intentó recordar por qué estaba tan cansado, pero no consiguió atribuirlo a ninguna causa concreta. De todos modos, llevaba ya muchos años viajando y, aunque al principio había gozado con ello, ahora detestaba los hoteles, los restaurantes, el coche, los trenes, cualquier cosa, en fin, que evocase su profesión.

Abrió los ojos y sin cambiar de postura echó un vistazo a la habitación: no era muy buena; dos estrellas, pensó. Aquella ciudad era demasiado pequeña y no pertenecía a ningún circuito turístico. La televisión no tenía mando a distancia y carecía también de minibar. Era la hora de comer y, por lo tanto, del primer *whisky* del día. Tendría que tomarlo en el restaurante. Pero le daba pereza levantarse y salir, quizá si durmiera un poco...

En esto, se incorporó con el miedo dibujado en el rostro: no recordaba para qué había ido a esa ciudad. Cogió la agenda, pero no había en ella ninguna anotación. Calculó por el tamaño del equipaje —un maletín de fuelle— que la duración prevista del viaje era de un día o, como mucho, dos. Pero ¿a qué había ido? Jamás le había sucedido algo semejante. Intentó reflexionar: aquella ciudad, por su tamaño, no debía tener ningún centro médico importante y él se dedicaba a vender aparatos de electromedicina; no parecía que allí hubiera mucho que vender, aunque cabía la posibilidad de que su cita fuera con un médico privado. En las ciudades pequeñas hay a veces consultas privadas dotadas de más medios que la Seguridad Social.

En esto, sonó el teléfono y alguien le dijo que le esperaban en recepción. Se arregló el nudo de la corbata y se lavó la cara intentando de nuevo recordar qué diablos hacía en aquella ciudad. Finalmente, pensó que quizá pudiera sonsacar sutilmente esa información a sus visitantes.

En recepción le esperaban un hombre y una mujer de mediana edad, o quizá de edad indefinida; todo era en ellos de una neutralidad inquietante. Le sonrieron y le dieron la mano mientras le preguntaban si había tenido buen viaje y si prefería un lugar de carne o de pescado para comer. Daba la impresión de que la cita estaba concertadísima, de manera que confió en que a lo largo de la comida se dijera algo que pusiera en marcha la maquinaria del recuerdo.

No fue así, el hombre y la mujer se refirieron todo el rato a cuestiones que resultaron tan neutras como su aspecto. Además, después del café, empezaron a aparentar que tenían prisa y le llevaron de nuevo al hotel —«quizá te apetezca descansar un rato»— diciéndole que regresarían a buscarle para la cena. Se tumbó de nuevo en la cama diagonalmente, con el cuidado de no rozar la colcha con los zapatos, e hizo un nuevo ejercicio de memoria con resultados tan improductivos

como los anteriores. Pensó en llamar a la oficina o a su mujer, pero desechó la idea por miedo a que se tratase de un viaje privado encubierto con razones de orden profesional. Ya no solía hacer estas cosas, que le apasionaron peligrosamente en otros tiempos, pero no podía descartar ninguna posibilidad. Mientras no tuviera otro dato, era mejor quedarse quieto.

Descorrió las cortinas de la ventana y vio que la habitación daba a un estrecho callejón del casco antiguo de la ciudad. Las casas de la acera de enfrente casi se podían alcanzar con la mano. Desde su posición se veía el interior de alguna de las viviendas, que evocaban la arquitectura de esas casas de juguete que se abren por el tejado para modificar la disposición de los muebles. La visión tenía algo de pesadilla, pero al mismo tiempo poseía un atractivo morboso que le impedía despegarse del cristal.

Se oyeron, provenientes del pasillo, unos ruidos exagerados que distrajeron su atención. Entrebrió la puerta con sigilo y vio congregados allí a los ocupantes de las otras habitaciones. Preguntó qué pasaba y le dijeron que acababa de morir el viajero de la 434, la habitación contigua a la suya. En seguida vio salir de esta habitación a un grupo de gente que portaba un enorme bulto, el cadáver quizá, envuelto en una sábana. Se retiró hacia el interior con mal cuerpo y en el momento de cerrar la puerta le pareció reconocer entre los que sujetaban la sábana a la mujer y al hombre con los que había comido.

Pasó la tarde en la habitación del hotel, confiando en recibir una llamada que le permitiera aclarar o recordar las razones de su estancia en aquella minúscula capital de provincias. Nadie llamó, nadie preguntó por él, que tampoco consiguió recordar el objetivo de su viaje. A última hora la pareja neutra volvió a buscarle para cenar y mantuvieron con él una conversación de tan poca sustancia como la anterior. Lo dejaron de nuevo en el hotel asegurándole que a las diez de la mañana del día siguiente lo recogería un coche para llevarlo a la estación de tren.

Regresó, pues, a su ciudad sin haber averiguado el motivo de aquel extraño viaje. Nadie le reclamó nada en los siguientes meses, pero el desasosiego se apoderó de él. Tenía que volver para saber qué había pasado, aunque quizá una parte de él ya lo supiera. Así, un día hizo su pequeño equipaje y regresó a la ciudad de provincias donde —ahora lo adivinó— tenía una cita con la muerte, que se había equivocado de habitación. Al descender del tren la pareja neutra le aguardaba. Esta vez parecían tener prisa y no le invitaron a comer.

El hombre que salía por las noches

Aquel día, al regresar borracho a casa a las cuatro de la madrugada, encontró en un contenedor de basuras un maniquí desnudo y masculino. Se le ocurrió una absurda idea y se lo llevó a casa, escondiéndolo en el maletero.

A la noche siguiente, en torno a la hora en que solía salir a tomar copas, su mujer empezó a mirarle con rencor. Pero él actuó como si esa noche fuera a quedarse en casa y la tormenta pasó en seguida. Vieron la televisión hasta las once y media y luego se metieron en la cama. Cuando la respiración de ella adquirió el ritmo característico del sueño, él se incorporó con sigilo y tras comprobar que estaba dormida abandonó las sábanas. Inmediatamente, recuperó el maniquí y lo colocó junto al cuerpo de su mujer. Ella se dio la vuelta sin llegar a despertarse y colocó una mano sobre la cintura del muñeco.

Él se vistió sin hacer ruido, salió a la calle y comprobó que la noche tenía aquel grado de tibieza con el que más se identificaba, quizá porque le recordaba el calor de las primeras noches de su juventud. Respiró hondo y comenzó a andar en dirección a sus bares preferidos. Se sentía bien, como si el peso de la culpa le hubiera abandonado definitivamente. A la segunda copa se acordó del maniquí y, aunque sintió una punzada de celos, le pareció que en general tenía muchas ventajas disponer de una especie de doble, si con él evitaba las peleas conyugales originadas por su afición a salir de noche.

De todos modos, ese día volvió a casa en torno a las dos y media, un poco antes de lo habitual. Se dirigió con cautela al dormitorio y comprobó que todo estaba en orden; su mujer continuaba abrazada al maniquí. Con mucho cuidado retiró las manos de ella del muñeco y lo sacó de la cama. Antes de llevarlo al maletero, pasó con él por el cuarto de baño y mientras se lavaba la cara lo sentó en la taza del váter. Le pareció que el rostro de su sustituto tenía un gesto de satisfacción que no había advertido en él cuando lo recuperó del contenedor de basuras, pero atribuyó esta percepción a los efectos de las copas. Tras esconder el maniquí, se metió en la cama y su mujer, instintivamente, se abrazó a él de inmediato.

Al día siguiente, ella le preparó un excelente desayuno, como si de este modo le agradeciera el que no hubiera salido aquella noche. Siendo su tendencia noctámbula el único motivo de discusión que solía enturbiar sus relaciones, las cosas mejoraron con la introducción del maniquí. Pero él ya no disfrutaba tanto como antes. Se le veía por los bares tenso y malhumorado; algunos compañeros de correrías nocturnas empezaron a rehuirle y ahora se emborrachaba solo en el extremo de las barras mientras cantaba canciones de amores desgraciados y de celos. A partir de determinada hora —o de determinada copa— le entraba una especie de fobia que le hacía salir urgentemente de donde estuviera y acudir corriendo a casa. Abría la puerta

con cuidado, se descalzaba y caminaba de puntillas hasta la puerta del dormitorio, donde permanecía un rato con todos los sentidos en tensión para ver si percibía algo. Después entraba, arrancaba el muñeco de los brazos de su mujer y se iba con él al cuarto de baño. Estaba seguro de que en el rostro de aquel muñeco se producían cambios imperceptibles con el paso del tiempo. La mueca desportillada de los primeros días, que intentaba reproducir una sonrisa, se había convertido en una sonrisa verdadera. Aquel cuerpo rígido había mejorado en general, como si todas sus necesidades, de la índole que fueran, estuvieran siendo satisfechas plenamente en aquella casa. Claro que siempre que contemplaba al muñeco estaba borracho, por lo que podía ser una sugestión promovida por el alcohol. Pero aunque hizo propósitos de enfrentarse cara a cara con él a la luz de día, nunca obtuvo la dosis necesaria de valor para llegar a hacerlo.

Los días fueron pasando y el humor de su mujer mejoró notablemente, mientras que el de él declinaba en dirección a una tristeza sin fronteras. Además, empezó a sentir malestares y dolores que hasta entonces no había padecido. Sus excesos nocturnos le pasaban al día siguiente una factura desconocida para él. Pensó que se estaba haciendo viejo, que debía moderarse un poco más. Pero estos pensamientos le ponían aún más triste, pues sentía que estaba perdiendo al mismo tiempo la juventud y el amor.

En esto, una noche llegó a casa borracho, como era habitual, y tras meter al maniquí en el maletero se introdujo en la cama. Le pareció que las sábanas no estaban lo calientes que debían estar y buscó a ciegas el cuerpo de su mujer para acoplarse a él. Sintió un contacto duro. Subió las manos en busca de los pechos y percibió dos bolas sin pezón, como si se estuviera abrazando a un maniquí. Tuvo un movimiento de terror que controló inmediatamente, por lo que no llegó a abrir los ojos. Se durmió en seguida, aplastado por el peso del alcohol, y al día siguiente, al despertarse, todo parecía normal.

Pero aquella sensación de que su mujer había sido sustituida por un maniquí fue creciendo sin prisas con el paso de las noches. Finalmente, una mañana, al despertar, comprobó que ella no se movía. Al principio pensó que se había muerto por el grado de rigidez y frialdad que mostraba su cuerpo. Pero al observarla más atentamente comprobó que su carne se había transformado en una especie de material duro cuyo tacto evocaba el del cartón piedra o el de una resina sintética. Se levantó con un horror atenuado por la perplejidad de la resaca, se vistió y fue a buscar su maniquí al maletero. Lo colocó junto al cuerpo de la mujer y ambos muñecos rodaron hacia el centro de la cama, como si se buscaran. Los tapó, salió de casa, y desapareció entre el tráfico sin que se haya vuelto a saber nada de este hombre.

Obras sociales

Le di al taxista la dirección y me preguntó por dónde quería ir. Se lo dije. Se sorprendió porque no conocía ese camino y añadió que estaba muy cansado. Llevaba al volante desde las seis de la mañana y no lo dejaría hasta las seis de la tarde. Hice la cuenta y comenté que eso eran doce horas: mucho tiempo para los nervios y para la columna. Me dio la razón, por eso preguntaba a los clientes por dónde querían ir; a él se le cruzaban las calles en la cabeza y a veces quería dirigirse a un sitio y llegaba a otro. Yo, que también soy taxista, le comprendí. Muchas veces, en casa, cuando quiero ir al baño aparezco en la cocina.

—Seguro que deja usted el taxi a las seis y a las siete está trabajando en otra cosa —dije.

Me miró aterrado y empezó a preguntarme que cómo lo sabía. Le expliqué que lo había dicho por decir, que no era raro que en estos tiempos tan difíciles se practicara el pluriempleo. Pero él insistió en que no, en que lo había dicho con mucha seguridad, me suplicó que le dijera cómo lo había averiguado. Le dije que yo mismo tenía tres trabajos y eso pareció tranquilizarle. Le pregunté por su segunda ocupación.

—Adiestro perros —contestó.

—Qué interesante —dije para halagarle, pero también porque da la casualidad de que yo me dedico a eso y me gusta.

Volvió a ponerse pálido y me preguntó angustiado que por qué me parecía tan interesante. Intenté explicárselo y conseguí que me creyera a medias. Entre tanto, advertí que íbamos en dirección contraria a la que le había indicado, pero no me atreví a decirle nada. Rectificaríamos un poco más adelante. El silencio se instaló de nuevo en aquella pesada atmósfera. Afortunadamente, esta vez lo rompió él.

—Y no crea que hago solo eso —dijo.

—¿Ah, no? —respondí aparentando interés.

—También soy Legionario de María.

Me explicó que formaba parte de una legión en la que todos tenían nombres romanos.

—¿Y a qué se dedican? —pregunté.

—Bueno —respondió mirando a uno y otro lado con desconfianza—, cada uno hace una cosa. Unos compañeros míos hablan con prostitutas. Van en grupos de diez a una calle de mala nota y cinco rezan mientras los otros cinco hablan con las prostitutas. Se entiende que los que rezan lo hacen para que los otros no caigan en la tentación. Cada media hora cambian de lugar y entonces los rezadores hablan mientras los otros rezan. Intenté resumir en una frase el trabajo de los legionarios de María.

—O sea, que hacen prestaciones sociales.

—¿Cómo sabe usted eso? —preguntó poniendo otra vez cara de persecución.

—Es lo que usted acaba de decirme.

—Ya —respondió con desconfianza.

Le pregunté entonces que cuánto tiempo dedicaba a estas prestaciones sociales y si lo hacía durante los fines de semana.

—Sí, hombre —me dijo con agresividad—, me paso doce horas diarias en el taxi, luego adiestro perros hasta las nueve de la noche y encima pretende usted que me pase los fines de semana en la parroquia. Mi compromiso es de ocho horas al mes, pero por ejemplo este rato que estoy hablando con usted me cuenta, porque no me dirá que no estoy haciendo una labor social. O sea, que yo miro al cliente y si veo que tiene cara de escuchar le explico lo de la Legión de María y voy anotando en un cuadernito el tiempo que hablo.

Le indiqué entonces que íbamos en dirección contraria. Se puso pálido de ira.

—Ahora usted se creerá que he intentado engañarle.

—Todos nos equivocamos —respondí con paciencia.

Eché mano de la cartera y sacó un carné pringoso que me pasó por encima del hombro.

—Como verá, también soy de la Adoración Nocturna. Voy una vez al mes y me paso toda la noche adorando. No se crea, lo hago porque tengo insomnio, porque como usted comprenderá con las horas que trabajo y siendo ya Legionario de María, no tenía ninguna necesidad de pertenecer también a la Adoración Nocturna. Pero qué más me da estar despierto en un sitio que en otro. Se lo digo para que vea que no intento engañarle. Sería una contradicción.

En esto un motorista se cruzó delante de nosotros obligándole a frenar y le llamó de todo. Bueno, de todo no, en realidad solo conté dieciocho insultos. Empecé a tener miedo y como cuando tengo miedo hablo, hablé:

—¿Lo de adiestrar perros es también una obra social? ¿Lo hace, por ejemplo, para los ciegos?

—Unas narices. Bueno, además es que para eso tenía que haber hecho un curso en Londres. Yo adiestro para la convivencia, para que los animales se comporten como usted o como yo en una reunión de personas. O sea, que si se le ordena al perro saludar sepa decir buenas tardes o buenas noches.

—Me voy a quedar aquí —dije aprovechando un semáforo—. Son quinientas, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe? —preguntó fuera de sí.

—Por el taxímetro —respondí.

Eso pareció calmarle. Me bajé y fui andando hasta la iglesia donde solemos reunirnos los Legionarios de María. Llegué tarde por todo esto y porque esa noche había tenido adoración nocturna y me había quedado dormido después de comer. El párroco, nada más verme, me acusó de tener sueño. Le pregunté cómo lo había averiguado, pero se limitó a sonreír con superioridad. Cualquiera día lo mato. Esto me

pasa por adiestrar gratis a su perro; seguro que le cuenta al cura todo lo que hablamos en clase. Qué mundo.

El hombre que controlaba el mundo

Él llevaba muchos años viviendo solo cuando empezó a quedarse calvo. En la oficina decían que se le estaba desertizando la cabeza o que se le empezaba a ver el cartón, como a esos muñecos antiguos que perdían el postizo de lana. Jamás respondía a estas bromas porque la única respuesta que se le ocurría era el asesinato. Reconocía para sí que entre el asesinato y el silencio había toda una gama de propuestas con las que devolver aquellas agresiones, pero él era un hombre de extremos, como todos los solitarios. De manera que cuando se burlaban de su cráneo, por detrás de su mutismo, o de su frente, desfilaban escenas en las que sacaba un cuchillo y se lo encajaba al agresor entre las ingles, o una pistola con la que le abría un agujero entre las cejas. Estas visualizaciones de su odio provocaban en su interior descargas suplementarias de adrenalina, que, tras la agitación consecuente, le hundían en un desaliento acogedor.

La ducha diaria comenzó a ser una tortura porque era en ese acto en el que percibía de manera palpable la pérdida de sus cabellos. Se duchaba dos veces al día, por la mañana y por la noche, antes de meterse en la cama. Y aunque es cierto que podría haber eliminado una de esas duchas sin alterar gravemente su equilibrio higiénico, también es verdad que no podía llevar a cabo tal reducción sin dañar su salud mental. Era un maniático y cada uno de los actos de su vida estaba impregnado de un significado ritual que le ponía a salvo de sus propios fantasmas. Prescindir de una de esas duchas habría sido tanto como dejar de tocar madera al ver un gato negro o no cruzar los dedos al oír el nombre de una enfermedad. Además, como era incapaz de ducharse sin lavarse la cabeza al mismo tiempo, estaba condenado a asistir, desnudo y mojado, dos veces al día, a aquel despojamiento craneal. De seguir así, a su cuero cabelludo le sobraría muy pronto el adjetivo.

Como hombre de extremos que era, habría preferido que el paso de los años no se manifestara solo en la caída del cabello, sino que esa pérdida estuviera más repartida entre los apéndices o las partes del cuerpo. Así, mientras permanecía debajo de la ducha contando los pelos que se colaban por el sumidero, imaginaba que eso pasara también con los dedos: que un día se perdiera un dedo y otro día otro con la misma impunidad y ausencia de dolor físico con la que se perdían los cabellos. Le daba un poco de dentera imaginar la caída casual del pene, pero sufría tanto con la calvicie que cualquier cosa le parecía mejor que aquella saña concentrada en la cabeza. Además, de ese modo seguro que cesaban las burlas en la oficina; no imaginaba a nadie riéndose de que a Fulano le faltaran ese día los brazos ni de que a Mengano se le hubieran caído las orejas, la nariz o los párpados. Bien pensado, era mejor ir desapareciendo de esta forma que morir. La muerte sería mucho más limpia, pues no dejaría un cadáver, que siempre es un engorro. En una época en la que ya todo se

servía en envases desechables, parecía mentira que todavía hubiera que devolver el cuerpo a la tierra después de usado. Además, si había algo obsceno, era un cadáver calvo; había visto varios y parecía que toda la muerte iba a concentrarse en la cabeza.

La idea de la caída de los dedos, los párpados, las cejas, las pestañas, etcétera, le sugirió —para hacer el reparto más equitativo— que también en la ducha, y a partir de cierta edad, se fueran perdiendo los pensamientos. Así, un día cualquiera, además de salir del baño sin nariz y sin orejas, a uno le faltarían también los pensamientos relacionados con la amistad, por poner un ejemplo. En fin, la cuestión era no llegar a los cincuenta con todos los miembros y todas las facultades mentales intactas, pero con la cabeza desertizada hasta la nuca. Él prefería imaginarse con unas ligeras entradas, tres o cuatro dedos en cada mano, una sola oreja, una fosa nasal y no más allá de cuarenta o cincuenta ideas fijas, cantidad que incluso llegó a parecerle excesiva.

¿Y el reloj?, se preguntó. ¿A qué edad debería caerse el reloj y en combinación con qué miembro? Para entender esta duda hay que añadir que no se quitaba el reloj desde hacía veinte años ni para dormir. El latido de su maquinaria le transmitía el pulso del mundo; quitárselo para meterse en la cama habría resultado tan inconcebible como dejar las uñas sobre la mesilla. También se duchaba, se bañaba y hacía el amor, o lo que fuera aquello a lo que llamaba amor, con él. El reloj actuaba como una prótesis que sustituía su impericia para establecer lazos con la realidad: era el puente entre la existencia y él, entre el orden de fuera y el de dentro, entre su conciencia y la conciencia de las cosas. Gracias al reloj sabía si era hora de amanecer o de acostarse, de fichar o comer, de chaqueta o jersey.

Aquel día había padecido un contratiempo muy serio en el trabajo. Su estado de ánimo estuvo oscilando entre el abatimiento y el miedo durante toda la jornada. La hora de acostarse coincidió con la del abatimiento. Desnudo junto al borde de la cama, como un suicida frente a un acantilado, se pasó la mano por la cabeza y entre los dedos se le quedaron varios pelos. Definitivamente, pensó, el mundo no se merecía sus desvelos. Llevaba años ejerciendo un control agotador sobre el equilibrio de las cosas, comprobando que cada suceso, cósmico o laboral, se atuviera a las mediciones del tiempo. Si hubiera descuidado su atención un solo día, si solo una noche hubiera caído en la tentación de desprenderse del reloj al acostarse, quizá ahora tendría más pelo, pero el universo se habría derrumbado. Y todos esos desvelos, culpables de su calvicie, se los pagaban ahora con una regulación de empleo.

Con el gesto desesperado del que se corta las venas, se quitó el reloj y lo colocó en la mesilla. Luego se acostó y tuvo la impresión de que se alejaba del mundo, como el que se desangra. Entonces el techo se abrió y vio cómo se resquebrajaba la bóveda celeste y los planetas perdían su posición y el caos se apoderaba de lo sideral y lo minúsculo. A la derecha de Dios iban situándose los justos, que estaban todos calvos.